

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



JOSEF ES ARROJADO A LA CISTERNA POR SUS HERMANOS.

### VII.

#### LOS HERMANOS DE JOSEF.

El Omnipotente que habia prometido á Jacob larga y numerosa descendencia, empezó á cumplir su promesa, concediéndole el fruto de bendicion que tanto ansiaba. Lia, la primera esposa de Jacob, dió pronto á luz á Ruben, pero Raquel la segunda esposa y la mas querida del santo patriarca, aun no habia dado muestras de fecundidad. Los hijos de Jacob fueron despues los patriarcas ó cabezas de las tribus del

*Octubre de 1847.*

pueblo de Israel, y aquellos mancebos entonces en la flor de su edad eran, Ruben, Simeon, Levi, Judá, Isacar, Zabulon y Dina, hijos de Lia; Dan y Nephtali hijos de Bala; Gad y Aser, hijos de Zelfa, y por ultimo Raquel, hasta entonces estéril concibió y parió á Josef, cuyo nacimiento colmó de alegría á Jacob, que ya contaba noventa y un años de edad, alegría que despues no pudo renovarse con el nacimiento de Benjamin, puesto que su nacimiento costó á su madre la vida.

La mayor armonia reinaba entre estos muchachos, hijos de distintas madres y de tan diversa indole é inclina-



ciones. Todos alternaban gozosos en las faenas domésticas, en las labores campestres y en el cuidado de los rebaños, sin que se advirtiese entre ellos ningún germen de discordia, á pesar de que Jacob no disimulaba el cariño que á Josef tenía, distinguiéndole de sus hermanos hasta en el vestido. Mientras que ellos vestían una túnica sencilla y de color oscuro, Josef ostentaba, con gran contento de su padre, una túnica rozagante entretejida con hilos de varios colores.

Josef era tan hermoso y de un natural tan apacible que era casi imposible indisponerse con él; pero este mismo Josef, por un efecto de su candorosa sencillez, fué el que se atrajo el odio de sus hermanos é hizo nacer en sus corazones el abominable vicio de la envidia.

Hallábanse un día reunidos todos los hijos de Jacob; unos descansando de las fatigas del campo, otros entretenidos en amenos coloquios, y otros preludiando algunos sonos en la rústica lira con que acompañaban sus cantares, cuando Josef, llamando hacia sí la atención de todos, les dijo:

—¿Hermanos, quereis que os cuente un sueño que he tenido?

Después que todos se pusieron á escuchar, Josef continuó:

—Soñaba que estábamos en el campo, atando las gavillas de las doradas espigas, y que mi gavilla se levantaba y ponía derecha, mientras que las vuestras se prosternaban todo, al rededor para adorarla.

—Y que nos quieréis dar á entender con ese sueño, preguntó Gad, con semblante irritado.

—¡Ya se deja conocer! dijo Nephtali apresurándose á responder antes que Josef, quiere ser nuestro rey y que todos le obedezcamos y estemos sujetos á su dominio!

—Queridos hermanos, contestó humildemente Josef, yo no he tenido intención de ofenderos y si me habláis tan irritados no os contaré el otro sueño que he tenido.

—No, no, cuéntale, y sino, aquí viene nuestro padre á quien puedes dar cuenta de toda tu grandeza.

Llegó en esto Jacob, y Josef lloroso y humillado con las burlas irónicas de sus hermanos, corrió hacia él como para buscar un protector. Jacob empezó á prodigar sus caricias á su hijo predilecto, con lo que mas irritados los hermanos, se acercaron murmurando, y Simeon dijo á su padre con voz que revelaba bastante la alteración de su ánimo:

—Ahí teneis á Josef que pretende ejercer dominio sobre nosotros. ¡El, mas jóven y mas débil que todos nosotros! y solo porque ha visto en sueños su grandeza y que todos nos postramos delante de él.

—¿Es cierto eso, hijo mio? preguntó Jacob con dulzura.

Josef contó ingenuamente cuanto habia pasado, pues nunca fué su intento ofender á sus hermanos, y con la misma sencillez que le era característica, añadió:

—También he soñado que el sol, la luna y once estrellas venían á adorarme.

—Lo veis, padre, clamaron á un tiempo varios hermanos, ya no somos nosotros solos; también vos y nuestra madre le habeis de adorar sobre la tierra, ¡orgullosos!

Jacob que conocía la mala voluntad que á Josef tenían sus hermanos, como hijos de otra madre, y que además conocía que las palabras de Josef eran altamente misteriosas y que algun día habian de tener su cumplimiento, aparentó para evitar discordia entre ellos, que las oía con la mayor indiferencia, y antes bien dijo á Josef con cierta severidad:

—Hijo mio, sea el que quiera tu porvenir, nunca des entrada en tu ánimo al orgullo que altere la paz entre los hermanos. Respetemos todos los designios de la providencia del Señor, pero á nadie sea permitido, ni glorificarse delante de él, ni contradecir su voluntad suprema.

Desde este día fué creciendo el odio que á Josef tenían sus hermanos, sin que bastase á desarmarlos la mansedumbre de Josef y las súplicas que les hacia. Era tan concentrada la envidia que le tenían, que les desagradaba todo cuanto hablaba y todo cuanto hacia. Daban interpretaciones malignas á sus



mas indiferentes acciones, y siempre que su padre reprendia justamente á alguno de ellos por algun esceso que hubiese cometido, no tardaban en atribuir la causa á Josef, suponiendo habia ido al buen anciano con alguna secreta acusacion. Josef, tenia un mérito positivo: era evidentemente superior á sus hermanos en sus cualidades morales y hasta en sus prendas físicas; pero esto mismo era lo que sus hermanos no podian sufrir, ni convenir en que las virtudes que brillaban en Josef justificasen de alguna manera la preferencia de su padre. La envidia les cegaba hasta el extremo de no reconocer en él las bellas cualidades con que Dios le habia dotado, y si las llegaban á reconocer, este mismo mérito era el que mas les irritaba. ¡Tales son los efectos de la envidia, de este vicio funesto, de esta pasion cruel que lleva en si misma su tormento y su castigo, puesto que solo cifra su satisfaccion en la infelicidad de los demas!

La envidia, si, la envidia tan funesta entre los hermanos, fué la que hizo á los de Josef concebir el mas criminal designio. Estaban los hijos de Jacob apacentando sus ganados en los campos de Sichem, cuando vieron venir á lo lejos á Josef, á quien su padre enviaba para tener noticias de ellos. Asi que le distinguieron se redobló el furor de que estaban animados, y Levi que como hijo de Lia aborrecia mas á Josef, exclamó:

—Allí viene el soñador. Sin duda viene á que le tributemos el homenaje de nuestra adoracion.

—O á espiar todo cuanto hacemos, dijo Isacar, para irselo luego á contar á su manera á nuestro padre Jacob.

—En nosotros está, exclamó Simeon arrebatado de cólera, el que no vuelva allá con la noticia.

Al decir estas palabras se puso de pie, empuñando su cuchillo y como consultando á sus hermanos con sus miradas.

—¡Si, si, que muera! exclamaron aquellos furiosos levantándose precipitadamente.

—¿Qué vais á hacer? exclamaron Ruben y Juda, poniéndose delante de

ellos, pero sus voces no fueron oidas, ni ellos dos fueron bastantes para contener el tropel de los demas hermanos. Asi es que cuando Josef se preparaba á saludarlos con palabras cariñosas se vió violentamente acometido, despojado de su rozagante túnica, atropellado y arrastrado por el suelo entre aquellos furiosos en cuyas manos brillaba el cuchillo fratricida.

—Hermanos, queridos hermanos míos, clamaba Josef levantando sus manos hácia ellos, mientras que las lágrimas bajaban en abundancia por sus mejillas. ¡Hermanos, porqué me queréis matar? Yo no os he hecho daño ninguno y me amenazais con esos cuchillos.... ¡Ah! ¡no me mateis, no.... no por Dios!

Ruben no pudo resistir á los clamores de Josef, y él, que siempre habia tratado de evitar el crimen de sus hermanos, desplegó entonces toda la energia que le daba el ser mayor de edad entre todos ellos, clamando con voz de trueno:

—No mateis á Josef: no tiñais vuestras manos en la sangre de vuestro hermano. Sin cometer este crimen dejadle abandonado á su suerte en esa antigua y seca cisterna que está en el campo.

Esto lo decia Ruben para contener por el pronto á los hermanos, y con el designio de volver él despues sin que los otros lo supiesen, y sacando á Josef de la cisterna, darle libertad y salvarle la vida.

Conociendo aquellos malvados que Josef dentro de la cisterna habia de morir tarde ó temprano de hambre, de frio y de miedo, se convinieron en la ejecucion del proyecto, y el misero Josef fué precipitado hácia la cisterna.

Temeroso de la muerte el pobre niño se agarró fuertemente al borde de la cisterna con sus manos crispadas, y desde allí clamaba lleno de espanto.

—¡Ruben, Ruben, sálvame!

Pero Ruben volvió los ojos para no presenciar tal espectáculo y se alejó de allí lentamente siempre, con ánimo de realizar su designio de salvar á su hermano.

Simeon y los mas encarnizados enemigos de Josef le despegaron brutal-



mente las manos del borde del pozo, y el inocente niño cayó estropeado al fondo, sucediendo el mas horroroso silencio á esta caída.

Todos los hermanos se apartaron prontamente de allí, escepto Judá, que sin querer participar de la frugal comida á que le invitaban, permaneció triste y taciturno sentado junto á la cisterna. Unos mercaderes ismaelitas que con los camellos cargados de aromas se dirigian á Egipto, viniendo hácia donde ellos estaban, le inspiraron el arbitrio que andaba buscando y levantándose prontamente dijo á sus hermanos.

—¿Qué provecho nos puede resultar de tener á Josef en la cisterna y de dejarle en ella abandonado? ¿No seria mejor venderle á esos ismaelitas y que le lleven á Egipto lejos de nosotros?

Agradó á los hermanos la propuesta, y sacando á Josef de la cisterna, se le vendieron en calidad de esclavo á los ismaelitas, por lo que estos quisieron dar. Colocáronle sobre un camello, pues no podía tenerse en pie, y siguieron su camino, sin que Josef se despidiese de sus hermanos, ni hiciese otra cosa mas que levantar al cielo sus llorosos ojos.

Cuando Ruben volvió á la cisterna y advirtió que no estaba su hermano, rasgó sus vestiduras y exclamó lleno de dolor:

—¡Mi hermano no parece! ¡Ahora donde me presentaré yo!

Temía Ruben la presencia de su anciano padre Jacob, y el profundo sentimiento que habia de causarle esta noticia; pero los otros hermanos ya se habian anticipado á dársela. Le habian enviado la túnica rozagante de Josef, por medio de unos mensajeros desconocidos que presentándose al triste anciano, desgarrada y salpicada con la sangre de un cabrito que habian muerto al intento, le dijeron:

—Esta túnica hemos encontrado en el campo. Mira si es la de tu hijo.

—Es la túnica de mi hijo Josef, exclamó Jacob, alguna bestia fiera le ha devorado.

Desde entonces empezaron para el triste Jacob dias de luto y amargura, sin que dejase en ninguno de ellos de

lamentar la pérdida de su querido Josef. Los envidiosos hermanos de éste habian conseguido por el pronto su designio, pero Dios que vela en favor de la inocencia oprimida, le tenia reservado el mas completo y admirable triunfo.

F. F. VILLABRILLE.

**DOCILIDAD.** Quien dá oídos á las reprensiones provechosas permanecerá entre los sábios. Quien desprecia la correccion, desprecia su alma, pero quien cede á las exhortaciones posee su corazón.

Salomon.

Es ser sabio saber ser dócil cuando es necesario, y hacer desde luego lo que se tendria que hacer mas tarde.

Terencio.

**DUREZA.** La insensibilidad á la vista de las desgracias, puede llamarse dureza, y si hay satisfacción crueldad.

Vauvenargues.

No castigues con demasiado rigor. Por leve que sea el castigo siempre es duro. No le emplees con frecuencia, puedes conseguir tus intentos por otros varios medios.

Máximas de los orientales.

**DEBILIDAD.** Las personas débiles son la vanguardia del ejército de los malos, y hacen mas estragos que el mismo ejército.

Chamfort.

**DUDA.** En caso de duda no resuevas.

Pitágoras.

En cosas difíciles de probar, vale mas dudar que asegurar.

San Agustín.

**DISPUTA.** Empezar una disputa, es lo mismo que romper un dique. Abandonad la disputa antes que se empeeñe.

Salomon.



## LUISA Y PABLO

0

### EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.—CONCLUSION.

#### CAPITULO XVIII.

##### LOS ALTOS FINES DE DIOS.

Era un día muy caluroso del mes de agosto. Casi todos los labradores de Haik se hallaban en el campo ocupados en recoger la cebada, que es uno de los principales productos de Inglaterra, y en llevarla á los graneros. También Tomás y su muger estaban allí con su gente y trabajaban á quien mas podia. De cuando en cuando entraba por la puerta de la alqueria un carro atestado de mieses, que descargaban con la mayor prontitud posible en las trojes ya casi llenas hasta arriba. Sin embargo, Tomás que hacia casi todos los viajes, no se olvidaba jamás de echar un vistazo á su Margarita, que entretanto estaba al cargo de una vecina, muger de bastante edad. Esta y el demente Pablo, á quien Margarita habia cobrado casi tanto cariño como á Luisa, guardaban la casa y tenian cuidado de la niña.

Apenas llegó la tarde cuando se cubrió el horizonte de espesos nubarrones. No bien lo echaron de ver los labradores cuando todos redoblaron su actividad sin cuidarse apenas de levantar la cabeza para contemplar la tormenta que por momentos se les iba echando encima. Ya se oía á lo lejos el sordo zumbido de los truenos, y las ardientes exhalaciones cruzaban instantáneamente el cielo ennegrecido.

Estaban precisamente acabando de

cargar un carro, cuando vieron caer serpenteando sobre Haik una centella resplandeciente, y oyeron casi en el mismo momento el estampido aterrador de un trueno. Todos los labradores se quedaron aturridos dirigiendo sus miradas con impaciencia hácia sus lejanas chozas, pero al cabo de unos instantes del mas profundo silencio interrumpido únicamente por el trueno que se apagaba poco á poco retumbando á lo lejos, volvieron mas tranquilos á su tarea. Cuando menos lo pensaban volvió á llamarles la atencion un grito espantoso que lanzó una muger entre ellos. Todos fijaron la vista en aquella muger, y mirando despues hacia donde señalaba con el dedo, descubrieron, ¡oh cielos! una columna espesa de humo, que salia del pueblo. A los pocos momentos se elevó hácia el cielo una llamarada de color de púrpura, que al parecer se estendia con una rapidez extraordinaria. No parecia sino que todos habian sido heridos á un tiempo por el rayo; el susto los habia dejado como petrificados, y cuando al fin volvieron de su espanto exclamó Catalina dando un grito:—¡Eso es en casa!

—¡Pobre Margarita! gritó Tomás con voz atronadora, y apretó á correr des-pavorido.

—Hija de mi vida, dijo Catalina sollozando, y probó á seguir á su marido, pero las fuerzas la abandonaron; las rodillas se le doblaban y los pies se le quedaban clavados en el suelo como si la tierra estuviese mojada. Conociendo su debilidad alargó los brazos á su ma-



rído en ademán de suplicarle que no la abandonase, y la llevase consigo, pero él sin cesar de correr respondió: No puedo; y dejó allí á la pobre madre entregada á la desesperación.

Eso es lo que sucede cuando el hombre se deja sobrecoger del espanto. Con quitar un caballo del carro y montarse en él hubiera llegado Tomás al pueblo mucho antes, pero era tal su azoramiento, que no pensó en semejante cosa y á nadie se le ocurrió tampoco aconsejárselo. Con la mayor fatiga iba Catalina arrastrándose hácia el pueblo, y todos la dejaron atrás sin que ninguno se compadeciese al verla tan desfallecida.

Por desgracia no se había engañado Catalina. Cuando Tomás llegó al pueblo, toda su alquería estaba ardiendo. Horribles eran los estragos que las llamas hacían, pues habiéndose apoderado de las mieses, devoraban rápidamente el granero, las habitaciones y los establos. Por todas partes había un calor insoportable y un humo que sofocaba. Las vacas amarradas al pesebre y abandonadas, sin poderse valer, á los mas crueles tormentos, lanzaban bramidos espantosos. Las palomas, las gallinas, las ovejas, los cerdos, todo perecía en el incendio. Las aves despues de haberse chamuscado los alas, se arrojaban á las llamas como desesperadas; los demas animales se refugiaban al establo, aunque estaba ardiendo, para huir del devastador elemento, pero Tomás no veía ni oía nada de lo que pasaba en derredor. Ni una sola alma había cerca de la alquería incendiada, á quien hubiera podido preguntar por su hija.

—¡Margarita! gritó con voz atronadora, y precipitándose en aquel mar de fuego abrió paso hasta la habitación principal, pero su hija no estaba allí. Al través del humo y de las llamas penetró en la alcoba, y viendo la hucha que contenía todo su dinero, la dió un puntapie, pues lo que él buscaba era su hija, pero tampoco allí la encontró. Por todos lados le rodeaban las llamas y se desplomaban las vigas abrasadas con un estrépito horroroso arrastrando tras sí una lluvia de ascuas, pero nada bas-

taba para detener á Tomás en sus pesquisas. Unas veces llamaba á Margarita, otras á Pablo y otras á Isabel, que era el nombre de la muger á quien había confiado su hija. Por último cuando el fuego y el humo llegaron á tal punto, que ya no podia respirar, se salió de la casa y encontró á su gente muy afanada por salvar al ganado.

—Dejad que todo se queme, les gritó, yo no quiero mas que mi hija.

Los criados se asustaron al ver á su señor, que parecia un loco furioso con la cara negra del humo, el pelo chamuscado y los vestidos ardiéndosele encima del cuerpo. Apenas había respirado Tomás al aire libre, cuando quiso volver á entrar en las llamas, aunque era evidente que todos debían haber perecido ya en aquel incendio tan horroroso, y que cualquiera que intentase penetrar en él pagaría su temeridad con la vida irremisiblemente. Su gente no sabia como apartarle de aquel riesgo tan inminente, cuando uno de ellos dijo en alta voz: —Allí viene Isabel.

—¿Dónde? ¿dónde? preguntó Tomás con impaciencia y se dirigió apresuradamente hácia la vieja, que se acercaba jadeando bajo el peso de una porción de trastos que había sacado de su casa.

—¡Muger ó demonio! ¿dónde está mi Margarita? la preguntó Tomás asiéndola fuertemente por un brazo.

—¡Jesus! gritó la muger asustada, al ver los ojos furibundos de Tomás, que se le salían materialmente de las órbitas; cuando empezó el fuego, la llevé al último extremo del jardín y se la di á Pablo, y él me prometió estarse con ella y cuidarla hasta que yo volviese. Yo he ido solamente á poner en salvo mis pocos trastos, pero nada mas.

¡Ah! replicó Tomás, quiera Dios que por tus miserables trastos no hayas dejado perecer á quien mas quería yo en este mundo, pues te había de costar muy caro. Al decir esto echó á rodar á la muger de un empujon y apretó á correr hácia el jardín. Este se hallaba tambien en un estado lamentable. El calor que allí se sentía era casi insoportable; el suelo estaba sembrado de hojas abrasadas, los árboles ennegre-



cidos del humo habían quedado en esqueleto, y muchos de ellos eran ya presa de las llamas. Como un desesperado recorrió el desgraciado padre todo el jardín, registrando hasta los rincones mas apartados, y llamando infructuosamente á Pablo y á Margarita. Un incendio interior mucho peor que el que devoraba su hacienda le abrasaba el pecho, la garganta y la boca, y le había reseca la lengua. Al fin cansado de sus inútiles pesquisas volvió al parage donde había dejado á Isabel, la cual por fortuna suya había escapado sin que nadie supiese adonde. La desesperación de Tomás había llegado casi á su colmo, cuando vieron venir á Pablo muy despacito y como intimidado y despavorido. En la mano derecha traía una jarra de barro con la cual se dirigía hácia la cueva, donde solía estar la leche, y cuya entrada se hallaba fuera de la casa cerca del establo, de suerte que el fuego no había podido llegar hasta allí.

Como un tigre se avalanzó Tomás á Pablo preguntándole con furia:—¿Dónde está mi hija, mi Margarita? y agarrándole por el cuello como un ave de rapina.

—Suéltame, contestó Pablo al instante, que voy á dar de beber á mi pobre-cita niña. ¡Si vieras que llamas hay por todas partes! Diciendo estas palabras trataba siempre de encaminarse hácia la cueva.

—¿Adónde, dime, á dónde has llevado á mi hija?

—Allá, allá, respondió el demente señalando hácia la casa incendiada, de detras de la cual había salido. Suéltame, inhumano, ¿no oyes á mi niña llorar de sed? quiere beber y le voy á llevar leche fresca, hermosa, blanca como la nieve. Calla, calla, Luisita mía, que allá voy. Diciendo esto trataba cada vez con mas afán de desasirse de la mano de Tomás, que le tenía sujeto con una fuerza irresistible.

—Malvado, le dijo Tomás hecho una furia, ¿por qué no has dejado á mi hija en el jardín como te lo había mandado Isabel?

Pablo contestó meneando su cabeza encanecida:

—¿En el jardín?... no... allí caían ar-

remolinados muchos copos de fuego peores que los blancos de las montañas y hacían á mi Luisita mas daño que aquellos. Por eso cogí al angelito en mis brazos, y la llevé á mi cuartito que es tan silencioso, tan solitario...

—¿A tu cuarto? ¿arriba al último piso? Apenas tuvo aliento Tomás para articular estas palabras.

—Si, si, contestó Pablo, haciendo un movimiento con la cabeza y sonriéndose muy contento.

Entonces fué cuando el infeliz Tomás acabó de perder los estribos, y soltando á Pablo para arrancarle la jarra de la mano, se la hizo mil pedazos sobre la cabeza.

—Pues muere, loco de los infiernos, gritó encolerizado al dar al anciano aquel golpe tan atroz. Pablo lanzó un grito espantoso, titubeó unos momentos y cayó tendido cuán largo era. Tomás se dirigió corriendo como un frenético hácia su casa, pero al ir á entrar se vino toda ella abajo con un estrépito horroroso. En aquel mismo momento llegó la infeliz Catalina pálida como un cadáver, desgredada y con los pies chorreando sangre. Estaba tan débil y fatigada que solo á duras penas pudo pronunciar estas palabras:—¡Margarita! ¿dónde... esta... mi Margarita?

Tomás, que se había dejado caer completamente desfallecido sobre un monton de escombros, que aun humeaban, se levantó al ver á su muger, la cogió de la mano y conduciéndola lo mas cerca que pudo al fuego, la dijo:—¿No oyes ahí entre las brasas los gemidos de una niña desvalida? ¿no ves como se enrosca su cuerpecito bajo las llamas devoradoras? ¿cómo saca de su cuna ardiendo los bracitos para pedir socorro? ¿cómo se encogen sus tendones, se tuestan sus miembros y toda ella se reduce á carbon? Pues esa es nuestra Margarita, y ese viejo loco es quien la ha arrojado al fuego.

Al oír esto lanzó Catalina un grito de horror y cayó al suelo desmayada. Tomás sin hacer caso de ella se quedó cruzado de brazos y fijos los ojos en los restos del fuego como si esperase hallar entre ellos el cadáver de su hija.



Entretanto llegaron los señores del lugar, á quienes los criados de Tomás habían llevado la noticia de las desgracias ocurridas. Mientras el baron se afanaba por hacer volver en sí á la infeliz Catalina, la baronesa se acercó á Tomás, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo enternecida:—¡Pobre Tomás! Bien sé lo que sufrirá vd., por que yo tambien he perdido una hija.

Tomás volvió la cabeza despavorido y al ver que la Baronesa lloraba, no pudo menos de enternecerse tambien, y pasándose la mano por la cara contestó sollozando amargamente. Es verdad, señora, pero V. E. tenía tres hijos y yo nada mas que uno.

—Lo mismo da tener tres que uno, replicó la baronesa: el sentimiento que causa la muerte de un hijo es siempre igual.

—Pero mi Margarita, respondió Tomás, ha tenido una muerte tan lastimosa, tan atroz.

—Pues la de mi hija fué mucho peor, dijo la baronesa. Créame vd., Tomás, Margarita habrá padecido diez minutos cuando mas, pero mi Matilde estuvo luchando muchos dias con todos los horrores de la muerte. Tenia la garganta tan hinchada que apenas podia respirar, y la boca tan escocida que todo lo que bebía la parecia plomo derretido.

Tomás se estremeció y dando rienda suelta á su llanto, añadió.—Sí, pero V. E. tuvo el consuelo de ver á su hija hasta el último momento, de cerrarla los ojos y de enterrarla en lugar sagrado, y yo no puedo recoger siquiera los huesos carbonizados, ¡que digo! ni las cenizas de Margarita. Tampoco puedo adornar su atavío con flores, ni cubrir de yerba su sepulcro. Nadie sabrá donde descansa mi hija.

—Eso no importa, amigo mio, pues su espíritu habrá vuelto á Dios, de quien era parte. Aunque el cuerpo se pudra donde quiera, como no es mas que polvo.....

En esto fué interrumpida la baronesa por el ruido de un coche que venia hácia aquel sitio. Apenas se detuvieron los fogosos caballos que traía, cuando se abrió de repente la portezuela y Lui-

sa se echó afuera de un salto. ¡Dios mio! bien me lo decía á mí el corazón, exclamó adelantándose hácia los que allí estaban. Sus padres y el doctor Jenner venían de tras de ella, pero nadie pudo entregarse completamente al regocijo de volverse á ver por la situación que los afligia en aquellos momentos.

—Pobre Tomás, dijo Luisa llorando y acariciándole, tranquilícese vd. Ya he recobrado á mis padres que son ricos y no abandonarán á mi segundo padre en tan triste situación. Además el rey y sus niños me han hecho regalos preciosos y de tanto valor, que vendiéndolos sacaré de seguro el dinero necesario para volver á levantar la casa de labor. En ninguna cosa mejor podría emplearlo; con que no se desanime vd.

Tomás se sonrió con amargura y exclamó: ¡Qué diantre! ¡una sonrisa de mi hija valía mas que todas las riquezas del mundo! El diamante mas precioso es una cosa despreciable al lado de sus ojos tan hermosos como soles. Venga mi hija y me irá con gusto á pedir una limosna.

—¿Pues qué hay? preguntó Luisa temblando, ¿qué le ha sucedido á mi Margarita? ¿dónde está la pobrecita?

—¡Muerta! respondió Tomás traspasado de dolor, ó por mejor decir asada como un inocente corderillo.

—¿Y Pablo? Tampoco le veo aquí, dijo Luisa cada vez mas sobresaltada.

—¡Ah! exclamó Tomás irritado, no me hables de ese monstruo. ¡Maldita sea la hora, en que le acogí en mi casa! ¡Así no le hubiera visto jamás, ni á ti tampoco! ¡Así hubiera tenido un corazón de bronce cuando os trajeron á mi casa medio muertos!

¡Así no hubiera tenido tierras y no me hubiera separado de mi Margarita! ¡Así hubiera....

—Así hubiera puesto un pararrayos en mi casa, le interrumpió Jenner indignado, para que la exhalación hubiera bajado por él sin hacer daño. Sí, sí, Tomás, mireme vd. bien. Ya que no quería vd. entremeterse en lo que Dios tiene dispuesto, ¿por qué no se humilla vd. ahora ante su alta sabiduría, que ha lanzado el rayo sobre la casa de la-



bor? ¡Pero así sucede siempre! Después de haber provocado temerariamente al Ser Supremo, rehusando los medios que nos ha concedido para preservarnos de la tempestad y las viruelas, quiere vd. descargar su cólera sobre quien no tiene la menor culpa en lugar de pegar consigo mismo. Siento mucho tenerle que tratar á vd. con tanta dureza, pero una medicina suave no le hace á vd. ninguna sensación segun parece.

Con estas palabras el furor de Tomás se convirtió en tristeza. Quedóse muy pensativo, y al cabo lanzando un suspiro, dijo:—Puede que tenga vd. razón, señor doctor, pero sería como un leño, si no sintiese las desgracias que se me han venido encima.

—Pero ¿dónde está Pablo? volvió á preguntar Luisa mirando á todas partes con inquietud.

Tomás bajó los ojos avergonzado y dijo bastante perplejo—¡Dios sabe dónde! como antes no estaba en mi juicio, le traté muy mal y aun creo que le di un porrazo, dejándole tendido allí cerca de la cueva.

Todos dirigieron la vista hacia aquel punto, pero allí no había tal Pablo, sino solo un charquetal de sangre. Luisa se dirigió corriendo hacia allá y gritando lastimosamente:—¡Aquí empieza el rastro de sangre! le fué siguiendo á toda prisa. No tardó en desaparecer detrás de la casa quemada, y guiada siempre por las gotas de sangre, llegó en fin á los sauces situados á la orilla del estanque, y de los cuales hemos hablado varias veces, los demás iban mas despacio, pero oyeron de repente un grito espantoso que dió Luisa, y recelando que hubiese sucedido otra desgracia, aceleraron el paso. Luisa les salió al encuentro pálida como un cadáver, y gritando despavorida. ¡Margarita vive... pero Pablo está muerto!

Ninguno de cuantos allí había pudo contener las lágrimas al contemplar el cuadro que se presentó á su vista. El corazón mas empedernido no hubiera podido menos de enternecerse. El buen anciano Pablo yacía tendido sobre la fresca yerba de un parage sombrío, al que no sin razón había dado antes el nombre de su cuartito tranquilo y silencio-

so. De una herida profunda, que tenía encima de la frente, corría un reguero de sangre que tenía de color de púrpura, sus plateados cabellos y el tapiz de césped. La mano derecha sostenía el extremo superior de un colchoncito, la izquierda descansaba encima, aunque mas abajo, y entre los dos brazos protectores del anciano dormía Margarita dulcemente en su bien mullido lecho de pluma. Sobre sus carrillos, que parecían dos manzanas, brillaban dos lágrimas medio secas. A cierta distancia se veía el fondo de un cacharro con un poco de agua. Allí era á donde el pobre Pablo, viendo que el jardín ofrecía riesgo, había llevado á la niña que se le había confiado procurando protegerla hasta en la agonía de la muerte.

Catalina se apoderó al instante de su hija saltando de gozo, pero Tomás no se atrevió á acercarse á ella ni á manifestar el menor contento. Lo que hizo fué ponerse de rodillas á cierta distancia, y alargar los brazos hacia el asesinado con muestras de desesperación. En sus facciones y en todos los movimientos de su cuerpo se conocían los atroces remordimientos que le atormentaban interiormente.

Todos se compadecieron de él al verle tan desesperado, menos el doctor, el cual con su severidad acostumbrada le echó una mirada iracunda diciéndole. —En esta ocasión si que ha contrariado vd. los decretos del Señor, que dijo, *la venganza es mia, yo daré á cada cual su merecido*, pero no hubiera sido así, si hubiese vd. puesto un pararrayos en su casa ó permitido que vacunásemos á Margarita.

Tomás no contestó nada á esta reconvenccion y continuó dándose golpes en el pecho y arrancándose el pelo. Al cabo de un rato preguntó suspirando: ¿Pero vive todavía? ¿no es posible volverle á la vida? Antes se creía Tomás el mas infeliz de los mortales con haber perdido á su hija, pero después conoció que es mucho mas desgraciado el que ha agravado su conciencia con un asesinato. No hay pluma que describa la horrible situación y el aspecto de un asesino. Tomás estaba desconocido, pues del tal suerte se había desfigurado,



en un momento con el sentimiento de su culpa. Hasta el mismo Jenner se movió á compasion viéndole en un estado tan deplorable.

—Aun vive Pablo, le dijo con afabilidad, pues sino no le echaria sangre la herida. A falta de esponja tomó un pañuelo suave, fué á mojarlo en el agua del estanque y se puso á lavar la herida y á registrarla.

Durante la esploracion apenas se atrevia á respirar, y arrodillado todavia sobre la yerba tenia las manos cruzadas como si esperase la sentencia de vida ó muerte. Tambien los demas aguardaban con silencio é impaciencia la decision del facultativo.

Al cabo de un rato prorumpió Jenner en estas palabras:—Gracias á que el alfarero no quiso gastar mucha leña, cuando coció el conderado del cacharro, pues si el barro no hubiera sido tan blando y la herida penetrase tres lineas mas, ya hubiera espirado el pobre Pablo. La pérdida de sangre no deja de ser considerable, y las fuerzas de este buen anciano no son gran cosa, pero con todo, el médico no debe perder las esperanzas, mientras sienta el pulso y oiga la respiracion.

Con estas palabras del doctor se sintió Tomás aligerado del enorme peso que le oprimia el corazon, y entonces se animó á estrechar contra su corazon á la hija, que habia dado por perdida, participando de la alegria indecible de su muger. Sin embargo, no fué posible apartarle del lado del exáñime Pablo hasta que despues de vendado y trasladado al palacio declaró el doctor Jenner que ya estaba fuera de peligro.

Pablo tardó mucho tiempo en volver en sí. Por disposicion del facultativo cuando abrió los ojos por primera vez se encontró con su señor y con Luisa, los cuales habian estado esperando aquel momento con la mayor impaciencia. Asustado el enfermo hizo ademán de levantarse de la cama, pero el padre de Luisa se lo impidió.

—¿Cuánto tiempo he pasado durmiendo? preguntó Pablo con inquietud...ó... ¿he estado por ventura enfermo? porque tengo la cabeza muy débil.

—Ya se vé que has estado muy malo,

pobrecillo, le dijo el baron muy gozoso alargándole la mano, y Pablo se la besó con efusion. Pero ahora ya estás fuera de peligro y no tienes mas que cuidarte mucho.

—Hesoñado tantos disparates, añadió el enfermo, tan pronto con nieve y fuego como que me habia helado y estaba ardiendo una casa; tambien que me habian maltratado unos muchachos, que tenia yo una niña que se llamaba Margarita, y que vino un hombre y medió un porrazo en la cabeza.

—Si, todo lo hemos oido, contestó Allan de Léven, pues buenos gritos has dado en tu delirio, pero no te acuerdes ya de eso, y piensa solo en restablecerte completamente.

—¿Pero dónde está mi buena señora? volvió á preguntar Pablo; tambien hesoñado que nos la habian llevado de casa.

A una seña del baron entró en el cuarto la madre de Luisa. Tanto se alegró ella de que Pablo hubiese recobrado el juicio, como él de volver á ver á su señora. Como el enfermo estaba todavia tan delicado, tuvieron que dejarle solo, con lo cual no tardó en entregarse á un sueño tranquilo y reparador. Entretanto se hallaba Tomás en el cuarto inmediato agoviado de pesadumbre.

—¿Cómo está? le preguntó con mucho afán el doctor, cuando le vió salir de la habitacion del enfermo.

—Mucho mejor de lo que se esperaba, respondió Jenner, pues gracias á Dios ha recobrado Pablo la razon. El golpe que llevó en la cabeza, la mucha sangre que ha perdido, y tal vez tambien el susto que le causó el fuego, han contribuido á ello. Pero cuidado, Tomás, con hacer mérito de ello, pues solo lo debemos á la divina Providencia que hace redundar en bien hasta las maldades que ejecutamos.

Tomás le confesó que tenia razon, y se puso tan contento, que no cabia en sí de gozo.—¿Pero no puedo entrar á verle, preguntó con impaciencia, para pedirle perdon del mal que le he hecho y darle las gracias por haber salvado á mi hija? No estaré completamente tranquilo hasta que Pablo me haya perdonado.



—Todavía no, contestó Jenner. Cuando el enfermo tenga las fuerzas suficientes, yo le avisaré á vd. Por el pronto es preciso no molestarle todavía, pues de lo contrario sería muy fácil que volviese á su demencia.

De allí á pocos días llegó el momento deseado. Poco á poco se le fué preparando al convaleciente, aunque él sin necesidad de eso había ido recordando cada vez mejor todo lo acaecido anteriormente.

La habitación en que estaba Pablo se fué llenando poco á poco de personas conocidas. Primero entraron Allan de Léven, su esposa y Luisa: después el baron de Mosby, la baronesa, sus dos niños y el señor de Middleton; en seguida Catalina con su Margarita en brazos, y el último de todos el contrito y abatido Tomás. El y Pablo derramaron copiosas lágrimas cuando se dieron la mano y se abrazaron. Pablo le dió las gracias por haberle acogido en su casa tan amistosamente y por los cuidados que le había dispensado tanto tiempo, pero Tomás le dijo que lo que había hecho por él no era nada, que se tenía por un malvado, y que solo deseaba que le perdonase el mal que le había hecho en un instante de arrebató. Después le llevó su niña y esta echó sus bracitos al cuello de su libertador con una sonrisa angelical, mientras que Catalina le manifestaba su gratitud con las más tiernas expresiones. El padre de Luisa estrechó en sus brazos á Tomás y á Catalina mostrándose muy agradecido, porque habían hecho las veces de padres para con su hija.

—Para satisfacer una pequeña parte de lo mucho que os debo, les dijo Allan de Léven, haré reedificar la casa de labor y dejar bien provistos los graneros y los establos. Dios me ha dado muchos bienes, y además nuestro buen monarca se ha dignado aumentármelos, indemnizándome así con usura de los males que se me habían ocasionado....

—Si, si, le interrumpió el doctor Jenner, el cual no hubiera hecho mal predicador, las desgracias que todos vds. han sufrido en este tiempo, no son nada

en comparacion de los bienes que han resultado de ellas. Ya sé lo que quiera decir ese suspiro, señora baronesa de Mosby, pero tampoco á vd. le ha cabido la menor parte, si considera vd. que ahora tiene dos hijos excelentes y un ángel en el cielo. Además se ha hecho un descubrimiento utilísimo, de cuyas ventajas seguirá disfrutandola humanidad en todos tiempos; Pablo se ha curado de su demencia; Luisa ha vuelto á encontrar á sus padres, y á Tomás se le ha hecho entrar en razon aunque ha sido menester para ello Dios y ayuda; á no ser que, añadió dirigiendo la palabra á Tomás, se obstine vd. todavía en no poner para-rayos en su casa y en no vacunar á Margarita.

—Haré todo lo que se me mande, contestó Tomás con el mas pleno convencimiento.

—Eso me gusta, repuso Jenner, y me reconcilia enteramente con vd. Podemos, pues, afirmar que hasta el rayo y el incendio han tenido sus buenas resultas, y por eso dice con tanta verdad la Sagrada Escritura: que el Señor convierte en céfiros á sus ángeles y en llamas de fuego á los que le sirven.

¡Bendita sea su bondad!

GUSTAVO NIERITZ.

**DULZURA.** Las contestaciones dulces calman la ira; las palabras desagradables aumentan la cólera.

*Salomon.*

El que manda con imperio á sus inferiores suele hallar un gefe que haga lo mismo con él.

*Máximas de los orientales.*

**ESTUDIO.** El estudio mas útil es el de sí mismo: los trabajos y ocupaciones de las aulas, solo sirven de escala para llegar á él.

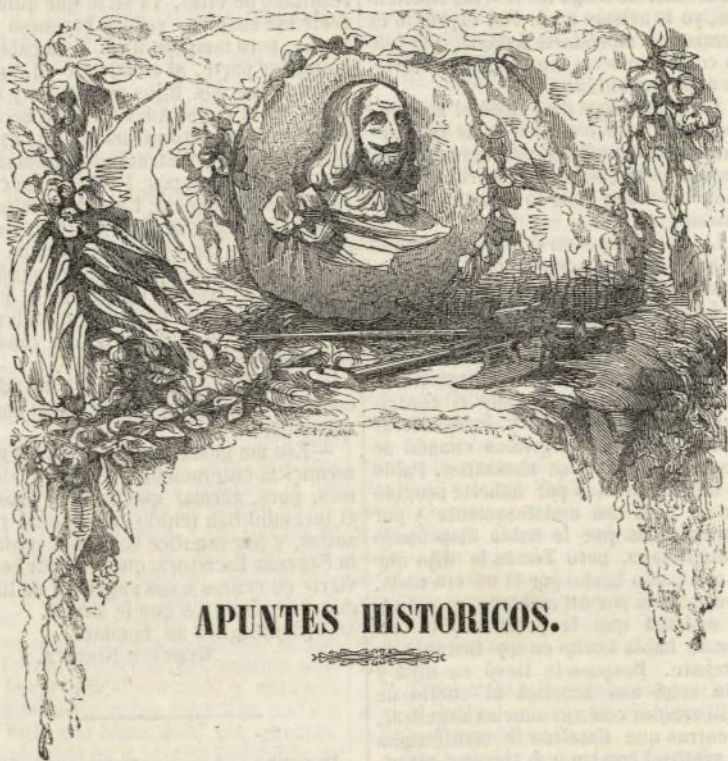
*J. J. Rousseau.*

Si el acero aventaja al hierro es porque el trabajo le ha hecho mas perfecto.

*Epicteto.*







## APUNTES HISTORICOS.

### EL SITIO DE TARIFA.

#### I.

Don Alonso revocó su testamento á la hora de su muerte, y nombró por sucesor á don Sancho IV llamado el *Bravo*, y á pesar de encontrar parciales opositores la última disposicion del moribundo monarca, don Sancho fué aclamado por todos los pueblos que se apresuraron á rendirle homenaje, y en consecuencia, su hermano el infante don Juan, abandonó el proyecto que habia concebido de apoderarse de Sevilla y Badajoz, que aseguraba pertenecerle, por-

que así lo decretó su difunto padre en su anterior disposicion testamentaria; pero aun cuando el infante don Juan cedió algun tanto en sus pretensiones, no dejó por eso de cimentar la discordia y la insurreccion en varias ocasiones contra su hermano Sancho el legítimo rey de Castilla; mas todas sus tentativas fueron sofocadas por las prudentes medidas de su hermano, que atajaron siempre el foco de la rebelion. Sin embargo, del buen régimen gubernativo que observaba en el dominio de sus estados, no pudo extinguir enteramente el fuego de la sedicion, la cual hacia vacilar sobre su cabeza una corona que fué adquirida de un modo tan violento.

El infante don Juan habia estado



preso por orden del rey, mas este benigno príncipe, lejos de castigar severamente los atentados de su rebelde hermano, le perdonó, y al cabo de algun tiempo le concedió la libertad. Don Juan aunque prometió no volver á seducir ni alucinar á los grandes de Castilla, cuando se vió en libertad, el instinto de la desordenada ambicion que le devoraba llamó á su corazon, y éste se encontró dispuesto á poner en práctica nuevos proyectos de rebelion. Con efecto se unió á los Laras y empezó á fomentar la discordia en los dominios de Sancho, pero este prudente monarca no fué esta vez menos afortunado que lo habia sido en épocas anteriores, para atajarla en sus principios, y don Juan al ver frustrada su nueva tentativa, y no contando ya con el perdon de su hermano, decidió, conociendo la gravedad de su delito, refugiarse en Portugal; pero su rey Dionisio le despidió de su territorio porque á la sazón se encontraba en perfecta armonia con don Sancho.

Embarcóse el infante con direccion á Francia creyendo hallar en este vecino reino una acogida mas análoga á su situacion y á sus intenciones; mas un viento contrario y peligroso condujo su embarcacion á Tánger. Por una triste fatalidad, sabemos todos que el enemigo encarnizado siempre camina alerta, y en cualquier parte donde se halle lleva en su compañía los pensamientos de acabar con su antagonista: digo esto, porque el vengativo infante, lejos de amilanarse con este imprevisto suceso, tuvo el suficiente talento y serenidad para sacar partido de la desgracia que le llevó á un pais enteramente opuesto á los reyes de España. Presentóse á Aben-Yucef, al cual aseguró que se habia desertado de su pais para ponerse bajo sus órdenes y pelear contra su hermano Sancho, rey de Castilla. El musulman que se encontraba dispuesto á invadir este reino, creyó de buena fé al ingenioso infante, y le dió el mando de cinco mil caballos con orden espresa de que marchase para atacar á Tarifa, punto cuya posesion deseaban los moros hacia mucho tiempo.

El dia 5 de octubre de 1292, se

encontraba don Juan frente á los muros de Tarifa, con un poderoso ejército de musulmanes, y poco despues envió un escrito al gobernador de esta plaza, intimándole la rendicion; pero el gobernador era don Alonso Perez de Guzman, caballero leal, noble y aguerrido, y el que en épocas anteriores habia dado pruebas de su acrisolada lealtad y valor, por lo que no es extraño que contestase al rebelde infante con la mas decidida y enérgica negativa, «asegurando que mientras quedase en la plaza un solo soldado fiel á su mando se defenderia, y en caso que éste le faltase moriria él mismo peleando contra los enemigos de don Sancho y de la cristiandad,» palabras que oyó don Juan con harto enojo para que no buscasse todos los medios posibles para acabar con tan valiente caballero.

Pero pasemos al acontecimiento principal del presente artículo.

Guzman, no bien hubodado esta contestacion al infante, se dirigió á sus tropas y las arengó con entusiasmo: entró despues en su domicilio, donde impaciente le esperaba su querida esposa, y un niño de siete años no cumplidos que vino á abrazarle preguntando.

—¿Han venido los moros, padremio?

—Si, querido de mis entrañas, repuso el padre correspondiendo con amabilidad á sus infantiles caricias.

Despues se incorporó, miró á su esposa y la dijo:

—María, dentro de poco, tal vez procedan los enemigos al asalto, y el niño corre grande riesgo si no procuramos ponerle en salvo. Si los moros penetran en la ciudad, la sangre correrá á torrentes, y los defensores de Jesucristo y de su rey morirán asesinados bajo el filo de la corva cuchilla sarracena. ¿Qué dispones, María?

La esposa de Guzman miró á su niño con ternura, despues á su marido y contestó:

—Si, preciso es ponerle en salvo; pero ¿cómo separarme de su lado? Y si acompaño á mi amado hijo, ¿cómo abandonar á mi buen esposo en medio de los peligros que le rodean?

—Salva á tu hijo, María, dijo Guzman.



man; mucho le quieres como madre, mucho le amo tambien como padre. El dia que no recibo una tierna caricia suya, no me abandona una siniestra inquietud; pero tambien es verdad que le amo demasiado para esponderle al furor de nuestros enemigos.

Por último padre y madre decidieron, como era natural, alejar al niño de Tarifa, para lo cual llamaron á Pablo, hombre que frisaba en los cuarenta y cinco años, soldado antiguo, valiente, entusiasta de los hechos de don Alonso Perez de Guzman, el que lo tuvo á su lado conociendo las dotes que recomendaban tan favorablemente á este fiel veterano.

—Pablo, dijo Guzman; preciso es que acompañes á mi hijo: he resuelto alejarle de esta ciudad.

—¿Cómo, señor? repuso el veterano; ¿No quereis que el noble sucesor de don Guzman presencie un asalto? Tiene siete años y ya es razon que se acostumbre al ruido de las armas.

—Es muy jóven, Pablo, respondió María: esponderle á los peligros que nos amenazan no es quererte.

—Os equivocáis, señora, porque le quiero, porque le amo como á sus padres, deseo darle á conocer el sendero por donde se camina á la gloria; y entre guerreros así se muestra el cariño.

—Basta Pablo, interrumpió Guzman, conozco los bellos sentimientos que te conducen á poner á prueba el valor de mi único hijo; pero me adhiero gustoso al parecer de su madre, y á la vez exijo la obediencia de tu parte sin que me repliques.

Pablo inclinó la cabeza en señal de sumision; despues miró al niño que examinaba, en un extremo de la estancia, la reluciente armadura de su padre, y exclamó lanzando un suspiro.

—¿Qué lástima! El prolijo exámen que está haciendo en este momento revela ya sus instintos.... ¿Es verdad, hijo mio? prosiguió acercándose al inocente. ¿Es verdad que tú deseas ceñir una armadura como esa y pelear contra los moros?

—Si, contestó el niño con estrema candidez: yo quiero ponerme una

cosa como esta, y llevar en la mano una espada; y subirme en un caballo blanco como el de padre Alonso, y ponerme delante de los peones y de la caballería, y decir á los soldados aquellas palabras bonitas que dice padre y que hacen llorar á los guerreros....

—¿Y luego?... ¿qué mas, hijo mio? interrumpió Pablo mirándole con estremada agitacion y regocijo.

—Luego, continuó el niño, luego matar á esos hombres que llevan turbantes y una media luna en la cabeza.

—¡Dios bendiga tu labio! gritó lleno de entusiasmo el viejo militar precipitándose hacia el jóven y besándole.

En tanto que el niño acariciaba el largo y espeso bigote de Pablo, Guzman y su esposa miraban enternecidos una escena tan digna de contemplacion, para los padres que ven en sus hijos ideas tan precoces y que revelan virtud y valentia.

Al fin quedó decidida la partida de Pablo y el hijo de Guzman.

A una media legua de Tarifa y á la derecha del punto donde los sitiadores sentaron sus reales, habia una especie de castillo ruinoso que llevaba el titulo de *Antigua fortaleza del duque Balonia*, cuyo edificio pertenecia á la sazón á un anciano caballero, íntimo amigo de Guzman; y como habitaba este recinto, y permanecia ageno á la campaña por hallarse enfermo, determinó poner á su hijo bajo el cuidado de este personaje, conceptuando desde luego que con esta medida libraba al niño de todo género de peligros.

Pablo se vistió de aldeano, aunque debajo de su ropa llevó oculta una daga, y á las nueve de la noche de aquel mismo dia partió el antiguo soldado con el inocente, despues que sus padres le despidieron en medio de las mas tiernas y reiteradas caricias.

## II.

Eran las diez, y ya se encontraban á larga distancia de los muros de Tarifa el veterano y el dulce objeto de su custodia. Durante la marcha, Pablo fué refiriendo al niño las diferentes acciones de guerra en que se habia encon-



trado, describiéndoselas con tal minuciosidad y de modo tan interesante, que el joven hubiera deseado que el viage fuera mas largo, pues con tanto gusto escuchaba á su amigo Pablo.

Llegan á la *fortaleza del duque de Balonia*, y nuestro antiguo soldado se presenta al enfermo con su pequeño huésped, anunciándole la determinacion que respecto á su hijo habia tomado su amigo el gobernador de Tarifa, de lo cual se alegró mucho el caballero

porque deseaba que don Alonso Perez le ocupara en algo para servirle.

Al día siguiente por la mañana muy temprano, se asomó Alonso á una de las ventanas de aquel antiguo edificio, y observó que entre una espesa nube de polvo venian dos objetos que no pudo distinguir al principio por la grande distancia que los separaba; mas luego que se fueron acercando, vió que eran dos moros que airoosamente cabalgaban sobre dos briosos corceles. Deseosos de



contemplar á los musulmanes de cerca, porque era gente que aun no conocia mas que por lo que habia oido hablar de ellos, sin participar á nadie su pensamiento, separóse de la ventana y bajó á la puerta del castillo, y no tuvo limites su alegría al ver que su curiosidad iba á quedar enteramente satisfecha porque los árabes iban á pasar precisamente por el sitio en que él se encontraba.

—Ya voy á coñocer á los moros, decía regocijado batiendo las palmas y dando saltos de alegría; voy á conocer á esos hombres que llevan turbantes, sables corbos y hermosos caballos.

Con efecto, los árabes se iban acercando cada vez mas, y Alonso duplicaba su contento: pero ya que los vió á corta distancia, se tranquilizó y comenzó á observarlos con el mayor interés: los moros al pasar, no hicieron otra cosa que volver la cabeza hácia la parte donde el niño se encontraba, y mirarle con indiferencia; mas éste, en vez de observarlos silenciosamente no se pudo contener y empezó á gritar.

—¡Viva Jesus Nazareno! ¡Muera Mahoma! ¡Yo soy enemigo vuestro, y en siendo grande voy á haceros degollar á todos!

Los árabes se miraron el uno al otro



y no pudieron menos que sonreirse, pero volvieron grupas y se acercaron al jóven, el cual en lugar de amedrentarse los esperó lleno de valentía y serenidad. Uno de los dos musulmanes le preguntó con agradable sonrisa:

—¿Cuándo vas á pelear contra nosotros?

—Cuándo tenga fuerzas para sostener una espada y cuando Pablo me enseñe á cabalgar.

Los mahometanos tornaron á reirse, y el mismo que había preguntado llevó su mano al ceñidor, sacó un bolsillo lleno de oro y le arrojó á los pies de Alonso diciendo:

—Toma, rapáz, me has hecho gracia, y desearía que entre los hijos de Mahoma se encontraran muchos como tú.

—Guarda tu dinero, musulman, repuso el niño con dignidad, soy tan rico como tú, y aun cuando fuera pobre tampoco le tomaría.

—¿Eres rico? preguntó el otro moro.

—Sí, mas que vosotros.

—¿Quién es tu padre? prosiguió el mahometano.

Y el niño respondió con orgullo.

—El hombre mas valiente de la tierra.

—¿Cómo se llama?

—Se llama don Alonso Perez de Guzman; es el gobernador de Tarifa, que os aborrece como yo....

Aun no había acabado de hablar el niño, y los moros se miraron con simultaneidad; y sin decirse una palabra apretaron á la vez los hijares de sus hermosos corceles y desaparecieron sin escuchar al niño que gritaba:

—Venid; que os dejais vuestro dinero, y yo no le quiero.

Viendo que no le contestaban, cogió el bolsillo, y aproximándose á un estanque que se hallaba situado á corta distancia del castillo, le arrojó en él diciendo:

—No quiero monedas de mis enemigos.

Alonso subió á la *fortaleza* y refirió á su amigo Pablo cuanto le había pasado, el cual halló con este incidente un nuevo motivo de entusiasmo y admiración hacia el hijo de su noble señor el gobernador de Tarifa.

A las diez de aquella noche, el niño se hallaba entregado en los brazos del sueño mas apacible. Pablo que estaba situado de pie al lado de su lecho le contemplaba silencioso, admirando la singular belleza de su blanco rostro adornado de una hermosa cabellera rubia; sus grandes ojos medio cerrados, su pequeña boca entre abierta, el subido carmin de su megilla y su dulce y perfumado aliento aumentaban su atractivo. El rústico militar quiso estampar un beso en su cara de ángel; mas varió repentinamente de pensamiento recelando que su espesa y cerdosa barba dañaría la delicada piel del inocente: al fin se contentó con besar una de sus manecitas que asió con mucho cuidado para llevarla á sus gruesos lábios, y que dejó caer con dulzura á fin de no despertarle. Disponiase á salir de la estancia que servia de dormitorio á nuestro jóven, cuando oyó con asombro dos fuertes golpes dados á la puerta de la *fortaleza* que retumbaron en lo interior del castillo: Pablo se detuvo un instante como el que quiere indagar el motivo de estos golpes inesperados; pero sacóle de su meditacion el prolongado relincho de un caballo. Esto duplicó la curiosidad del antiguo guerrero, y con objeto de satisfacerla pasó á una pieza inmediata, abrió un balcón y se asomó; pero, ¡oh, sorpresa fatal! á la puerta del castillo estaban doce ginetes mahometanos que volvieron á llamar.

Pablo sintió al instante el triste presentimiento de que venian en busca del hijo del gobernador para tenerlo en rehenes: salió de aquel aposento, y buscando una espada, la que no le fué muy difícil hallar, cerró la puerta del cuarto donde el niño dormia, y se colocó de centinela al pié de un arco que confinaba con la escalera y que prestaba paso á los corredores. A los golpes reiterados de los musulmanes, el imprudente conserge del castillo que no receló ningun mal, abrió la puerta y acto continuo penetraron uno á uno hasta llegar al patio donde echaron pié á tierra. llamaron al conserge y uno de los moros le dijo:

—Si aprecias tu vida, guianos a'



sitio donde se halla el hijo del gobernador de Tarifa.

—Lo ignoro, respondió el conserje.

Entonces los mahometanos se avalanzaron á él con los alfanges desnudos, y el acometido comenzó á gritar pidiendo socorro. A los gritos de este hombre, acudieron varios criados que aunque armados, eran en número inferiores á los árabes, y no tuvieron otro remedio que sucumbir, y en su consecuencia los musulmanes despues de haber atado á los que se resistieron, subieron la primer escalera que encontraron, que era ancha y espaciosa; pero poco antes de llegar al arco del corredor, vieron bajar á un hombre armado.

—¿Dónde vais canalla? ¡Atrás!

Los moros se detuvieron, pero el mas audaz de los que subian, gritó á sus camaradas:

—¿Y os aterra un hombre solo?...

¿Un enemigo de nuestra ley? ¿Qué podrá su espada contranuestros alfanges?

—¡A él! gritaron unos.

—¡A él! repitieron los demas encolezados.

Pero Pablo como una fiera avanzó con espada en mano sobre el primero y le derribó en tierra herido de una estocada. Aprovechándose de esta sorpresa corrió en seguida sobre los demas que huieron hasta la mitad de la escalera; pero reponiéndose de su primer espanto se abrieron en ala y á una señal subieron con impetu hasta llegar á donde estaba Pablo, el cual dando tajos á derecha é izquierda los recibió con ánimo y resolucion, y aunque se defendió valerosamente, al fin cayó de espaldas á consecuencia de una fuerte cuchillada que recibió en la cabeza. Entonces los musulmanes viendo derribado en tierra á tan temible adversario, penetraron mas en el interior del corredor á fin de hallar el objeto que iban buscando; mas ¿cómo encontrarle con la brevedad que su posicion exigia? No hubo otro remedio que comenzar á violentar todas las puertas que al paso se les presentaban; pero el inocente, predestinado á la mas horrorosa cautividad se delató á si propio, porque habiendo despertado al ruido de las armas, y á los gritos de Pablo durante la encarnizada

lucha, se levantó de su lecho, y dando golpes á la puerta de su estancia que halló cerrada, decia esforzando su débil voz.

—¡Pablo! Pablo! Sácame de aqui; ¡yo quiero saber lo que te sucede!

—¡Gracias sean dadas al poderoso Alá! dijo el gefe de los moros; ya sabemos donde está nuestro prisionero.

Y abriendo la puerta á la cual Alonso llamaba, entraron, se avalanzaron á él como tigres y le cogieron en brazos. El niño empleó todas sus fuerzas para separarse de aquellos hombres á quienes tanto aborrecia; pero los árabes le decian:

—¡Quieto, quieto, hijo mio! Si no te hacemos daño: el infante don Juan quiere conocerte, y vá á regalarte un caballo y una espada.

Alonso se tranquilizó algun tanto con esto que oyó de boca de los mahometanos, y rogando que le dejaran caminar, porque no se escaparia, le situaron en tierra, y seguidamente preguntó:

—¿Y mi amigo Pablo, dónde está? ¿Por que gritaba hace poco?

Diciendo esto, salió del aposento adelantándose al corredor, y á traves de una escasa luz que débilmente lucia en el arco, observó á un hombre que lanzaba tristes quejidos tendido en el suelo, y sin detenerse corrió hacia él.

—¡Pablo! exclamó horrorizado el inocente al reconocerle ¿te han herido los enemigos de Jesus?

—Si, repuso Pablo con voz ahogada y estrechándole contra su seno, defendiéndote me han dado la muerte.

El niño que veia nadar la cabeza del guerrero en un lago de sangre, se afectó de tal modo que apenas podia gritar pidiendo socorro para su amigo Pablo.

—¡Socorro á mi amigo! decia, que se muere, que le han herido los enemigos de Jesucristo!

Mas estas exclamaciones, aunque débiles, de todos eran escuchadas, pero ninguno podia acudir al auxilio del guerrero, porque el dueño de la fortaleza se hallaba impedido en su lecho, y sus servidores aun permanecian atados en el patio del castillo.

Finalmente, los moros arrancaron



con violencia de los brazos de Pablo al inocente, que amargamente llorando enjugaba con su ropa la sangre que á torrentes corría por el rostro de su anciano compañero.

—¡A los reales con el rapaz! dijo con voz de trueno el gefe de la cruel soldadesca. ¡A los reales! repitieron los otros.

Un momento despues, á pesar de su llanto y los esfuerzos que hacia, el hijo del gobernador de Tarifa se hallaba á gran distancia del castillo y cautivo del infante don Juan. Pablo habia sucumbido.

### III.

Eran las doce del siguiente dia, hora en que la ciudad de Tarifa presentaba el aspecto mas imponente: sus almenas se hallaban coronadas de hombres armados y decididos en defender hasta exalar el último suspiro, la santa ley del Crucificado. ¡Antes la muerte que consentir que una soldadesca infame y cruel, acaudillada por un rebelde, penetre en el recinto de la heroica Tarifa! Todos, en medio del mayor entusiasmo, se encontraban dispuestos á disparar sus ballestas contra el enemigo, á la menor señal. Los agarenos en vista de semejante decision, no es extraño que acudiesen á un medio violento y horroroso, para lograr su fin. Don Alonso Perez de Guzman, sentado á la mesa en compañía de su amada esposa, con voz grave y solemne decia:

—Demos gracias al Todo Poderoso, porque nos dá con mano benéfica el sustento que necesitamos nosotros los pecadores que tan poco lo merecemos.

Y echando en seguida la bendicion, comenzaron á comer.

—¿Estais triste, María? preguntó cariñosamente Guzman.

—Ayer, nos acompañaba Alonso, respondió María, y su inocente conversacion nos colmaba de placer.

—Pronto volvereis á tenerle á vuestro lado, señora: el bloqueo que presenciarnos es transitorio: los enemigos miran nuestros muros con asombro y no se determinan á emprender el asalto.

—Señor, dijo un militar que se presentó.

—Hablad, Sandoval, repuso el gobernador.

—Acaba de presentarse en el campamento enemigo el infante don Juan, acompañado de los principales gefes del ejército musulman, y por medio de un heraldo ha dicho que quiere hablaros.

—Nada mas justo que complacer al hermano de mi rey y señor.

Y levantándose de la mesa, atravesó la ciudad, subió á la muralla y presentó el espectáculo siguiente.

El infante don Juan estaba sobre un hermoso caballo, al lado de una especie de terraplen, cercado por varios ginetes árabes, y en el cual habia un inocente y hermoso niño hincado de rodillas, con sus manecitas atadas, y no á mucha distancia de este pequeño cautivo un moro africano que tenia en su mano derecha una corba cuchilla; este negro parecia ser el terrible ejecutor de la inocente victima. Don Alonso, antes que ver al infante, miró detenidamente aquella preciosa criatura que con sus rubios y rizados cabellos que caian sobre su blanca y desnuda espalda, parecia un ángel que habia descendido de los cielos.

—¡Padre mio! exclamó llorando el prisionero; dile á mi pobre madre que los enemigos del Redentor han matado á nuestro amigo Pablo, y que tambien á mi quieren darme la muerte.

El primer movimiento de Guzman fué cruzar las manos, y dejar salir de su pecho una dolorosa exclamacion, pero volviéndose á las tropas que le rodeaban fingió serenidad y dijo:

—No desmayeis, soldados: mi corazon tiene ahora la misma entereza, y el mismo afan por la victoria.

Dirigiéndose en seguida al campamento enemigo, prosiguió:

—¿Qué me quiere el infante don Juan?

—Escucha, gobernador, contestó en voz alta el principe cruel. Contempla la horrorosa posicion en que se encuentra el único hijo que Dios se ha servido darte: á su lado está el verdugo pendiente de una señal para desprender de su cuerpo su cabeza; pobre inocente, destinado á espiar la inobe-



diencia de su padre. ¿Quieres á tu hijo?

—Eso no se lo preguntéis á un padre.

—Pues bien, entrégame la ciudad, único medio que tienes para salvarle la vida.

Guzman se mordió los labios; llevó la mano á su corazón, y le sintió palpar con desorden; después la llevó á su frente y observó que ardía.

—Príncipe cruel, repuso Guzman con voz temblorosa; escucha primero al padre y luego oye al soldado. No tengo mas que ese hijo, único bien que dulcificaba mi amarga existencia, y por el cual sacrificaría mil vidas que tuviera; pero como soldado y gobernador te digo que por lo mismo que vale mucho el hijo mío, no quiero rescatarle á precio de una vileza: si en ese campamento hace falta hierro para el sacrificio, toma éste.

Y dirigiendo su temblorosa mano á la cintura, sacó la daga y la arrojó á los pies del príncipe inhumano, volviendo las espaldas y bajando la escalera de la muralla. Detúvose luego en el último escalon, pues una fuerza invisible no le dejaba seguir adelante: vaciló un momento, quiso volver á subir y ofrecer á los musulmanes que les abría las puertas de la ciudad, pero no bien hubo concebido este pensamiento, cuando la voz del honor tocó en su alma, y esto le dió nuevo impulso para sofocar sus sentimientos paternales. Cual un demente miró á sus tropas, y después de una corta contemplación dió un grito sobrenatural y dijo:

—¡Vivan los defensores de Tarifa!

—¡Padre, padre mío! por Dios, que no me maten, gritaba llorando el inocente al ver que su padre se alejaba.

—Media hora tienes de término para decidir, prosiguió el infante: una corneta te anunciará el sacrificio.

La esposa de Guzman que habia llegado á enterarse de cuanto ocurría salió frenética al encuentro de su marido, y con gritos desesperados y sollozos, exclamaba.

—¡Padre cruel! ¡Padre inhumano! ¿Tú mismo arrojas el acero para que asesinen á tu hijo?... ¡Verdugo!

Sube en seguida á la muralla, vé á su hijo que le llama diciendo.

—Madrecita mía, ruega á la Santísima Virgen para que no me maten.

Esto aumentó el frenesí de María, que bajando de la muralla y recorriendo las calles como una demente, decía á los soldados y al pueblo.

—Entregaos, salvad á mi hijo; abrid las puertas al infante y á los moros.... Una madre os lo pide, os lo ruega, os lo suplica arrodillada. ¡Una madre á quien van á matarle su hijo no conoce el honor, no conoce mas que á su hijo!

Guzman sospechando que las exclamaciones sentimentales de su esposa infundirían el desaliento en el ánimo de sus subordinados, montó á caballo, y recorriendo la línea, alentó á sus tropas diciéndolas:

—Oid al gobernador, no presteis oídos á la madre.... valor, valor, hijos míos.

A este tiempo se oyó un prolongado toque de corneta y un grito general de espanto. La espada que Guzman llevaba en la mano cayó en tierra en este instante, y esforzándose por aparentar que nada le pasaba, prosiguió arengando á sus tropas. María corrió segunda vez á la muralla, y al ver rodar la preciosa cabeza de su hijo por el terraplen, lanzó un grito de terror cayendo accidentada en los brazos de aquellos que la seguían para su socorro. Esta afligida señora, falleció á los tres días en los brazos de su marido en medio de la fiebre mas espantosa.

Guzman una vez que logró verse solo en su aposento, seguro de que nadie le veía dijo entornando las puertas.

—Ahora que me hallo sin testigos, dejaré de ser guerrero, que barto deseaba ser padre para desahogar mi comprimido corazón.

Y diciendo esto, soltó las riendas á su llanto y lamentó la pérdida de los objetos que mas idolatraba en este mundo.

Pero pasada una media hora fué interrumpido con la presencia de algunos oficiales que vinieron á anunciarle que los musulmanes daban el asalto. Guzman acudió furioso, y fácil es presumir el denuedo con que los sitiados se



defenderían. Rechazados los enemigos levantaron el sitio, repasaron el estrecho, y el infante se retiró á Granada.

Una hora despues salió Guzman de la ciudad enfurecido, y situándose en el parage que habia servido de embarque á los mahometanos, mirando á lo lejos



la nave que les conducía, juró vengarse con usura de la muerte de su esposa y de su hijo. La historia comprueba por sus hechos posteriores que no hizo en vano su juramento.

El rey don Sancho, en vista de tan grande heroicidad, mandó que se le llamase don Alonso Perez de Guzman *el Bueno*.

I. A. BERMEJO.



## HOMBRES CELEBRES.

### CARLOS II DE INGLATERRA.

Son las doce de una noche oscura y tenebrosa, y en la que dos hombres disfrazados de aldeanos, despues de haber salido de un espeso bosque donde habian permanecido ocultos todo el dia, se hallan en una dilatada llanura distante una media legua de Lóndres. El mas jóven de los nocturnos viajeros, al llegar á la inmediacion del estenso campo, dirige su vista al cielo y esclama con acento dolorido:

—¡Aquí, señor, brillaron á la clara luz del dia, las armas de los enemigos de Inglaterra! Tú, señor, has consentido que Carlos II puesto á la cabeza de un ejército escocés, fuese derrotado por el que mandara el humilde descendiente de un fabricante de cerveza. Allí estaba Cromwell, ¿no es verdad? dijo al acompañante. Allí, en aquella altura. ¿Viste con qué infernal complacencia miraba al triunfador ejército republicano?

Despues, cogiendo la mano de su compañero, prosiguió:

—Era la batalla decisiva; ella le aseguó su infausto dominio en Inglaterra.

El compañero solo procuró apartar de la mente del afligido viajero tan amargos recuerdos, y con palabras dulces y consoladoras, hizo que se encaminara hácia una humilde cabaña situada á unos doscientos pasos del sitio donde se encontraban. La blanca y tersa nieve que cubria la tierra, formaba un extraordinario contraste con la triste lobreguez del firmamento, que no consintió en dejar salir siquiera una estrella que sirviese de guía á los disfrazados caminantes. El cansancio, la fatiga consiguiente á una marcha continua y violenta, la melancolía que natu-

ralmente engendra la precision de transitar por ocultos y extraviados senderos, amilanaron el ánimo abatido del jóven, que poco antes habia dirigido al cielo su reverente súplica, y á la manera de aquel que experimenta un repentino y sentimental recuerdo que debilita su espíritu, así cayó sobre una piedra, y dando un fuerte suspiro, pronunció con voz ahogada estas palabras:

—¡No puedo mas! ¡Aquí hace poco tiempo que pensé escarmentar la tiránica soberbia del usurpador del trono de Inglaterra! Aquí pensé vengar la injusta muerte del mas virtuoso de los soberanos! Pero nada he conseguido.

El amigo del amilanado jóven volvió á dirigirle palabras de consuelo, dándole positivas esperanzas de su triunfo: esto le animó, y levantándose de la piedra donde se habia sentado, se encaminó á la cabaña resueltamente. Al fin llegaron; llaman á la puerta, pero nadie ha respondido.

—Hora molesta es en verdad á la que llegamos, dijo el jóven; ¿quién habitará este pobre domicilio? Vuelve á llamar, Ormondo.

Así lo hizo, y esta vez no tardó mucho tiempo en abrirse una ventana situada encima de la puerta, y en escucharse la simpática voz de una jóven que preguntó:

—¿Quién á esta hora se atreve á interrumpir la pacífica morada de un desgraciado?

—Niña, repuso el jóven alzando la cabeza, nada temais; otro desgraciado, es el que sôlicita vuestro benéfico socorro. Ya veis la nieve que está cayendo; sino dais albergue á estos dos fugitivos, serán víctimas de la mas rígida intemperie.

La jóven compasiva sin duda á la súplica de este inesperado viajero, contestó dulcemente, que pasaria á la habitacion de su anciano padre para ha-



cerle presente su peticion, y el ruido de los cristales que se cerraban anunció que la jóven habia desaparecido de la ventana. Al poco tiempo se abrió la puerta que daba salida al campo, y una muger anciana se presentó con una luz en la mano anunciando á los caminantes que podian entrar; los disfrazados fugitivos entraron despues de saludar á la buena muger que salió á recibirlos, y sin detenerse subieron por la escalera que se presentó á su vista. Cuando hubieron llegado á la mitad de los escalones se detuvieron para que la anciana los alumbrase y los sirviera de guía. Pocos momentos despues se encontraron en una reducida habitacion, desnuda de muebles, pero que los pocos que tenia revelaban á primera vista que el dueño que habitaba esta pobre mansion pertenecia á una clase elevada, y que solo el imperio de una suerte fatal le habia conducido á tan miserable estado. De frente á la puerta de la escalera habia una chimenea, en la cual ardian unos cuantos troncos; en medio se veía una mesa grande de pino cubierta con un paño fino y de color verde; sobre ésta parecian algunos libros lujosamente encuadernados, y una escribanía de un valor material y positivo, al par que maravillosamente trabajada, y una lámpara de metal labrado, alumbraba estos objetos: en uno de los extremos de la mesa estaba colocado un grande sillón, sobre el cual se veía sentado á un hombre de avanzada edad, que aun cuando vestido con sencillez, dejaba entrever por su modesto ropage y sus maneras, cierto aire de noble aristocracia; su cabeza casi desnuda de cabellos, la estremada blancura de su rostro, la gravedad de su fisonomia y el ser ciego, eran cualidades que inspiraban respeto y veneracion hácia el que las poseía. A los lados de este anciano habia dos preciosas niñas, la una en ademan de estar leyendo, y la otra en actitud de escribir, pues con la pluma en la mano, mirando el escrito y suspensa, parecia hallarse pendiente de las inspiraciones del anciano. Cuando entraron los aldeanos el ciego se levantó, y con modales estremadamente finos los recibió con las siguientes palabras:

—Ignoro, señores, quienes sean las personas que se han servido favorecerme. El paso que acabo de dar, recibiendo en mi humilde morada, no es muy cuerdo á la verdad, si se tiene presente lo avanzado de la hora, y el encontrarme viejo, ciego, en compañía de estos dos jóvenes, que son mis hijas, que solo cuentan con su virtud para libertarse de los malos intentos de sus enemigos. La voz de la desgracia, ha resonado en mi corazon, y el noble y benéfico instinto de proteccion hácia mi semejante, es el que me ha hecho prestaros el auxilio que me habeis pedido. Si sois caballeros, y verdaderamente desgraciados, no dudo que sabreis respetar la triste posicion de este infortunado inglés.

—Vuestros recelos, repuso el jóven, son fundados, pero alejad de vuestra mente toda idea de temor, pues los dos hombres que habeis acogido en vuestro albergue, son dos caballeros; que sabrán respetar vuestra ancianidad, y el honor de estas dos preciosos criaturas que os acompañan.

—Entonces, contestó el ciego, aproximados á la lumbre, y secareis vuestros húmedos vestidos, y si teneis necesidad de fortificar vuestro estómago con algun género de alimento, os contentareis con el que pueda proporcionaros.

—Gracias, repuso el jóven, solo exigimos habitar esta noche debajo de vuestro techo, y arrimados al fuego.... Pero no, seré yo solo el que reciba este favor, pues mi compañero tiene precision de marchar á Londres... No te detengas, amigo, prosiguió dirigiéndose á Ormondo; nada ignoras de cuanto tienes que hacer; esta misma noche, se decide la gran cuestion; infórmate de cuanto pasa, y quiera el cielo que tornes á esta morada, portador de una nueva favorable á mi triste y precaria situacion.

Ormondo que hasta entonces habia permanecido silencioso, saludó cortemente á cuantos allí estaban, y bajando la escalera en compañía de la anciana que antes saliera á abrirle la puerta, dejó la humilde mansion del misterioso ciego, dirigiéndose á la gran metrópoli británica. Pero dejémosle caminar, y no perdamos de vista el interior



de la cabaña, que prestó asilo á nuestro disfrazado viajero.

—Continuad, dijo el jóven tomando asiento cerca de la chimenea, continuad vuestro interrumpido trabajo.

Mas el ciego no acertando á comprender lo que hubiese dado ocasion á la repentina ausencia de Ormondo, se manifestó algo receloso, temiendo algun incidente poco grato á su persona, y esto le determinó á hacer la siguiente pregunta, á la vez que se sentaba:

—Decidme, caballero, ¿me llamariais indiscreto si os preguntase vuestro nombre, y el fin que os proponeis en caminar por estos sitios y á horas tan estraviadas?

El jóven lanzó un profundo suspiro y contestó:

—La pregunta que me hacéis, no es indiscreta, como sospechais que yo puedo interpretarla; la encuentro muy natural, pero tengo el sentimiento de anunciaros, que me es hoy imposible satisfaceros. Pero si encontrais algo de misterioso y enigmático en mí, tampoco deo de hallar en vos, cierta apariencia incomprensible; vuestras maneras, la situacion en que os veo, y el modo no vulgar con que manifestais vuestras ideas, me hacen comprender en vos, cierta distincion, que armoniza bien poco con la modesta mansion que habitais. ¿Pudiérais decirme á quién tengo el honor de agradecer este benéfico hospedage?

—Solo puedo responderos, dijo el ciego, que soy un hombre de bien, pero desgraciado, y que para que nadie pueda conocerme sino bajo este nombre, hace algunos meses que resolví venir á esta pobre cabaña donde pienso que finalizarán los pocos dias que me restan de vida.

Las niñas á este tiempo, trataron de ocultar su llanto cubriendo su rostro con sus pañuelos, y el jóven conociendo que las palabras del padre desgarrarian el seno de las hijas, procuró dar un giro distinto á la conversacion diciendo.

—Bien, buen anciano, nada me reveleis, y proseguid vuestra tarea.

El anciano aceptó, pero dijo al mismo tiempo:

—Caballero, mi trabajo se reduce á un compendio de la historia de Inglaterra; la parte de que pienso ocuparme ahora es sumamente interesante, si sois buen inglés escuchadla con atencion.

—¡Hola! dijo el jóven disimulando su emocion; sois escritor, tarea espinosa es por cierto, la que os ocupa; escucharé con gusto lo que vais á dictar.

De las dos niñas, la mayor, tomó la pluma y se preparó á transmitir al papel las ideas de su anciano padre, el cual continuó del modo siguiente.

«Capítulo XII.—Presentimientos que tuvo Carlos I de Inglaterra de acabar su reinado en un patibulo, y el nombramiento de protector....»

—No prosigais, interrumpió el aldeano; antes que empecéis la sentimental narracion, de ese triste periodo de Carlos I, yo puedo daros verdaderos y exactísimos pormenores de todo.

—Hablad, hablad, dijo con ansia el ciego, y colocó el codo de su brazo derecho sobre la mesa, y la palma de la mano la apoyó contra su megilla en ademan de escuchar; las interesantes pendolistas tambien pusieron la mayor atencion, y nuestro interlocutor comenzó á hablar así.

—Ya sabreis como en 1645, se vió precisado Carlos I á fugarse de Londres, porque pedian su cabeza los que le derribaron del trono; tampoco ignorareis que dió muchas batallas á los parlamentarios, aun cuando infructuosas, y que la sangrienta derrota de Nazerbi en 1645, puso término á sus esperanzas de volver á empuñar el cetro. Verdad es que entonces se acogió al ejército de Escocia; pero tampoco es menos cierto que este ejército, le vendió al parlamento inglés por cien mil libras esterlinas. Poco antes de esta ominosa venta, entró Carlos en su regia morada, amarillento, y dominado de una imponderable tristeza. Sentóse en un sillón y mandó á Wentworth, su único amigo, que hiciese llamar á la reina y á sus hijos, los cuales no dejaron pasar mucho tiempo sin que acudiesen. Carlos entonces sentó á su hijo y primogénito, sobre su muslo derecho, la hermana del jóven sucesor, se postró de rodillas, la reina y Went-



worth, prestaron la mayor atención, y el monarca de Inglaterra, se despidió para siempre de todos ellos, en medio del mas grande desconsuelo. En esta despedida manifestó el rey su presentimiento de que acabaría de una manera fatal; á las pocas horas, ya estaba vendido, y pocos meses despues, vió la ca-



pital de Londres, espirar en un suplicio al mejor de los soberanos, y al tirano Cromwell usurpar su trono.

—Poco amor manifestais al protector, caballero, dijo el ciego.

— ¡Preciso es que a estas horas arda en los infiernos!

—Pero aun reina en los corazones de algunos republicanos.

—¿Y vos le defendeis? preguntó el joven encolerizado y poniéndose de pie.

—Venero sus cenizas, tanto como vos ultrajais su memoria.



—¿Es posible que alabeis á ese déspota usurpador, que todo lo debió á la fortuna y á la inaudita tenacidad de su feroz carácter? ¿Ha conocido el mundo un ambicioso mayor? No penseis que Cromwell ha mandado los corazones del pueblo inglés, realistas, presbiterianos, republicanos, ejército, todos le han obedecido, pero con la convicción de que su poder era transitorio...

—Sí, pero á su muerte, el partido republicano ha elevado á su hijo Ricardo, que aunque le aborrezco por no reconocerle con el arrojo de su padre, veo sin embargo que es el símbolo de la republica de Inglaterra.

—Miserable, exclamé el jóven mas enfurecido, ¿te atreves en mi presencia á sostener con tal calor los injusto derechos de los asesinos de Carlos I?

Las niñas asustadas, se pusieron de pie, y entre sollozos y súplicas trataron de apaciguar al resentido aldeano. El ciego que tambien se habia levantado de su asiento, exclamó:

—¡Realista de Satanás, poco importa que te enfurezcas contra mí. Ricardo Cromwell, sucesor de Oliverio rige aun los destinos de Inglaterra...!

A este tiempo se oyeron estrepitosas voces que daban vivas á Carlos II de Inglaterra.

—Ya ves, contestó el jóven con calma, hasta donde llega la ceguedad de tu fanatismo.

—¿Qué quieren decir esos vivas, preguntó el anciano?

—Quieren decir, que Ricardo Cromwell, no queriendo conservar el mando como su padre á costa de asesinatos y de tropelias de toda especie, cede el mando en favor de su legitimo dueño Carlos II que es el mismo que te dirige la palabra en este momento.

—¡El rey! exclamaron las niñas echándose á sus pies; pero el ciego, lejos de postrarse permaneció de pie y sin movimiento.

Carlos II abrió la ventana y vió llegar hácia la cabaña á unos cuantos oficiales que venian entonando himnos pa-



trióticos. Pero no habia aun transcurrido una media hora cuando una multitud de hombres, alumbrados con hachas de viento y seguidos de Ormondo, de Monk, y de algunos otros personajes afectos al rey, se acercaron á la caba-

ña dando los vivas mas entusiasmados al nuevo soberano de Inglaterra. Ormondo y Monk penetraron en la estancia del ciego en ocasion en que éste encolerizado dirigia las mas exageradas y casi insultantes exclamaciones



contra el débil Ricardo Cromwell, tanto que Carlos mandó prenderle, deseando dar principio á la venganza de su padre, privando de la existencia á este anciano; pero las súplicas de sus inocentes hijas le enternecieron.

—Antes de ahora, dijo Monk, disteis palabra de perdonar á este hombre.

—¿Cómo? preguntó el rey, ¿le conozco?

—¿Recuerda V. M. cuando leyendo EL PARAISO PERDIDO exclamasteis? «Sé que el autor de este libro es mi enemigo; Cromwell es su Mecenaz, pero de tal manera me ha conmovido, que le perdono.»

—¿Pues qué, preguntó el rey con espanto, estoy en presencia de Milton?

—El mismo, soy señor, dijo el ciego

con voz ahogada y postrándose de rodillas.

El autor del PARAISO PERDIDO, fué perdonado, y sus dos hijas pensionadas con largueza. El rey marchó para Londres en medio de victores y aclamaciones, y en 1661 se encontraba sentado en el trono de Inglaterra.

Su primer propósito, fué vengar á toda costa la muerte de su padre, castigando á los autores y cómplices de ella, y diez de los mas delincuentes, sufrieron la pena de muerte; pero despues de un reinado azaroso y turbulento, murió sin dejar sucesion el año de 1685. Se cree que falleció en la creencia católica.

I. A. BERMEJO.

## APUNTES MORALES.

### AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

#### I.

##### EL NIÑO HERIDO.

En 1818, mientras que los ejércitos aliados ocupaban militarmente la Francia, esperimentaron una subita é inesperada prosperidad, las ciudades del Norte donde á la sazón se encontraban acantonados los cuerpos mas considerables de las tropas rusas é inglesas: particularmente Cambrai, punto designado para servir de cuartel al estado mayor de lord Wellington, cambió enteramente de aspecto por la animacion que empezó á tener, por su riqueza y su comercio, lo que contribuyó á que poco á poco los habitantes de esta poblacion se fueran despojando del odio que profesaban á los que vieron entrar casi como dominadores. Los ade-

lantos de los estrangeros, las grandes fiestas que celebraban, y sobre todo, el oro que esparcian á manos llenas, acabaron de ahogar la repugnancia con que eran mirados, y bien pronto se establecieron relaciones de amistad entre los habitantes y los insulares, y últimamente se familiarizaron con la vista de las tropas en términos de ver con curiosa solicitud el espectáculo que ofrecian sus revistas y paradas, cuyas formaciones disponia el generalísimo para no tener ociosos á sus soldados. La admirable precision de las manio-bras, el esplendor y la riqueza de los uniformes y el encanto de las músicas militares, escusaron en parte la aficion que el pueblo manifestaba á este género de distracciones; todo el mundo hubiera comprendido el motivo por que se iba debilitando el rigorismo de sus principios patrióticos al ver estas estensas hileras de soldados, vestidos ora de un subido escarlata, ora de un verde sombrío, y entre cuyos colores resplandecian las vistosas capotas de



la guardia escocesa y sus gorras cargadas de plumas negras.

Tan pronto como se veía á las tropas dirigirse hácia el campo donde frecuentemente efectuaban sus evoluciones, la ciudad entera acudia presurosa con objeto de presenciar este risueño espectáculo, mientras que un pobre niño de doce años, pálido, enfermo, y sentado tristemente en un sillón colocado en el umbral de una librería, veía pasar con sentimiento á los soldados y á la alegre y bulliciosa multitud. ¡Oh, cuánto no hubiera dado por poder marchar al lado de todos aquellos muchachos que al compas de los instru-

mentos iban imitando los movimientos de los músicos! ¡Cuánto no hubiera dado por correr y saltar del mismo modo que aquellos lo hacían! Pero le fué preciso dejar transcurrir los días en la inacción sin disfrutar ninguno de los placeres que proporciona la infancia; era preciso que su madre le sujetase á mil precauciones, sin las cuales pronto se malograria una existencia tan delicada, de billuz que era necesario proteger con la mano para que el mas leve soplo no la apagase.

Sin embargo una mañana en la que oyó la música militar tan llena de atractivos, se sintió con la suficiente



energía para satisfacer los deseos que tenía de hacer lo que los jóvenes de su edad, es decir, de asistir á estas bonitas evoluciones militares, de las cuales oía hablar con frecuencia dejándole tristemente suspenso. Levantóse sin ser visto de su sillón y arrojóse en medio de la multitud la que le fué llevando en su torrente; pero al instante el aire, el ruido, y aquel agitado movimiento le aturdieron; quiso detenerse

pero en vano; quiso sostenerse, pero nadie le tendió la mano, y faltándole las fuerzas cayó sin conocimiento, en el instante que un cuerpo de caballería precedía á las tropas haciendo retroceder á la apiñada multitud. El desgraciado niño recibió una pisada de caballo en la cabeza. Derepente se oyó un grito general de sorpresa y dolor y todos acudieron hácia el niño. Mientras que contemplaban este cuerpo inanimado, un



extrangero que salia del espeso grupo de los curiosos, con aire de autoridad se abrió paso hasta llegar á donde estaba el herido; puso una rodilla en tierra, y esperimentó un sentimiento de espanto al considerar la profunda herida del jóven que dejaba ver una gran parte de su cerebro. No obstante, sin perder tiempo hizo pedazos su pañuelo y puso el primer aparato á la herida que creia mortal, tomó al niño en sus brazos, mandó que le condujesen á la morada del moribundo, y sin querer confiar á nadie tan dulce carga se dirigió á la librería no muy lejana del sitio de la desgracia.

Queda á la contemplacion del lector el desconsuelo que la pobre madre del niño esperimentaria á vista del ensangrentado cadáver que le entregaban; pero esta era una muger de alma fuerte, acostumbrada hacia mucho tiempo á luchar contra los sufrimientos y la desgracia, de modo que en vez de entregarse á inútiles llantos y á quejas infructuosas, se armó de valor, preparó una cama á su niño y dió las órdenes mas terminantes y prontas para que al momento se marchase en busca de un cirujano. Indicó el lugar donde sobre poco mas ó menos se le hallaria, añadiendo algunos otros pormenores que aligeraban los cuidados hácia el jóven herido, y sin perder su presencia de ánimo se acercó á la cama donde el oficial inglés no cesaba de prodigar al desgraciado niño su mas esquisito cuidado.

—Señora, dijo despues de haber examinado detenidamente la herida, señora, yo respondo de sanar á su hijo de vd., si consiente en que yo me encargue de la cura.

La pobre madre miraba al estrangero con ojos que espresaban á un mismo tiempo, duda, esperanza, temor é incertidumbre.

—He estudiado cirugia mucho tiempo para poder llevar á buen término la cura de una herida de este género, continuó; no tema y tenga vd. confianza en lo que la digo.

La madre miró de nuevo al hombre que la hablaba, el cual tendria unos cuarenta y cinco años, poco mas ó

menos; su frente estaba enteramente desnuda, y solo algunos cabellos rubios adornaban la parte posterior de su cabeza, lo que daba á su fisonomia una espresion de grave serenidad que simpaticizaba desde luego; en fin no era difícil conocer bajo este severo y grave semblante una viva inclinacion hácia la beneficencia.

—Yo pongo mi confianza en vd., caballero, dijo la muger, pues un secreto presentimiento me dice que no errará la cura.

El estrangero se sonrió con frialdad, apuntó sobre una hoja de papel que arrancó de su cartera, una nota de los remedios que necesitaba, y mandó que se los trajesen al momento; cuando los tuvo en su poder procedió á la cura del niño herido con la misma agilidad y destreza que hubiera podido hacerlo el facultativo mas esperimentado.

—Ahora, amiga mia, dijo, dejadme solo con mi enfermo, del cual me separaré lo menos posible, y no reciba de nadie mas cuidados que los mios, y si vd. me permite escribiré á mi casa para que mi criado me traiga un catre de tigera sobre el que estoy muy acostumbrado á descansar: me lo pondrán aqui cerca del lecho de su hijo de vd. á fin de velarle esta noche, y cuando el niño esté algo mas aliviado haré que le conduzcan á mi casa con el objeto de cuidarle mejor.

Espresábase este hombre de tal manera, con cierto acento de grata autoridad, que la madre no pudo menos que consentir en cuanto se la propuso: ya se disponia la buena madre á salir de la habitacion, cuando llegó el facultativo á quien se habia mandado llamar: era hombre instruido en su profesion, sin embargo, despues de haber examinado detenidamente al herido, no pudo contener su sorpresa y admiracion viendo la manera casi maravillosa con que el inglés habia dispuesto el aparato en la herida de Samuel, que así se llamaba el jóven. En seguida pasó á ver á la señora de\*\*\* y le encargó que pusiera toda su confianza en el estrangero que se habia encargado de la cura de su hijo, y se ausentó dejándola llena de esperanza y consuelo.



El extranjero no abandonó al enfermo en toda la noche; la señora que tampoco dormía, como era de suponer, vino bastantes veces llena de inquietud, y se puso á escuchar á la puerta de aquel aposento, y oyó que en distintas veces lord E\*\*\* salto de su cama, no bien el niño se quejaba, y le daba un brebaje que él mismo había preparado para calmar sus dolencias.

Esto duró tres dias, al cabo de los cuales el jóven volvió á recobrar su conocimiento y reconoció á su madre; si, á su pobre madre que lloraba de alegría y de dolor.

—Ya no hay nada que temer, señora, dijo el oficial inglés; sin embargo el estado de Samuel exige prolijos cuidados, y los que solamente yo puedo darle: como se lo propuse á vd. antes de ahora, voy á conducirle á mi casa donde un vasto y florido jardin que tengo y la amable sociedad de mis hijos harán mas dulce su convalecencia, y por consiguiente mas pronto recobrá su salud.

La señora de\*\*\* no sabia si acceder al grande sacrificio de separarse de su hijo; pero era preciso, porque solo á este precio, lord E\*\*\* respondia de la cura de Samuel, y por otra parte este caballero se habia conquistado el reconocimiento de esta señora, para que ésta dejase de consentir á cuanto la proponia. El niño, pues, dejó la casa materna y se trasladó á la de lord E\*\*\*, el cual ocupaba en uno de los barrios mas retirados de la ciudad, una vasta mansion situada en medio de un magnífico jardin semejante á los que existen en la mayor parte de las ciudades de Holanda.

Todos los dias venia la señora de\*\*\* á visitar á su hijo, y por momentos iba conociendo los progresos de su convalecencia: no pasó mucho tiempo tampoco sin que fuese conducido al jardin y gozase de las dulces emanaciones de las flores y de las benéficas caricias de un sol de primavera; poco á poco el mismo Samuel pudo levantarse del sillón, sobre el cual pasaba los dias enteros mezclándose en los juegos de los hijos del lord; estos para tomar parte en el interés que su padre manifestaba

al niño herido, renunciaron á sus carreras en el jardin, á sus egercicios de gimnástica, y á su caza de mariposas é insectos, á fin de acompañar á su convaleciente enfermito en los paseos que le hacian dar á todo lo largo del lado de un limpió arroyo, en el cual nadaban una infinidad de peces de distintos colores. Si Samuel experimentaba la menor fatiga, le detenian. Se le buscaba su sillón. Deseaba alguna flor, al punto se apresuraban á cogérsela; experimentaba algun dolor, y acto continuo llamaban á lord E\*\*\* con solícita inquietud reclamando sus cuidados hácia el enfermo.

Los niños que tal testimonio de aprecio daban á Samuel eran una jóven de trece años que se llamaba Sara, su hermana Nelly, de edad de diez años, y Jorge, hermano de ambas, precioso niño de mas corta edad todavia que Nelly. Estas tres encantadoras criaturas gozaban de aquella hermosura y gracia que se producen y hacen tan bien comprender los cuadros de Lawreme, y los grabados ingleses copiados de las obras de este célebre artista. Los encendidos cabellos de Sara, caian en gruesos anillos sobre sus delicadas espaldas, y nada habia que igualara á la flexibilidad de su esbello talle. Nelly siempre vestida de blanco con los brazos, pecho y espaldas desnudas, como su hermana presentaba formas mas torneadas que Sara, en cuyo cuerpo se dejaba ver esta elegante robustez que tan bien caracteriza entre las jóvenes inglesas, la transicion de la infancia á la adolescencia. En cuanto á Jorge, bonito, pero petulante, atrevido y voluntarioso, no pensaba en todo el dia mas que en brincar, en encaramarse sobre los árboles mas altos del parque, ora para coger nidos de pájaros, ora por el solo gusto de subir en ellos; de seguro si se presentaba alguna cosa arriesgada, bien para alcanzar un juguete que hubiese caído en el estanque, bien para cazar algun reptil que asustase á sus hermanas, se podia contar con el jóven á quien gustaba poner remedio á estos males.

La educacion doméstica de estos tres niños estaba á cargo de una respetable señora inglesa, á quien dirigia lord



E\*\*\* que habiendo quedado viudo desde muy joven, no quiso aceptar otro matrimonio á pesar de las brillantes proposiciones que para el mismo le hicieron. Había contraído nupcias con lady E\*\*\* huérfana de un pobre ministro protestante, que falleció sin dejar á su hija mas herencia que su biblia y un nombre venerado como el de un santo. Dios bendijo mucho tiempo esta union; por espacio de seis años consecutivos nada vino á turbar la dicha de este poderoso miembro de la alta cámara; esposo de una muger á quien adoraba, padre de dos niñas tan hermosas como su madre, ¿qué mas podia apetecer?

Así lejos de experimentar muchos deseos, se complacia en su dichosa existencia y rogaba á Dios que continuara prodigándole tantos beneficios; pero ¡ay! al cabo de seis años lady E\*\*\* murió poco tiempo despues de haber dado á luz á Jorge.

Por espacio de algunos meses se temió que el sentimiento acabase tambien con lord E\*\*\*, pero pasada la primer crisis del dolor, la presencia de sus hijos le fué dando valor y se resignó á vivir solamente para ellos. Sin embargo, la simple vista de los sitios donde habia pasado tantas horas de felicidad al lado de su esposa, alimentaba sus pesares, para que no procurase alejarse de ellos. Los acontecimientos de Waterloo y los de 1815 ocurrieron á la sazón, y determinó encaminarse á Francia con el objeto de visitar este pais ocupado por las tropas inglesas; despues de una permanencia de algunos meses en Paris, pasó á Cambrai donde le llamaba la amistad de lord Wellington y de lord Hill, sus cólegas en la alta cámara y sus compañeros de infancia. Por ruego de estos dos personajes resolvió pasar una parte del año cerca del cuartel general, y con este designio alquiló la hermosa casa y el jardin donde tan felices dias pasaban sus queridos hijos y Samuel.

Despues de tres meses de convalecencia, llegó á quedar Samuel completamente curado, y la señora de \*\*\* que por tanto tiempo habia estado privada de la presencia de su hijo, acudió á reclamársela á lord E.\*\*\* Este no pudo opo-

nerse á la súplica tan natural de una madre, y condujo á la señora hácia los niños que jugaban, segun costumbre, en el jardin; pero la nueva de esta separacion, no pudo menos que entristecer el alma de aquellos inocentes; Sara dejó escapar algunas lágrimas, Nelly sollozó y Jorge, cogiendo del brazo á Samuel, aseguró imperiosamente que no le dejaría partir; fué preciso que le soltara; pero en medio de un verdadero dolor, y apoyado en la promesa, de que se verían todos los dias.

Con efecto, aun cuando Samuel iba todas la noches á dormir á la morada de su madre, no dejaba de pasar, por decirlo así, su vida entera, en la casa de lord E.\*\*\* Todas las mañanas, en punto de las nueve, iba un criado de confianza á la librería, preguntaba por Samuel, y luego que éste se presentaba, le conducia al lado de Sara, de Nelly, y de Jorge, con los cuales repasaba, primero las lecciones, y luego jugaba. Samuel, con la facilidad de inteligencia, natural en los niños, no tardó en espresarse en inglés, mientras que Sara, Jorge y Nelly habian adquirido, con la costumbre de hablar con él, conocimiento de la lengua francesa. Lord E.\*\*\* profesaba al niño que habia salvado la vida, una ternura semejante á la que profesaba á su propia familia, haciendo que Samuel disfrutase de todos los bienes que proporcionaba á sus hijos, y en cierta ocasion que dió á cada uno una jaquita de raza inglesa, Samuel recibió el mismo regalo, y pudo disfrutar de las lecciones de equitacion, y de los paseos ecuestres al lado de sus jóvenes amigos.

Esta union tan estrecha, y unas relaciones tan tiernas, duraron el periodo de dos años, al cabo de los cuales, lord Egerton, fué en busca de la señora de \*\*\* y le dijo:

—Tengo un deber que llenar, y este deber, me obliga á emprender un largo viage, durante el cual, yo no puedo separarme de mis hijos. Voy á mandar fletar á mis espensas, una embarcacion en la cual pretendo reunir, todo lo que haya de bueno y cómodo, y de lo que mi familia tenga necesidad; si vd. consiente en ello, llevaré á Samuel al lado



de Sara, Jorge y Nelly; yo me encargo de su educación para el presente, y de su suerte para el porvenir, y todos los meses recibirá vd. noticias de su hijo. ¿Qué me contesta vd?

El primer movimiento de la señora de\*\*\*, pobre, y madre de tres hijos, fué aceptar las seductoras ofertas que lord Egerton la hacía con respecto á Samuel, pero cuando reparó que tenía que separarse de un objeto tan querido, y por tanto tiempo, y tal vez para siempre, rehusó las proposiciones del inglés. Este hombre tan frío y tan reservado, redobló sus esfuerzos, para obtener el consentimiento de la señora de\*\*\* diciéndola:

—Señora, yo amo á ese niño como á mis propios hijos, y si él corresponde á mis cuidados y continua mostrando la misma sensibilidad de corazón, soy bastante rico, para acordarme, cuando sea tiempo, que yo he sido dichoso en mi unión con una muger pobre, y para hacer la felicidad de una de mis hijas por el mismo medio: repito á vd., señora, que amo á Samuel como á uno de mis hijos.

La señora de\*\*\* comenzó á titubear é indudablemente hubiera cedido á los deseos de lord E\*\*\*, si no temiera que el niño caería gravemente enfermo á consecuencia de un viaje tan largo. Por último fué preciso que lord E\*\*\* renunciase á su designio y marchase sin Samuel.

El día de la partida, luego que Sara, Nelly y Jorge hubieron abrazado, no sin derramar lágrimas, al apreciable compañero, del cual se separaban á los dos años y un día, lord E\*\*\* quedó solo con Samuel algunos instantes, y sentándole sobre sus rodillas y estrechándole contra su seno con mas emoción que nunca, le dijo:

—Hijo mío, vamos á separarnos, y Dios solamente sabe si somos destinados á volvernos á ver en este mundo; pero hay dos cosas que tú y yo no podremos olvidar nunca y que nos unirán para siempre con igual ternura, y es que me debes la vida: toma, pues, este anillo y guárdale en memoria, hijo mío, si, en memoria de aquel que ha querido llevarte consigo, de aquel que ja-

mas te hubiera abandonado, si no se viese precisado á cumplir un deber importante. Escúchame, amigo mío, pues no sé por qué razón esperiménte una necesidad de justificar mi partida y mi separación de tu lado, como lo esperiméntaria por uno de mis propios hijos.—Con frecuencia me habrás oído hablar de mi esposa, de lady E\*\*\*, de la madre de mis hijos, de aquella que por espacio de seis años, me ha hecho dichoso, tanto como un hombre puede serlo en la tierra, y por sus virtudes no ha cesado de atraer sobre mi familia y sobre mí las bendiciones del cielo. Pues bien, hijo mío, hace dos meses que he tenido noticias de que sin saberlo, este ángel había cometido una horrible injusticia, que por una falsa convicción había hecho condenar á una inocente. He aquí las circunstancias que me rodean, hijo mío.—En cierto día robaron á milady sus diamantes; este robo fué forzosamente cometido por una persona enterada en las interioridades de nuestra casa, pues no se observó en la cerradura del armario que contenia las alhajas la menor apariencia de haberla violentado. ¿Cómo de otra manera hubieran podido penetrar sin que nadie se apercibiese de ello, hasta el aposento mas retirado de la casa? ¿Cómo hubieran podido saber que lady E\*\*\* depositaba sus diamantes en una cajita cincelada que yo traje de Alemania espresamente para ella? Nuestras indagaciones y las de la justicia fueron por mucho tiempo inútiles, y por último una anciana ama de llaves de mi esposa, Ana Jabson, declaró que habia visto á la doncella de lady E\*\*\*, Diana Griffiths, andar la misma noche del robo en derredor de la mencionada cajita, y que despues habia salido furtivamente con un bulto que ocultaba debajo de su chal.

Lady E\*\*\* previno sobre la marcha el gefe de policía, se empezó á registrar la habitación de Diana, y se encontró en efecto debajo de la ropa de su cama una ganzuza y algunos diamantes. Cuando vió Diana estas alhajas puso al cielo por testigo de su inocencia, y declaró que alguno queria perderla por medio de un ardid tan infa-



me. Habia en las protestas y exclamaciones de Diana tanta verdad, que por mi gusto se hubieran suspendido las diligencias de la justicia, y dejado pasar algun tiempo hasta penetrar el terrible misterio, pero mi muger se opuso á ello llamando á mi proceder debilidad de carácter, y Diana fué entregada á los tribunales. En vano procuró la desdichada justificar su inocencia; fué condenada á una deportacion perpétua y en una embarcacion conducida á Botany-Bay.

Hace tres meses, hijo mio, que recibí un paquete procedente de Inglaterra. Esto es, un cofrecito que la anciana ama de llaves, Ana Jabson, mandó en su testamento que hiciesen poner en mis manos; este cofre contenia todos los objetos de mi esposa y una declaracion legal y en buena forma de la inocencia de Diana. La malhadada anciana confesaba, que envidiosa de la afeccion con que lady E\*\*\* distinguia á su doncella, habia premeditado desembarazarse de ella por este infame medio, no pudiendo resistir la presencia de una rival tan odiosa; que habiendo mandado fabricar una ganzua, se apoderó de las alhajas, y dos de ellas puso debajo de la cama de Diana. Tú sabes lo demas.

Mi primer cuidado fué dar parte á los tribunales ingleses de la declaracion de Ana Jabson, pero como las formas de la justicia son siempre tantas, y tal vez mas que ningunas otras de la rehabilitacion he conseguido del lord *echiquier*, una orden para que al punto la pongan en libertad, y yo parto en su busca, á fin de conducirla despues á Inglaterra, y que allí escuche proclamar su inocencia y pueda yo reparar á fuerza de cuidados y beneficios la cruel injusticia de que ha sido victima.

Hé aquí por que parto sin tí, sin esperar á tu cura, para llevarte con nosotros; he aquí por que emprendo tan largo y penoso viage, pues debes pensar lo que estará sufriendo esta infortunada criatura, inocente, y esperimentando todos los tormentos de los verdaderos criminales.

Yo me separo de tí, pero tan pron-

to como mi viage se haya terminado, si Dios me concede la gracia de volver á Europa, como lo espero, te prometo desembarcar en el puerto mas cercano que se halle de Cambrai y de tí; por otra parte, nuestra separacion no puede ser muy duradera; dos años lo mas, tardaremos en volvernos á ver, y desde esa época en adelante, confio en que no volveremos á separarnos.

Y diciendo estas palabras, le abrazó de nuevo, le puso en tierra, y desapareció.

La partida de lord E\*\*\* y la de sus hijos, dejó en el mas triste aislamiento al que estaba tan acostumbrado hacia mucho tiempo, á la ternura y á la sociedad: le fué necesario mucho tiempo y la certeza de volver á ver á sus amigos, para no sucumbir, victima del estremado dolor que le producía semejante separacion.

(Se continuará.)

ENVIDIA. El mejor medio de vengarnos de los que nos causan envidia porque obran bien, es obrar mejor que ellos.

*La Bruyere.*

La envidia que habla y vocea es siempre torpe, la que calla es la temible.

*Rivarol.*

La envidia es una pasion de odio mezclada de deseos, que nos hace concebir el pesar de ver poseer á otro una cosa que deseamos. Es la mas triste y vergonzosa pasion: es el tormento de los que la esperimentan. Procede de un amor propio desordenado.

*Loke.*

El artesano sujeto al vino, nunca será cosa de provecho, y el que desprecie las cosas insignificantes decayera.

*Eclesiastés.*



## NIÑOS DE LA BIBLIA.



JOSEF EN LA PRISION.

### VIII.

### JOSEF.



Los mercaderes ismaelitas que habían sacado á Josef de manos de sus envidiosos hermanos, así que llegaron á Egipto, trataron de vender su esclavo con todas las ventajas que podían esperar de su juventud y gallarda presencia. Putifar, uno de los personajes mas importantes de la corte de Faraon, y general de las tropas de este opulento soberano, fué el que llevó á su casa á Josef, y con el todas las bendiciones del cielo. Dios que desde la

Octubre de 1847.

mas humilde condicion y desde el mas apurado trance de la vida, se proponia ensalzar á Josef hasta el grado á que le hacian acreedor su virtud y su resignacion, empezaba á dar muestras de esta proteccion tan señalada; así es que concediendo á Josef el acierto en todo cuanto emprendia, bien pronto los bienes de su amo se aumentaron extraordinariamente, y el éxito mas feliz coronaba todas sus empresas. Conoció bien pronto Putifar á quien debia toda la prosperidad y buen gobierno de su casa, y haciendo de Josef la confianza mas ilimitada, le dijo:

—¡Dios está contigo, jóven hebreo! He aquí que ya no eres mi esclavo,



sinó mi leal administrador. Toda mi casa y todos mis bienes están desde este momento bajo tu potestad. Yo de nada cuidaré, pues en tí deposito toda mi confianza.

Así fué en efecto, y Putifar atento á las obligaciones de su destino, puso á Josef al frente de su casa, haciendo que todos los dependientes de ella le obedeciesen como á su misma persona.

Pero Dios reservaba aun á Josef otra prueba en que su virtud quedase mas acrisolada. La muger de Putifar despues de haber procurado en vano apartar á Josef del sendero de la virtud, discurrió el calumniarle con su marido, para vengarse del desprecio que Josef habia hecho de su hermosura, y de la indignacion con que habia rechazado los perversos deseos de aquella esposa desleal.

Imposible parece que Putifar, que tal confianza habia hecho de Josef y que tales pruebas tenia de su lealtad, diese crédito sin mas averiguacion á las calumnias de su pérfida esposa; pero cediendo al primer arrebató de su cólera, y muy sentido por ver cuán mal se correspondia á su generosa confianza, condenó á Josef sin oírle, y empleó el favor que gozaba con el rey para sepultar en una lóbrega cárcel al inocente jóven.

No desanimó á Josef este nuevo contratiempo, antes al contrario, tenia confianza en el porvenir, y para todo le daba ánimos la tranquilidad de su conciencia. Unicamente el recuerdo de su triste y anciano padre le afligia sobremanera, y solo hubiera deseado la libertad para volar á el lado del infeliz Jacob, y proporcionarle algun consuelo en sus últimos años.

Entretanto allí como en todas partes supo Josef captarse la benevolencia de cuantos le rodeaban. El era el consuelo de todos cuantos gemian en aquella prision; él era el que habiendo obtenido la confianza del alcaide de la cárcel, así que se persuadió de su sabiduría, cuidaba y visitaba á los presos, y les profetizaba su próspera ó adversa suerte por medio de la admirable interpretacion de sueños con que Dios le habia favorecido. Este don del cielo fué para

Josef el origen de su libertad y de su engrandecimiento.

Aconteció que un dia cuando menos Josef se lo esperaba, entraron en la cárcel unos ministros de Faraon y anunciaron á Josef que se preparase á comparecer delante del soberano. Para hacerlo dignamente le lavaron y mudaron de vestido, y despues de haber compuesto y perfumado su cabello le presentaron en palacio.

Hallábase Faraon sentado en su sòlio augustó, rodeado de los principales magnates y funcionarios de su córte y ostentando aquel lujo y aquella magnificencia de los monarcas de Egipto; pero Josef se llegó á saludarle con la mayor presencia de ánimo y tan sereno como se hallaba en las tenebrosas cuevas de la prision.

Contemplóle un breve instante Faraon con visibles muestras de placer y luego habló así:

—Jóven hebreo, yo he tenido un sueño misterioso, que ha turbado mi espíritu y cuya interpretacion ninguno de mis sábios alcanza á conocer. He sabido cuanto sobresales en la esplicacion de los sueños, y quiero que me digas lo que el mio significa.

—La interpretacion de los sueños, contestó Josef, viene de Dios; referidme joh rey! lo que habeis visto, decidme cuales el pensamiento que aflije vuestro espíritu y Dios me iluminará para esplicar vuestro sueño.

—Soñaba, dijo el rey, que hallándome en la orilla del rio se me presentaban siete vacas gruesas, lozanas y de singular hermosura; pero tras de estas vacas venian otras siete en extremo flacas y macilentas, las que devoraron á las primeras, sin que por esto diesen muestras de engordar ni de saciarse, sino que permanecieron en su primera flaqueza y deformidad. Siguióse á este sueño otro en que me pareció ver siete espigas de trigo, llenas de grano y erguidas sobre su tallo, las que fueron inmediatamente devoradas por otras siete que despues de ellas se manifestaban estenuadas y secas por el viento abrasador. He aqui los sueños que no hay quien esplique.

—Aquel que disipa las tinieblas que



ofuscan el entendimiento de los hombres, ilumina ahora el mío para que pueda explicar esos sueños que ambos significan una misma cosa, consistiendo el venir duplicados en que el suceso que significan ha de ser tan pronto como seguro. Vendrán ¡oh Faraon! siete años de fertilidad que esparcirán la abundancia en toda la tierra de Egipto; pero despues vendrán otros siete años de escasez extraordinaria en los que la tierra completamente estéril hará olvidar la pasada abundancia. Ahora solo falta aprovechar el aviso misterioso que el cielo os envia en esos sueños.

Contemplaba Faraon á Josef con tanta admiracion como alegría, y si sus bellísimas facciones realzadas con los cabellos que ensortijados á la espalda le caian, si su actitud modesta sin dejar de ser noble y su hablar melodioso no predispusiesen á su favor, lo haria la sabia interpretacion que habia dado á los sueños de Faraon, cuyo espíritu se iluminaba con las palabras de Josef.

—Jóven, le dijo, ya que el Señor habla por tu boca, es preciso que me indiques el remedio de esos males y que providencia deberá adoptar para preservar á mis pueblos del hambre.

—Escoge ¡oh rey! un varon prudente é industrioso entre los sábios de tu reino, y que establezca en todas las regiones comisionados y dependientes suyos, para que recojan todo el grano sobrante en los años fértiles y guardándole en granero público, se pueda remediar la escasez de los siete años últimos con la economía de los siete primeros.

—¿Y dónde podré yo encontrar un hombre mas sábio, ni mas favorecido del cielo que tú? Si, tú serás dueño de todo el Egipto, y mis pueblos obedecerán gustosos las órdenes dictadas para su bien por la sabiduria de tus lábios y por la prudencia que reside en tu corazon.

Aplaudieron todos los circunstantes las palabras del monarca y levantándose éste del solio, tendió su mano á Jo-

sef: quitándose despues el anillo real se le entregó diciéndole:

—Toma: hé aquí mi anillo, signo de todo mi poder y emblema de mi autoridad, empléala desde este momento para bien de mi pueblo.

Fué tan completo el triunfo del humilde Josef, y tan eficaz en el rey el deseo de favorecerle, que mandó que todos le obedeciesen como á la segunda persona del reino, en quien el rey depositaba su poder y su confianza, por lo que los egipcios empezaron á doblar ante él la rodilla y á tributarle aquellos honores que solo estaban acostumbrados á tributar á las personas reales. Josef se presentó en fin al pueblo que ansiaba contemplarle, revestido con una finísima túnica de lino, llevando un riquísimo collar de oro pendiente del cuello, y ostentando toda la magestad y gallardia de su persona en uno de los suntuosos carros triunfales de Faraon. Los habitantes se agolpaban para verle, las doncellas al son de la citara, entonaban cantares en loor suyo y los heraldos que iban delante del carro clamaban para que todos reconociesen y venerasen al gobernador de la tierra de Egipto, y al que el monarca habia condecorado con el pomposo renombre de *Salvador del mundo*.

Jamás se habian prodigado tantos honores á un simple mortal; pero el virtuoso Josef sin envanecerse con tan inesperada grandeza, así que despues del triunfo se vió solo en el aposento que en el palacio de Faraon le estaba destinado, se prosternó ante el Dios de sus padres y levantando á él su corazon, exclamó:

—Yo adoro, Señor, vuestra infinita providencia que á tal grado de grandeza me ha conducido por tan desusados y maravillosos caminos. De vos, Señor, de quien provienen todos los favores, espero todavia el de ver y consolar á mi anciano padre, y el satisfacer este deseo tan grato á mi corazon, sea el colmo de los favores con que habeis señalado vuestra bondad para conmigo.

F. F. VILLABRILLE.



## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA. (1)

### AMILCAR Y ORISON.

#### 1.

¿Quién de entre mis jóvenes lectores habrá que no sepa la manera páfida y dolosa con que los cartagineses poblaron el suelo español? Ninguno; todos deben saber que este puñado de habitantes de una parte de la costa de África, invadieron nuestro territorio; primero, sorprendiendo nuestra sencilla credulidad bajo el velo de una aparente amistad, y después escarmentando la poca prevision de los españoles, con el yugo intolerable que forzosamente tuvieron que experimentar de estos astutos y atrevidos dominadores. Sin embargo, cuando mas entronizado se encontraba su comercio, cuando ya hasta habían erigido fábricas, almacenes, templos para el culto de sus dioses, y por último, cuando ya contaban con las simpatías de algunos de los pueblos conquistados, otra nación miraba con celosa envidia la prosperidad de los africanos, que con sus flotas cubrían el Mediterráneo, llevando á sus puertos escuadras numerosas cargadas de riquezas. Un suceso harto temible cuanto

(1) Con este epigrafe nos proponemos publicar una serie de artículos, en los que sin faltar á la verdad histórica, y guardando en los hechos el orden cronológico, se presenten estos á la vista del lector bajo una forma dramática é interesante, de modo que sin violencia ni esfuerzo queden grabados en la memoria de los niños los acontecimientos mas notables de la historia de nuestra patria y los nombres de los héroes que con sus hazañas la han ennoblecido

inesperado, puso á los cartagineses en la mayor consternacion.

En el año 400 antes de Jerucristo, y un día en el que nuestros intrusos comerciantes acababan de rendir culto á sus divinidades en los magníficos templos que poseían, un sordo murmullo se esparció por la ciudad de Cádiz, presagio sin duda de alguna funesta noticia; lo mismo los cartagineses que los hijos de aquella rica ciudad, deseaban saber el motivo de tanta agitacion, la causa de tan fundados temores, pero bien pronto quedaron sus deseos satisfechos: el pueblo fué convocado para que en la tarde de aquel mismo día acudiese á la gran plaza, donde uno de los personajes mas respetados de los cartagineses debía manifestar cosas interesantes. Con efecto, el pueblo en masa acudió solícito y ansioso de novedades, á la hora convenida á la gran plaza, donde se hallaba erigido un tablado cubierto con paños de distintos colores, y sosteniendo una diforme y bien trabajada estatua, representación del idolo á quien rendían el culto mas sumiso y estravagante. El tablado referido estaba rodeado de tropa armada y lujosamente equipada á la usanza de aquellos tiempos. Un anciano ciñendo una túnica blanca y un largo manto del mismo color, subió con grave magestad á esta especie de anfiteatro, acompañado de dos jóvenes negros, los que reclamaron á voces la atención del apiñado y numeroso concurso: un silencio universal sucedió á esta fórmula; el de la túnica blanca cruzó sus brazos, y acercándose á la estatua, se postró ante ella, en cuya posición permaneció unos cinco minutos, al cabo de los cuales se levantó, y dirigiéndose en seguida al pueblo, con voz robusta y solemne pronunció las siguientes palabras.



«Desgraciado y maldito de los dioses el ibero que se rebeló y obre en contrario de sus inspiraciones y mandatos. Una poderosa nación, la de Roma, ambiciosa de dominar el vasto territorio de la Bética, considerando lo infructuoso de sus planes, si desde luego se proponía atacarla de frente, ha recurrido al medio más cobarde y ruin para el buen resultado de su proyecto. Hoy penetran los romanos por una gran parte de nuestras costas de Africa, y nada respetan para satisfacer su ansia de dominar. Las numerosas tropas cartaginesas que ocupan este fértil suelo, tienen precisión de volar en socorro de su patria, y he aquí lo que los romanos desean, porque debilitando la Bética podrán más fácilmente penetrar en ella. Mas esta divinidad acaba de asegurarme que si los iberos no rechazan con brío á tan injustos conquistadores, la España será teatro de horribles acontecimientos.»

Esta alocución concluyó en enumerando los beneficios que los españoles habían obtenido de los cartagineses, instruyéndolos en todas las materias del saber humano, contribuyendo al progreso de las artes, y cooperando al desarrollo de la agricultura y el comercio. En fin este sacerdote que acababa de hablar poseía el don de la persuasión, y los habitantes de Cádiz quedaron muy satisfechos de él y juraron por cuanto sagrado había, no dar lugar á que la divinidad que reverenciaban se irritase contra ellos, prometiendo en medio de estrepitosas aclamaciones rechazar á viva fuerza á sus nuevos invasores. Los cartagineses confiados con las promesas de algunos pueblos de la Bética, acudieron presurosos al socorro de su patria, y si bien es cierto que los gaditanos permanecieron aliados de los ausentes invasores, otras importantes poblaciones, antes sometidas á los africanos, se aprovecharon de tan favorable acontecimiento para recuperar su anterior independencia, lo que sin grandes esfuerzos alcanzaron; pero la ambiciosa y orgullosa Cartago no podía permanecer pasiva á una pérdida tan considerable, por lo cual no bien cesaron las hostilidades de la

primer guerra púnica, cuando volvieron hacia España con objeto de reconquistar en ella su dominio. Para este efecto desembarcó en Cadiz un ejército numeroso bajo las órdenes de Amilcar Barca, y como la ciudad continuaba en amistosa alianza con estas gentes, ocioso es manifestar que fueron bien recibidos y agasajados por tan bastardos españoles.

Desde este punto dió principio Amilcar á sus incursiones por el continente, talando las campiñas y saqueando los pueblos, y en un cortísimo periodo de tiempo logró someter una gran parte de la Bética; pasó después á Estremadura y Portugal, y en solo nueve años de consecutivos asaltos, saqueos y persecuciones redujo á la obediencia á esta gran porción del territorio ibérico. Sin embargo, los vetones, situados en los confines de Estremadura y Leon, contuvieron algun tanto los progresos del injusto y ambicioso dominador. Una de las poblaciones de esta comarca que mas se resistieron á los cartagineses, fué la ciudad de Helice, ante la cual sentó Amilcar sus reales con intento de tomarla á viva fuerza, pues su orgullo no consentía retirarse sin haber penetrado con su poderoso ejército en esta importante plaza. Tres veces emprendieron el asalto y otras tantas fueron valerosamente rechazados: ya era preciso que el general cartaginés emplease el último esfuerzo para el buen éxito de su temeraria empresa, y á este fin reclamó nuevos auxilios y se preparó á la ejecución de su intento: los habitantes de Helice, faltos de apoyo por parte del mayor número de sus conciudadanos y reducidos al último extremo, sabiendo los imponentes preparativos que practicaban sus adversarios, se creyeron esclavos de Cartago: mas antes de sucumbir á tan vergonzosa servidumbre determinaron acudir á la estrategia; ya que se conceptuaban demasiado débiles para oponerse de frente á sus enemigos. Por lo que seguidamente voy á poner en conocimiento de mis lectores sabrán el medio á que recurrieron.

Son las doce de una apacible noche de primavera; la luna, en todo su esplendor baña la vasta llanura



donde están situados los reales de Amilcar, frente á los muros de Helice y á distancia de una media milla. Los cenicientos reflejos del astro luminoso, dejan ver la agradable y vistosa confusion de un grande ejército acampado, aguardando solamente la voz de un gefe, que los mande tomar por asalto la ciudad enemiga que tiene á su alcance, y á la que miran con insultante desprecio. En el centro de esta armada muchedumbre, sobresale por su elevacion y blancura, una hermosa tienda de campaña, sobre la cual ondea una flotante banderola encarnada y azul, cuyo pabellon simboliza el sencillo lema ó enseña, con que los africanos vuelan á los combates; esta tienda guardada por cuatro centinelas de gigantesca estatura, se vé alumbrada por dos antorchas que lucen en la

parte interior, y las que permiten distinguir á Amilcar descansando muellemente sobre dos grandes y ricos almohadones de terciopelo encarnado guarnecidos de oro: á un extremo de la tienda hay colocado un grande pebetero que contiene diferentes composiciones aromáticas, las cuales convertidas en humo, llenan la improvisada mansion del guerrero de ese suave y esquisito olor que á tan escesivo grado llegó á perfeccionarse en las regiones del ocioso oriental.

Los primeros centinelas situados á la vista de la plaza, vieron con sorpresa á través de los rayos de la luna que un considerable número de gente de á caballo se aproximaba hácia ellos, y este inesperado movimiento puso en alarma á todo el ejército acampado; mas la robusta voz de un hombre que venia á la cabeza de estos ginetes, y el toque de



un clarín dando señal de paz apaciguaron la intranquilidad de los africanos. Amilcar también un tanto sobresaltado preguntó el origen de tanta turbacion,

y entonces uno de sus mas allegados le dijo:

—No temais, señor. Orison, ese formidable y aventajado capitán que has-



ta ahora ha sostenido el entusiasmo y decision de la plaza enemiga, viene acompañado de un gran número de gente de á caballo, solicitando una entrevista con vos, y asegurando que desde este momento quiere pertenecer con los que le siguen á las filas africanas.

—Pase Orison á mi tienda, respondió Amilcar dando á su moreno rostro una espresion de satisfactorio orgullo.

A consecuencia de esta órden, Orison mandó echar pie á tierra á sus soldados; él tambien se apeó, y con noble magestad penetró por el ejército acampado, del cual se atrajo durante su paso las miradas mas atentas y curiosas. Por fin llega á la estancia del caudillo cartaginés, el que dejando entrever una leve sonrisa, recibe con aparente afabilidad al recién llegado.

—¿Es cierto lo que acaban de decirme? preguntó.

Orison entonces mira al africano con semblante altanero, y descansando su izquierda mano sobre la gruesa empuñadura de su espada se presenta al general enemigo con la fisonomia adusta y altiva, y con la gallardía y donaire que tanto caracterizaba la valentía y el heroísmo de los hombres de estos remotos tiempos.

—Si te dijeron, que á tí quise ligarme, repuso Orison, no te engañaron: tuya es la gente que conmigo traigo, tuya es tambien la espada que pende de mi cintura.

—¿Y podría esplicarse, preguntó Amilcar, lo que te ha conducido á tan extraña resolucion?

—Largo es el relato si he de emprenderle: aplázale para otra ocasion; ahora, contentate con saber que me hallo resentido de la tribu que defendia, que ansio la venganza, y que deseo marchar con los tuyos hacia Helice.

—Sienta, le contestó Amilcar, quiero que esta misma noche me esplices el motivo de tu traicion, si tal puede llamarse.

Orison, al verse llamado traidor por el general cartaginés, hizo un movimiento de furor, pero meditando la posicion en que se encontraba, se reprimió; mas estas dos opuestas emociones

no pasaron desapercibidas al caudillo africano y prosiguió:

—¿Te has estremecido á la palabra traicion?

—Si, porque no quiero serlo, y pienso que despues de satisfecha mi venganza, no podrás en adelante contar conmigo para tus futuros planes de campaña... En fin, prosiguió con enérgica y casi feroz resolucion, no procures prolongar unos momentos que martirizan el alma de un caballero: avancemos esta misma noche á la ciudad, quede una vez mi venganza satisfecha, para que pronto deje ver el movíl de una traicion que descaradamente me acabas de imputar.

—Aguardaba que amaneciese, dijo Amilcar, para dar la señal de asalto.

—Te pierdes, respondió Orison con prontitud.

—¿Por qué? pregunta sorprendido y con rapidéz el de Cartago.

—Porque acaso esta misma noche sea sorprendido tu ejército, pues solo por ese medio pueden lograr la victoria.

Amilcar se puso inmediatamente de pie é hizo señas á Orison para que le siguiera. Ambos caudillos salieron de la tienda seguidos de un reducido séquito, y al llegar casi á las primeras filas que daban frente á la ciudad sitiada preguntó Amilcar á Orison.

—Dime, ¿qué es aquella densa y prolongada oscuridad que apercibo casi á la altura de mi vista, hacia la derecha de la poblacion enemiga, porque la luna nos vá negando su luz, no tengo espías, y por consiguiente nadie ha podido decirme....

—Son, respondió Orison, unos improvisados parapetos que han formado los habitantes de Helice con carretas y otros objetos.

El general cartaginés soltó una estrepitosa carcajada, y en seguida dió la señal de alarma. Sonó un clarín, y con la velocidad del rayo, se encontró ordenado y dispuesto á la lucha el ejército africano. Amilcar dispuso que Orison se colocara con su caballería á retaguardia de todas sus tropas, para que en caso de un apuro sostuviese con ella la retirada de los suyos, si desgraciadamente eran rechazados, y mon-



tando luego en un brioso corcé, dió nueva-señal para un segundo toque de clarín, signo que hizo volar hácia los parapetos antes que hácia la ciudad á los soldados cartagineses. Advertido el movimiento por los sitiados y parapetados, estos últimos, cuando vieron mas cerca á sus antagonistas, prenden fuego á la leña que contenian las carretas, aguijonean á los bueyes uncidos á ellas; el campo se ilumina, los emboscados salen ansiosos de matanza y se precipitan sobre los cartagineses; los de la ciudad, acuden tambien sobre el ala izquierda de los sitiadores, los cuales confundidos y aterrorizados con las llamas y la cuchilla vengadora de sus adversarios quieren retroceder, pero Orison con su valerosa y entendida gente de á caballo, lejos de apoyar

y sostener esta presurosa retirada obra conforme al plan antes meditado con los de la ciudad, y con espada en mano grita á los suyos:

—¡Este, soldados míos, es el momento de escarmentar para siempre la osadía de los cartagineses!

Y persiguiendo á los que huían que iban gritando; *traicion*, logra introducir el mas funesto desórden, y derrotarlos casi completamente. Amílcar comprende el lazo, pero cuando ya no tiene remedio, y fia tambien su salvacion en la fuga; mas encarnizadamente perseguido por los escuadrones de Orison, cayó del caballo al atravesar el Guadiana y feneció en las aguas de este río.

I. A. BERMEJO.

## APUNTES MORALES.

### AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

#### II.

#### LA AUSENCIA.

Habiendo simpatizado el joven Samuel con lord Egerton, con aquella sinceridad de la cual son tan susceptibles especialmente los niños, se afligió extraordinariamente á causa de la partida del extranjero, á quien le debía la vida, y en la familia del cual habia encontrado tanta felicidad. Su enfermizo estado se acrecentó, y por último fué victima de una especie de marasmo que le hizo insensible á todos los placeres y distracciones que le proporcionaba su pobre madre, llena tambien de amarga inquietud.

—Vamos, Samuel, le decia, ánimo; pronto recibirás carta de tus amigos de Inglaterra.

Con efecto, llegó la primera carta; traía el sello de Londres, y anunciaba la próxima partida de toda la familia del lord para Plymouth, donde debia verificar su embarque. Todos habian querido poner algo en la carta; Nelly, y Jorge á pesar de su imperfecta letra escribió un parralito que dirigia á su amigo, pero Sara era la que se habia encargado de la parte mas principal de la correspondencia; daba pormenores respecto á los preparativos que necesitaba tan prolongado viage, y finalizaba manifestando su sentimiento porque no le hubiese acompañado Samuel, que hubiera deseado tomar parte en la expedicion que se prometian tan llena de atractivo é interés.

Samuel lloró al leer esta carta, y contestó tiernamente á lord E<sup>\*\*\*</sup>, á Sara, á Nelly y á su amigo Jorge.

La segunda carta de lord Egerton llegó de Plymouth, y contenia en primer lugar consejos para la conservacion de su delicada salud, respecto á la cual



habia consultado con los médicos mas distinguidos de Londres; y Sara ocupaba con su clara y elegante letra las otras tres páginas.

«No puede vd. figurarse, mi querido Samuel, las tiernas precauciones que nuestro buen padre ha tomado para hacernos menos penoso el viage que vamos á emprender. La nave, como vd. ya sabe, es suya; es el mejor velero del puerto, y su casco está enteramente cubierto de zinc, con el objeto de prevenir cualquier accidente. Todo el mundo se encamina con direccion al puerto, para admirar esta preciosa y segura nave, cuya elegancia se hace notar entre todas las demas embarcaciones.

«Se ha puesto allí para cada uno de nosotros, una reducida, pero bonita habitacion donde nada falta, y donde todo contribuye á la comodidad; hay ademas un cuarto que nos sirve de dormitorio, cuyo lecho suspendido se balancea como una hamaca: tambien tenemos un elegante saloncito para tomar el té, un comedor y un gabinete de estudio; y todo esto adornado caprichosamente pero con mucho gusto; el gabinete de estudio tiene una biblioteca que encierra aproximadamente unos mil volúmenes, que aseguro á vd. harán mas corta y menos molesta la travesía, dado caso que llegue á sernos enojosa, aun cuando lo dudamos; tenemos tambien muchos pájaros encerrados en bonitas jaulas, que cantan y vienen con su pico á tocar los alambres que constituyen su encierro, á fin de solicitar una libertad, de la cual no hacen uso mas que para revolotear en derredor de nosotros, y para recibir de nuestras manos el grano que les presentamos; en fin para que nada nos falte, tenemos una mona, que ha comprado mi padre, que es la diversion de todos los marinos, y la nuestra igualmente; Samuel, le confieso á vd. que con sus extraordinarios movimientos nos hace morir de risa.

«Hoy por la mañana he oido hablar á mi padre con el capitan (es un jóven bastante instruido, que por una injusticia se ha visto privado de un grado en la marina, al cual tenia derecho, pe-

ro á quien mi padre procura favorecer). Ha dado cuenta de todas las provisiones que mi padre le habia indicado como necesarias, y vd. no podrá figurarse, Samuel, hasta qué punto ha llegado la prevision de nuestro padre. ¿Por qué no ha partido vd. con nosotros? Espero que tendremos aventuras: adios, amigo mio; escribiremos á vd. desde el primer puerto que desembarquemos.»

Con efecto, Sara fué fiel á su promesa, porque tres meses despues recibió Samuel una carta escrita desde Portugal; poco mas tarde otra procedente de la isla de Madera, y luego otra del Senegal, en las cuales veia que sus amigos no dejaban de tributarle el mas tierno y afectuoso recuerdo.

Pasaron seis meses sin que el pobre enfermo de Flandes volviera á tener noticias de Sara: la familia inglesa, despues de haber permanecido algun tiempo en la isla de Santa Helena, se habia vuelto á poner en camino con direccion al cabo de Buena-Esperanza, y desde este punto, encargaron al capitan de un buque francés, que pusiera en manos de Samuel una carta, en la que Sara se felicitaba de ver aproximarse el instante que habia de poner un término á su viage.

«Despues de algunos momentos de reposo, decia, partiremos para Batavia, y de Batavia al Puerto-Jackson, cuya travesía es muy corta en comparacion del inmenso camino que hemos recorrido atravesando los mares; si encontramos una ocasion para escribir á vd. desde esta isla, lo haremos con gusto. Samuel, en el caso opuesto, espere vd. recibir nuevas de nosotros, tan luego como lleguemos á Botany-Bay, y despues que hayamos abrazado á la pobre Diana.»

Esta carta fué la última, y desde entonces Samuel pasó las semanas, los meses, y mas de un año, en la esperanza, en la incertidumbre y en la desesperacion. En vano su madre para enganar su dolor, procuraba convencerle de que este grande silencio, procedia de que las cartas se habian extraviado, porque un secreto y fatal presentimiento destruia todas estas ingeniosas suposi-



ciones, y el pobre niño temía, que ya no volvería á ver jamás á aquellos amigos que tanto amaba; recelaba un infortunio....

Diez y siete años transcurrieron, y el niño llegó á ser hombre; derramó muchas lágrimas durante estos años de amargura, y no perdió la nobleza y la energía de su carácter; creóse un estado, conquistóse una fortuna, y después de haber recorrido algunas provincias para buscar la vida por medio del trabajo, encontró la dichosa vida y la independencia que busca en París todo artista que no procura hallar la libertad en el desórden, y el bien en la corrupción.

En este periodo, en esta situación de trabajos, el pensamiento de lord E\*\*\* sin borrarse de un todo de la memoria de Samuel, no quedó mas que como un vago recuerdo, hacia el cual su imaginación se dirigía con tristeza, como hacia los primeros años de su infancia.

Una tarde, en que los salones de la embajada de Inglaterra reunía lo escogido de los habitantes de la Gran Bretaña, que había venido á París para gozar los placeres que proporciona el invierno, Samuel reparó en un jóven de gallarda presencia, y cuyas facciones le recordaron la fisonomía de lord E\*\*\*. Este jóven se paseaba con dos señoras, de las cuales una tendría como unos treinta años de edad, al paso que la otra solo representaba unos veinte y cuatro ó veinte y cinco; la mayor estaba pálida, y en su frente se veía un signo de tristeza bastante notable, que contrastaba con su magestuoso andar, pero cuyas maneras, estaban en armonía con su alta estatura y la agradable proporción de sus carnes; la otra, al contrario, flexible y delgada, conservaba todos los caracteres de la juventud, y no se la podía contemplar sin que se espermentara una agradable emoción, al ver su larga y rubia cabellera, sus ojos azules, y su sonrisa cándida y llena de gracia.

Samuel procuró informarse del nombre de estos extranjeros, pero nadie los conocía en París, lo cual revelaba que hacia poco tiempo que habían llegado. Sin embargo, Samuel, mientras

mas observaba al jóven, mas semejanza encontraba en sus facciones, y aun en sus menores movimientos con lord E\*\*\* últimamente preocupado con esta idea no pudo resistir á la tentación de indagar el nombre de aquellos individuos, y colocándose detras del jóven dijo en voz alta:

—Lord Jorge E\*\*\*

El jóven volvió la cara y vió con sorpresa un desconocido que le tendía la mano con emoción.

—Jorge, le decía, Jorge, ¿ha olvidado vd. enteramente á Cambray y á Samuel?

En tanto que el jóven inglés escuchaba estas palabras con admiración, las dos señoras que le acompañaban vieron á Samuel y le dijeron:

—Nada de eso hemos olvidado.

Y apretaron afectuosamente la mano que Samuel había alargado á su hermano... Eran Sara y Nelly, eran los hijos de lord E\*\*\*.

—Este no es sitio apropiado para que permanezcamos, dijo Sara, al observar que algunos curiosos se aproximaban al grupo que formaban los cuatro; pasad á vernos mañana temprano al *hotel* Mauricio donde vivimos hace algunos dias; emprendemos una larga conversacion, y sabrá vd., querido Samuel, cosas bien estrañas y dolorosas.

No tengo necesidad de referir la exactitud de Samuel para acudir á la cita. Sara, Nelly y Jorge le dieron la acogida mas afectuosa y cordial.

—Vd. deberá haber quedado sorprendido de volvernos á ver, Samuel, dijo Sara, pero á nuestro entender es un milagro mas grande todavia, pues desde nuestra separacion hemos esperimentado muchas desgracias, y la fortuna ha agotado sobre nosotros todos sus caprichos y sufrimientos.

Mi última carta, vd. lo sabe, estaba fechada en el cabo de Buena-Esperanza. Desde alli pasamos á Batavia donde casi tocábamos al término de nuestro viage; despues de algunos dias mas de travesía, hubiéramos desembarcado en Botany-Bay donde debíamos encontrar á la infortunada Diana; nuestra partida de Batavia se efectuó, como lo demas



de nuestro viage, sin peligro ni privaciones de ningún género, sin la mas leve inquietud; nuestra educacion no esperimentó la menor alteracion durante la travesia, gracias á la tierna solicitud de nuestro buen padre, gracias á los prolijos cuidados de nuestra activa y buena aya mistriss Scott, tanto mi hermana como yo hicimos grandes progresos en la música; mi padre tenia mucho gusto en acompañarnos cuando tocábamos alguna pieza, y pasábamos casi todas las noches entregados á esta agradable distraccion.

Al tercer dia de nuestra partida de Batavia, y como á las nueve de la noche, estábamos ejecutando una sinfonia de Beethoven, cuando el navio comenzó á experimentar una agitacion tan violenta que nos obligó á suspender nuestro concierto; mi padre subió á cu-

bierta para informarse de la causa de tan violentos sacudimientos, y tardó tanto en volver que llenos de inquietud subimos á reunirnos con él; pero ¡ay Samael! qué espectáculo tan espantoso se presentó á nuestra vista! La lluvia caía á torrentes, y el viento silbaba, y las olas, horriblemente agitadas, arrastraban la nave de tal manera que era imposible darle una determinada direccion. El capitán pálido y desesperado no acertaba á dar órdenes, y los marineros permanecian estupefactos y silenciosos; pero de repente se oyó un grito unánime de terror y de muerte... la nave acababa de estrellarse contra una roca.

Al paso que todos se lamentaban de tan horrorosa catástrofe, mi padre, con la sangre fria que vd. sabe, se aproximó á nosotros, nos despojó de los vesti-



dos, que podian estorbarnos, arregló á toda priesa una balsa; la multitud se arrojó sobre la chalupa; nuestro padre nos ató por los brazos á la balsa, y es-

peró tranquilamente que la crisis se decidiera.

Hasta los primeros rayos del sol del dia venidero, la nave cuya quilla se en-



contraba, según decían, enteramente rota, quedó sostenida por las peñas en medio de las cuales se había atascado; pero al asomar el día, las olas que no cesaban de azotar la embarcación, la arrancaron de este abrigo, y el agua entró por todas partes. Entonces mi padre, mandó que dirigiésemos nuestras preces al Altísimo, lanzó la balsa sobre la cual estábamos, precipitándose en ella casi al mismo tiempo. Referir á vd. lo que experimentamos entonces, Samuel, es empresa superior á nuestras fuerzas... Por largo tiempo estuvo nuestra débil embarcación, siendo el juguete de las olas que á cada momento nos cubrían... Sin embargo, el mar fué poco á poco debilitando su violencia, y mi padre que hasta entonces se había limitado á sostenernos encima de la balsa, se puso á hacer algunos esfuerzos, para dirigirnos hacia la costa que solo estaría á una media legua de distancia del lugar donde nos hallábamos. Sus esfuerzos confirmaron sus esperanzas, pues un cuarto de hora después, nuestra balsa se detuvo sobre la arena, mi padre nos desató; y pudimos con libertad adelantarnos hacia una roca que nos ofrecía un asilo.

Entonces escuchamos gritos confusos y lamentos; volvimos la cara, y vimos á distancia de unos doscientos pasos, á nuestra antigua aya, que abrazada á un pedazo de mástil, nos había apercibido, y llamaba á mi padre en su socorro.

—Milord, exclamaba, no me dejes perecer; en nombre del cielo, tened misericordia de mí: despues de Dios, en nadie conño mas que en vd.

Mi padre, no pudo oír sin conmovérsele, esta voz lamentable, y resolvió salvar á *mistriss Scott*. En vano le suplicamos que no se espusiera á nuevos peligros, pero nos respondió que sería un cobarde, si dejaba fenecer á aquella muger infortunada, que indudablemente se estrellaría contra la roca, por no saber dirigir el mástil, con el cual se había arrojado al mar. No tardó mucho en llegar nadando á donde estaba *mistriss Scott*... Esta soltó el mástil, y se afianzó á mi padre... Un instante no mas los vimos sobre las olas... Des-

pues desaparecieron... Y quedamos por fin allí tres pobres huérfanos sin abrigo, sin socorro sobre la desnuda roca donde nos había arrojado la tempestad.

(Se continuará.)

**EMBRIAGUEZ.** ¿Para quién están reservadas la pobreza, las disputas, los lamentos, y las heridas sin motivo? ¿Para quién están guardadas la irritación y turbación de la vista? ¿No es por ventura para los que pasan el tiempo bebiendo vino, y que van á donde se bebe mas? No mires el vino cuando está encarnado y que su color brilla en el vaso: entra con suavidad, pero luego pica como una vivora, y derrama su veneno como un basilisco.

*Salomon.*

**ENTENDIMIENTO.** Uno que tenga talento puede ser necio, pero no uno que tenga entendimiento.

*Roche foucauld.*

¿En qué consiste que un cojo no nos incomoda, y que un entendimiento cojo nos irrita? En que el cojo conoce que nosotros andamos derechos, y el entendimiento cojo pretende que nosotros somos los que cojeamos; si no fuera por esto le compadeceríamos sin incomodarnos.

*Pascal.*

Los que fallan sobre una obra por reglas, son respecto á los demas, lo que los que tienen un reloj son respecto á los que no le tienen. El uno dice: hace dos horas que estamos aquí; y el otro: no hace mas que tres cuartos de hora. Saco mi reloj y digo al primero: os fastidiáis; y al segundo: pronto se os pasa el tiempo, pues hace hora y media; y me burlo de los que me dicen que el tiempo me dura, y que juzgo caprichosamente: no saben que fallo con arreglo á mi reloj.

*Idem.*

Disfruta lo que posees, espera lo que no tienes.

*Levis.*



## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### EL PERRO Y LA PANDERETA.

#### I.

##### EL TESTAMENTO.

A distancia de unas cinco leguas de Oviedo, hay un pueblecito llamado Belmonte, que tiene de población unos 1.200 habitantes; cerca de este pueblecito de Asturias había en cierta época una pobre cabaña habitada por un pastor, que habiendo servido a su patria en clase de soldado y obtenido su retiro por haber quedado inútil en la campaña, volvió al suelo que le viera nacer, se casó y ejerció la labranza. De esta muger tuvo un hijo, pero apenas contaba este tres años, cuando quedó huérfano de madre. Este golpe fatal para el veterano, y los achaques que frecuentemente experimentaba á causa de sus anteriores padecimientos en la guerra, quebrantaron su salud de tal modo, que envejeció antes de tiempo, y no pudiendo trabajar en el cultivo de la tierra, y viéndose precisado á mantener al hijo que Dios le había concedido, se dedicó á guardar ganado, en cuyo pacífico empleo vió transcurrir el tiempo en la cabaña que poco antes hemos indicado. Nueve años tendría el pequeño asturiano, cuando su padre se vió acometido de una aguda enfermedad, la cual le obligó á recogerse en su misera cama, y en ella desgraciadamente sintió llegar el momento en que el Supremo Hacedor iba á cortar el hilo de su existencia. Afligida su alma con tan triste presentimiento llamó á su hijo una mañana, y cogiéndole de la mano, con voz temblorosa y grave le dijo estas palabras:

—Hijo mío: tengo cincuenta y cinco

años; edad precisamente en la que el hombre debe encontrarse mas feliz que nunca, pues es cuando está destinado á saborear tranquilamente el fruto recogido durante el periodo de su agitada y tormentosa juventud. Pero yo, en vez de disfrutar de este saludable beneficio, experimento las consecuencias de una guerra prolongada, porque fui en busca de bienes, donde no se hallan mas que desengaños, y solo llevo al sepulcro mi licencia absoluta por haber dado mi pierna derecha de carne y hueso en cambio de una de palo. Te refiero esto, para que lejos de seguir las huellas de tu padre, ensordezcas al amor de la patria, que semejante al codrilo te llama llorando para devorarte despues; esta comparación creo que te hará comprender el fin que le está reservado á todo aquel que sin miras ambiciosas presta su apoyo á la patria.

El moribundo hizo una breve pausa, y viendo que el niño lloraba, le enjugó sus lágrimas y prosiguió despues de haberle consolado:

—Te nombró heredero de todos mis bienes, que son; la pobre cama en que muy pronto espirará tu padre, tres ó cuatro utensilios de cocina, el nudoso palo en que me apoyaba, ocho cuartos, último caudal que conservo envuelto en un papel debajo de mi almohada, esa pandereta que ves colgada, con la cual festejé mi casamiento con tu difunta madre, y por último, te dejo el perro, si, al pobre Cascabél, que echado á los pies de mi cama, me mira tristemente, como anunciando el próximo fin de su amo. Solo quedas en el mundo; así lo ha dispuesto el cielo, y aunque con pesar lo veo, no me es dado oponerme á los decretos del Altísimo.... ¡cúmplase su santa voluntad!—Ahora, póstrate de rodillas y recibe la bendición de tu moribundo padre.



El niño se postró llorando; el licenciado se incorporó cuanto pudo y con su descarnada mano bendijo al heredero; en seguida tornó á reclinarse y comenzó á rezar.

A la caída de la tarde vino el médico de Belmonte, y cogiendo el pulso del enfermo advirtió la proximidad de la pérdida de su existencia, por lo que no se detuvo en disponer que le suministraran los últimos auxilios espirituales....

A las ocho de la noche, el joven asturiano se encontraba huérfano de padre y madre....

A las diez de la mañana del siguiente día, rezaba llorando sobre su tumba, al lado de Cascabel que entristecido ahullaba del modo mas desconsolador.

## II.

### EL HUESO DE MELOCOTON.

—¡Sin padres! ¡solo en el mundo! ¿Qué será de mí? decía el pobrecito asturiano hincado de rodillas sobre la tumba de su padre con sus manecitas cruzadas y mirando al cielo.

Habia en Belmonte un tal don Bartolo Crespín, hombre de unos sesenta y cinco años, raro y extravagante, pero muy rico, que habiendo pasado á la corte en su niñez, fué, mandadero, despues lacayo, luego ayuda de cámara de un ministro, al poco tiempo dependiente de una casa de comercio, y por último banquero; pero no habiendo experimentado ninguna quiebra, y hallándose poseedor de inmensas riquezas, se apartó del bullicio de la corte, y volvió al pueblo de su nacimiento que era Belmonte, con el objeto de acabar sus días gastando su dinero en sana paz. La parte exterior de este sugeto, armonizaba con su carácter singular. Era de una estatura algo mas que mediana, de carnes regulares, de facciones bastas y muy pronunciadas, y adornaba su cabeza una larga cabellera de pelos lacios y entrecanos. Vestía comunmente frac bastante holgado, chaleco blanco, pantalon sin travillas, y todo esto lo cubria con una especie

de leviton ceniciento, que llegaba su rareza á punto de no abandonarle ni en invierno ni en verano. Por lo general paseaba despacio, y advirtiéndose en su fisonomía cierto aire de prolija indagacion: era cortés y afable con el vecindario, al cual saludaba con frecuencia quitándose de su cabeza su sombrero de baja copa y anchas alas, que jamás abandonó; es decir, esta hechura de sombrero fué siempre la que le agradó. Este individuo que acabamos de pintar, como quiera que se estuviese paseando por las cercanías de la cabaña del asturiano, observó á cierta distancia la posición del afligido niño, y deseoso de indagar el motivo, acabó de masticar un melocoton que iba engullendo, y con el hueso en la boca se aproximó al rapaz.

—¿Qué haces? ¿A quién rezas, muchacho? le preguntó.

—A mi padre, que murió ayer tarde y está enterrado aquí, respondió el niño volviendo la cara al que preguntaba, y dejando ver en sus mejillas dos gruesas lágrimas, como dos relucientes perlas.

Don Bartolo siguió preguntando, y el asturiano refiriendo cándidamente lo que le habia pasado, cuya narracion tan sencilla como interesante, conmovió el alma del banquero y dijo al niño:

—Tu historia ha hecho que compadezca tu situación. Yo tengo muchos bienes, puedo hacerte dichoso, pero no quiero que lo seas sin que antes conozcas el mundo.

Y sacando de su boca el hueso de melocoton que chupaba, prosiguió:

—Toma este simbolo de tu futura riqueza.

—¡Cómo! dijo el niño asombrado y tomando el hueso.

—Sí; tú no sabes lo que encierra ese hueso de melocoton.... haz todo lo que te vaya diciendo.

—Mande vd., señor don Bartolo.

—Toma mi palo y abre en medio de la tumba de tu padre un profundo agujero.

El niño empezó á cavar con el palo hasta que vió una grande profundidad.

—Ya está, señor.

—Bien; ahora coloca el hueso den-



tro, y cúbrele cuidadosamente con la tierra que has sacado.

El asturiano obedeció.

—Ahora, continuó don Bartolo, da-

me el baston, toma estos veinte reales: de los bienes que te ha dejado tu padre, lleva contigo solamente el perro y la pandereta; recorre el mundo; pro-



cura aprender á leer, escribir y contar, ysi puedes estudiar, estudia, y dentro de veinte años, tal dia comohoy y á la misma hora, llega á este sitio, y el hueso de melocoton que acabas de sembrar se habrá convertido en un arbusto corpulento; escavarás á su pie sin que nadie te vea, y despues de algunos momentos te encontrarás un tesoro: darás gracias al Señor por el hallazgo, rezarás un padre nuestro por el alma de tu padre, y otro por la mia, por-

que yo tambien habré fallecido ya.

—¿Y quién me dará esas riquezas, señor?

—El hueso de melocoton hijo mio.

### III.

LAZARILLO.

Al cabo de algunos dias partió nuestro jóven asturiano de la cabaña, no sin haber dado el postrimer adios á la



tumba de su padre, y poniendo su confianza en Dios, tomó el camino que conducía á Madrid, llevando debajo del brazo la pandereta y precedido de su amigo Cascabél. Se encontraba ya distante de la cabaña como unas dos leguas y tuvo hambre, y viendo sentado al pie de un ruinoso paredón á un ciego, deseoso de hablar con alguien, marchó en su busca para tener con él un rato de amable sociedad.

—Hola hermano, le dijo quitando de sus espaldas el morral. ¿Se toma el sol?

—Sí, hijo mío, repuso el ciego: aquí estoy lamentando una grande pérdida.

—¿Qué le pasa á vd?

—¿Qué ha de pasarme? que en este momento acaba de abandonarme mi lazarrillo, robándome los pocos cuartos que recogí en la villa de Avilés, y la funda de mi violín.

—Poca caridad ha tenido el bribonazo.

—Muy poca, hijo mío, muy poca: eso para un pobre ciego es desesperante, porque además de no tener que comer, carezco de un guía que me lleve hasta Madrid.

—Vaya hermano, no se desespere vd. por eso. En cuanto á comer, puedo darle la mitad de mi ración, y además le guiaré hasta llegar á la corte, porque yo también voy á ella.

El ciego alborozado tomó el arco y el violín, y poniéndose de rodillas exclamó:

—Deja, hijo mío, que dé gracias á la Providencia porque me ha presentado un ángel, deja que entone esta canción.

Y al par que hacía sonar su ronca y cascada viola, cantaba lo siguiente:

Bendita tu providencia,  
oh mi Dios Omnipotente.  
que socorre al indigente,  
por mano de la inocencia.

El jóven asturiano, alegremente sobresaltado con el sonido del violín, comenzó á tocar la pandereta, y el ciego no pudo menos que manifestar su nuevo regocijo por tan favorable incidente.

—¡Oh! somos felices, exclamó des-

pues batiendo las palmas. Ya he encontrado lo que deseaba. Tú con tu pandereta, y yo con mi violín, podemos hacer mucho dinero.

Pasado algun tiempo, el jóven asturiano sacó de su morral el pan y la carne fiambre que llevaba, dió la mitad al músico aventurero, y la otra mitad la compartió con su querido Cascabél.

—¡Hola! ¿Traes un perro? dijo el ciego cuando se enteró de ello.

—Sí señor; y se llama Cascabél, y me lo ha dado mi padre por herencia.

—¡Oh! ya verás que famoso partido sacamos de la herencia de tu padre.

Con efecto, el ciego y el asturiano se hicieron compañeros inseparables; el primero tocaba el violín, el segundo se había puesto diestro en el manejo de la pandereta, Cascabél aprendió á bailar de pie al son de los instrumentos, y con este género de industria, recorrieron pueblos, villas y ciudades, hasta llegar á Madrid. El dinero que se recogía era compartido religiosamente, mas este método de vida, no fué muy duradero, porque el pobre asturiano se quedó sin su Cascabél, á quien dieron muerte unos arrieros en una posada por haber hurtado unas cuantas tajadas de merluza frita: el pellejo de la pandereta le rompió un día el mismo ciego de un pisotón que la dió sin querer, y el músico aventurero se fué con la música á otra parte, acompañado de otro lazarrillo que le ofreció mas garantías.

#### IV.

##### MOXACILLO.

A los pocos instantes de haberse despedido el ciego, quiso el asturiano contar los fondos que había reunido con su pandereta y su perro Cascabél; pero cual fué su sorpresa al encontrarse el morral sin la bolsa donde guardaba su dinero. El ciego le había robado la noche anterior á su partida. Ya no queda al jóven asturiano mas recurso que ponerse á mendigar. Poseído de este pensamiento recorre las calles de Madrid; pero al pasar por la del Caballero de Gracia, advierte en la iglesia del mismo



nombre, que se celebraba una magnífica función: ve muchos pobres á la puerta sentados y en ademan de pedir, él tambien se sienta, estiende la palma de su mano, y dice de vez en cuando.

—Quién socorre á un niño de nueve años que se ha quedado sin padres, sin pandereta y sin su perro, y no le puede ganar.

Este extraordinario modo de pedir, llamó la atención de muchos, á los cuales referia su historia, y los mas le socorrian con profusion. Como frecuentó la puerta de la iglesia, al cabo de algunos dias se hizo amigo de uno de los monacillos, á los que ayudaba á cerrar las verjas cuando llegaba la noche, y con los cuales jugaba en las horas determinadas de ocio. Habiendo simpatizado con el sacristan, este le hizo monacillo y le dió un sitio donde recogerse por las noches en un rincon de la sacristia: todas las mañanas barria la iglesia, quitaba el polvo á los altares, y ayudaba las primeras misas. Uno de los devotos que era de los mas asistentes á este templo, habiendo conocido su natural despejo, y sus vehementes deseos por aprender, le puso en una escuela gratuita, y al cabo de algunos meses se notaron con asombro sus prodigiosos adelantos, pero en lo que mas se distinguia, y á lo que demostraba particular atención, era á la aritmética.

Tendria el niño unos once años, cuando tuvo la desgracia de caer enfermo con sarampion, y no hallando personas que con paternal cuidado aliviaran sus dolencias, no tuvo mas remedio que dirigirse á un hospital, donde le asistieron como á los demas enfermos: á los veinte y ocho dias de haber caido malo, experimentaba la convalecencia; ocho dias despues se encontraba enteramente sano. Su primer diligencia al salir del hospital, fué encaminarse á la iglesia del Caballero de Gracia, manifestar su resentimiento á sus camaradas, porque ni siquiera se habian dignado hacerle una visita; pero le esperaba otro golpe mas funesto todavia: su plaza de monacillo estaba desempeñándose por otro, que aunque entró en clase de interino, á las reiteradas suplicas de una beata logró la propiedad.

Hétenos aquí al pobrecito asturiano andando por esas calles en busca de una honrosa ocupacion. Determinó ponerse á servir; pero donde quiera que se presentaba, tan flaco, tan pálido y derrotado, veia la repugnancia con que le recibian, y no encontrando medio con que conquistar su perdida robustez, se afligia; pero poniendo su confianza en Dios, y esperando que no le abandonaria, logró tranquilizar su espíritu.

## V.

## PINTOR DE BROCHA GORDA.

Preocupado con tan tristes reflexiones, caminaba el afligido asturiano, cuando acertó á pasar por una calle donde existia un taller de pintor de brocha gorda. Paróse frente á este establecimiento, atraído por la animacion que en él se advertia: los oficiales cantaban juntos á una voz, al mismo tiempo quetrabajaban, y los aprendices formaban parte del coro, haciendo la voz de tiple al par que molian pintura. Uno de los oficiales, sin duda de mala intencion, al verle con la boca abierta y en aquel ademan de extraordinaria contemplacion, sumergió la brocha en el puchero donde estaba desleído el polvo de la pintura, y volviéndole á sacar, le sacudió de improviso contra el rostro del niño, que al verse tan pintado y al mirar tan manchada su ropa, no pudo menos de quejarse al maestro, contra su agresor. El maestro que era hombre razonable, y por consiguiente enemigo de este género de chanzas, despidió al oficial, y preguntando al injuriado rapazuelo, si queria aprender el oficio, y este habiéndole contestado que sí, formó desde luego parte de los numerosos trabajadores que contenia el mencionado establecimiento. La esposa del artesano acogió tambien bajo su proteccion al nuevo aprendiz, de suerte, que al mismo tiempo que aprendia á manejar la brocha, encontraba un asilo en aquella casa, la cual le proporcionaba la manutencion y el vestido; el asturiano manifestó á los pocos meses, sus grandes deseos de fi-



nalizar su interrumpido estudio en la instruccion primaria, y el maestro aplaudiendo sus buenos deseos, le concedió las horas que necesitaba para dedicarse á este género de trabajo. Despues deseó aprender la gramática latina, y tuvo igual concesion, asistiendo en clase de alumno, al colegio gratuito de Santo Tomás; pero como principalmente llamaba su atencion el dibujo, y el estudio de las matemáticas, se hizo amigo de un jóven que seguia la carrera de arquitecto, y en el poco tiempo que recibió sus amistosas lecciones, llegó á igualarle; por consiguiente, cuando nuestro asturiano contaba solo poco mas de trece años, era recomendable por su grande aprovechamiento y aplicacion.

Una mañana le llamó su maestro, y le dijo:

—Coge las brochas y la pintura azul celeste, y vete á casa de don Raimundo, que tienes que pintarle todas las puertas vidrieras de sus balcones.

El jornalero, que ya habia cesado de ser aprendiz, obedeció á su maestro, y á los pocos instantes se hallaba en el domicilio del referido sugeto. Pintando estaba las puertas del balcon de un gabinete, cuando observó en esta misma habitacion á una jóven de unos diez años, rubia y hermosa como un ángel, sentada en un sillón y al lado de un elegante velador, sumamente abstraída, con la pluma en la mano y la vista inclinada sobre el papel, y revelando en su fisonomia cierto aire de disgusto, como aquel que no puede comprender alguna cosa, á pesar de sus vehementes deseos. El asturiano la observaba, y de tal modo simpatizó con la jóven, que hubiera sido su mayor contento, que esta hubiese reclamado su cooperacion en aquella empresa al parecer tan difícil. Habria trascurrido como un cuarto de hora, cuando apareció don Raimundo, que era el padre de la niña, en el gabinete.

—¿Qué es eso? la dijo: ¿No puedes resolver el problema?

—No padre mio, es muy difícil, contestó la apurada jóven; ya he llenado de números una porcion de cuartillas de papel y no he logrado mi deseo.

—¡Ah! pues es muy fácil de resolver ese problema, si dentro de diez minutos no le has resuelto, en castigo no irás con tus amigas esta tarde al Retiro.

Ausentóse don Raimundo, y la niña quedó mirando el papel con la mas triste contemplacion. El pintor no hacia mas que mirar á la hija de don Raimundo, y manejaba la brocha maquinalmente, y lleno de timidez se decia:

—Si yo no fuera tan corto de genio, acaso brindándome la sacaría del apuro; pero ella es tan rica, yo estoy tan sucio... Pero, no, suceda lo que quiera no es justo que se prive de pasear con sus amigas esta tarde, cuando estoy yo aquí.

Y con estraordinaria resolucion se acercó á la jóven; pero al dirigirla la palabra se puso encarnado y habló lo siguiente con timidez:

—Señorita.... yo sé alguna cosa de cuentas... tengo mucha aficion á esa... si yo pudiera....

—Sí, respondió la niña dándole la pluma; haga vd. la solucion de este problema.

Animado el asturiano con esta inesperada concesion, tomó la pluma, y en menos de cuatro minutos dejó satisfechos los deseos de la niña. Esta llamó á su padre, y le presentó el problema apropiándose la solucion, pero don Raimundo conoció por la forma que aquellos números no eran los que su hija acostumbraba hacer.

—¿Quién ha resuelto este problema? la verdad.

La niña comenzó á temblar y respondió.

—No quiero mentirte papá, ese jóven que está pintando las puertas vidrieras del balcon.

—¡Hola! prosiguió don Raimundo dirigiéndose al pintor. Pues has de saber hija mia, que el problema que te he presentado es uno de los de mas dificultosa solucion.

El asturiano, miraba ruborizado de hito en hito á su grave interlocutor.

—¿Tienes aficion á esta ciencia? le preguntó.

—Mucha; repuso el pintor.

—¿Qué profesion es la que mas te gusta?



La de arquitecto.

Te prometo desde ahora que lo serás.

## VI.

### EL ARBOL DE SALVACION.

Don Raimundo arrancó de su taller al joven, le llevó á su casa, le vistió con decencia y elegancia, y le puso bajo la direccion de aventajados profesores de dibujo y arquitectura. Cuando tenia diez y ocho años de edad se examinó, y hétenos aquí á nuestro aventurero, ejerciendo su anhelada profesion, y dando gracias, y colmando de bendiciones á su benéfico protector. Pero mientras mas tiempo pasaba, mas interesante se iba presentando á sus ojos la hija de don Raimundo, la que tampoco dejaba de mirar al protegido con menos afabilidad y ternura.

Un dia, aprovechándose aquel de la ausencia de don Raimundo, se presentó á la simpática joven que habia crecido en años y en hermosura, y poseido del mas amoroso enardecimiento la reveló las afecciones que hasta entonces habia guardado en su comprimido corazon. La dijo que la amaba, y que nada en el mundo le haria tan dichoso como poseer su blanca mano. La hija de don Raimundo, que aun cuando habia comprendido con anterioridad la inclinacion del protegido, no esperaba tan pronto esta sentimental y apasionada declaracion, quedó sorprendida, y por espacio de algun tiempo enmudeció ignorando lo que contestaria, mas últimamente rompió el silencio para decirle.

—Bien, hable vd. á mi papá.

—Pero vd. me ama.

—Vd. lo sabrá por mi padre.

Le amaba, pero su cortedad la impedía hacer esta revelacion; y el joven arquitecto casi seguro de la correspondencia, y deseoso de escuchar de sus labios esta respuesta consoladora, se arrodilló á sus plantas, mas á este tiempo entró don Raimundo y no pudo menos que quedar estupefacto al presenciar una escena tan tierna cuanto inesperada: la joven huyó, y el arrodillado se puso de pie y empezó á contemplar

amedrentado el imponente semblante de su protector.

—¿Me explicará vd. esta escena de teatro que acabo de presenciar? preguntó el severo don Raimundo.

—Yo amo á su hija de vd. y acabo en este instante de declarar mi passion.

—¿Vd. no recuerda; prosiguió don Raimundo, que me ha referido su historia?

—Que me quiere vd. decir con eso?

—Quiero decir á vd. con esto que el hombre que ha nacido en una pobre cabaña, y á ganado el sustento con un perro y una pandereta, debe ser mas humilde al hacer semejante declaracion, era preciso que antes hubiera consultado con el padre de la muger de que vd. se ha enamorado.

—Señor don Raimundo, yo no tengo la culpa en haber nacido en una cabaña: por lo demas soy un hombre de bien y el titulo de mi nobleza le llevo grabado en mi corazon.

—No he querido humillar á vd., al hacerle mi justa reconvenccion; he querido manifestarle su imprudencia en dar semejante paso sin consultarme primero. He dado á vd. una carrera, pero jamás le daré mi hija sin que antes no se haya vd. hecho digno de su mano, trabajando con laboriosidad; si vd. se casase con mi hija no contando con otros bienes que con los que actualmente posee, pensaria con razon que mas bien que la mano de la pretendida buscaba vd. su dote. Hoy mismo saldrá vd. de mi casa, y cuando yo esté satisfecho de su anhelo por el trabajo, y cuando cuente vd. con el dinero suficiente para hacerla dichosa, yo seré el primero en consentir en este enlace, dado caso que ella sea gustosa. Conque márchese vd. de mi casa en este momento.

—¡Señor...!

—No hay que replicarme.

El joven arquitecto bajó la cabeza, saludó á su protector, y se ausentó de la sala diciendo:

—Procuraré hacerme digno de su hija de vd.

En seguida pasó á su habitacion, cogió el sombrero, y se dispuso á par-



tir, mas una criada se le interpuso entregándole un papel, el que abriéndole inmediatamente leyó estas cuatro palabras.

«Mi mano queda reservada para vd; he escuchado cuanto han hablado mi padre y vd.»

Aquí firmaba la hija de don Raimundo. El despedido jóven estampó sus labios en estas cortas líneas y salió de la casa de su protector ambicioso de fortuna. La jóven se asomó al balcón para verle salir; mas el asturiano preocupado con sus pensamientos de ambi-



cion y cabilando en su porvenir, solo al llegar al término de la calle quiso dirigir la última mirada en señal de despedida á la casa que le prestó asilo y educacion, á la mansion que le inspiró sus primeros amores nobles, puros, y desinteresados. Al ver á su lejana futura le hizo un saludo energético y signi-

ficativo y desapareció á los ojos de la hija de don Raimundo.

Para llevar á cabo su nuevo plan de vida nuestro jóven arquitecto, se proveyó de algunas cartas de recomendacion y se dirigió á Andalucia; llegó á Sevilla y á consecuencia de poderosos influjos y de la favorable recomendacion de



su bello carácter, logró ser nombrado arquitecto del ayuntamiento; el sueldo que disfrutaba no era el suficiente para enriquecerse, de modo que escribía á su futura, que aun tardaría el momento de tan apetecida union: esta le contestaba siempre animándole, y de este modo vió transcurrir el tiempo en medio de tan lisonjera esperanza; pero pocos dias antes de cumplir los veinte y nueve años, se acordó que tenía que buscar un tesoro al pie de un árbol y en la tumba de su padre, y se puso en camino para Asturias. Llegó á Belmonte, preguntó por don Bartolo y le digeron que habia fallecido, y que no le encontraron las riquezas que pensaban, sino una suma bastante reducida, la cual mandaba distribuir entre los pobres del pueblo.

Pocas horas antes de que se cumplieran los veinte años, se encaminó á la llanura donde estaba situada la cabaña que le vió nacer, y no halló mas que un monton de escombros acinados; mas desde allí, dirigió su vista á la estensa pradera y vió sobre la tumba de su padre un árbol corpulento y cubierto de abundantes hojas: apróximose á él; observó que nadie pasaba, y se puso á cavar la tierra, y á cierta profundidad halló una cajita de cobre que abrió al momento con una llavecita que estaba pendiente de la cerradura; pero cuál sería su sorpresa al encontrar que esta cajita era el misterioso depósito del testamento de don Bartolo legalizado en debida forma, y cuyas cláusulas eran nombrarle esclusivo heredero de todos sus bienes. A esta última disposicion acompañaba un papel manuscrito en el cual se leía.

«Profundiza mas la tierra y encontrarás otra caja mayor que la que tienes en tu mano, la que encierra cincuenta mil duros en monedas de oro. Procura ser hombre de bien, y de rogar á Dios por la salvacion de mi alma.

BARTOLO CRESPIN.

El heredero, antes de poner en práctica la escavacion quiso hacer patente su legitimo derecho; con este fin se presentó á la justicia de Belmonte, manifestó lo que sucedia, y en presen-

cia de un juez y de un escribano, sacó el tesoro que encerraba en su seno la tierra que prestó el último asilo á su difunto padre. Agradecido después á la accion de don Bartolo, dispuso que se hicieran en la iglesia principal del pueblo solemnes exequias por el descanso de su alma, y como era de esperar tampoco se olvidó de su desgraciado padre. Seguidamente partió para la corte acompañado de la herencia y deseoso de ponerla á los pies de la que tanto amaba, fácil es comprender cuál sería la rapidéz de su viage, en vista del alborozo que experimentaría su alma al contemplar que al fin de tantas alternativas iba á satisfacer su noble ambicion.

## VII.

### CONCLUSION.

Era una hermosa mañana del mes de abril y en la que la hija de don Raimundo, luego que dió su leccion de piano y que se despidió de su padre, porque este se ausentaba aunque por cortos instantes para trabajar en sus asuntos, pasó á su gabinete sitio destinado á la contemplacion; lugar reservado á los inocentes desahogos de un corazon que tristemente pensaba en un porvenir, que ya conceptuaba ilusorio, sí, porque hacia mucho tiempo que no recibia una carta del hombre que tanto amaba.

—¿Me habrá olvidado? Se preguntaba llena de amarga tristeza. ¿Habrá engendrado en su alma esta prolongada ausencia el desprecio hácia la muger que tan desinteresadamente prometió que le amaría?... ¡Oh! no puede ser, imposible.... Aunque nacido en una humilde cabaña, su corazon es noble... Pero ¿y este silencio?

Y en esta incertidumbre tomó asiento en una silla inmediata á una mesita donde habia colocado un pupitre y sobre este un papel para escribir de nuevo al ausente, de quien ninguna noticia tenia; mas antes de poner por obra este trabajo, miró al través de los paa bellones que formaba el cortinaje del gabinete, y un lejano recuerdo conmo-



vió nuevamente su sensible corazón.

—Allí, decía mirando al balcón, le vi pintando las puertas vidrieras, cuando con tanta candidez, vino á ofrecer-

me su ayuda, para la solución de mi difícil problema.

A este tiempo un jóven elegantemente vestido, y con el sombrero en la ma-



no, apareció por entre las cortinas de seda de la puerta que daba salida á la sala principal, y allí permaneció largo rato observando la posición de su futura, y al ver el papel que estaba colocado sobre el pupitre, comprendió que tal vez en aquel instante, su imaginación se ocupaba de él.

—¡Que feliz soy! dijo en silencio.

La reflexiva jóven, lanzó á este tiempo un profundo suspiro y exclamó:

—¡Si me habrá olvidado, Dios mío!

—No, repuso el asturiano, arrojándose á sus plantas: constante viene á ofrecer á vd. su mano y sus riquezas.

Sorprendida la hija de don Raimun-

do, se levantó y después... ¿Pero á qué detenernos? Vino don Raimundo, y enterado de la historia y seguro de esta pura y mutua correspondencia, dotó á su hija, y la dió por esposa á tan honrado aspirante. Este dichoso enlace, no ha mucho que se ha verificado; diremos en conclusión, que hoy la opinión pública reputa á este venturoso jóven, por uno de los mejores arquitectos de España; falta saber su nombre, el cual hasta ahora no hemos querido revelar, se llama don Lázaro Millances, y doña Teodora del Pino, la amable compañera de su vida.

I. A. BERMEJO.



## HOMBRES CELEBRES.

### EL DUENDE DEL TALLER,

#### O EL MULATO DE MURILLO. (1)

En una apacible mañana de abril del año de 1686 se dirigian presurosos algunos jóvenes por diferentes calles de la populosa Sevilla hacia la casa del célebre Bartolomé Esteban Murillo: reunidos casi al mismo tiempo en el portal se saludaron amistosamente Fernandez, Isturiz, Marquez y Gonzalez, y subiendo alegremente la espaciosa escalera entraron en el estudio del pintor. No estaba éste todavía, y los discípulos se aproximaron á sus respectivos caballetes para reconocer el trabajo del día anterior, ver si se había rechupado el color, ó enmendar algun defecto.

Por vida de... exclamó Isturiz al

(1) Bartolomé Esteban Murillo, nació en Sevilla, el lunes 4 de enero de 1618, como consta de la fé de bautismo firmada por el licenciado Francisco de Heredia, cura párroco de la iglesia de la Magdalena de dicha ciudad. Queriendo su padre Gaspar Esteban, aprovechar las felices disposiciones é inclinación á la pintura que manifestó desde su niñez, le dió por maestro á su tío Juan del Castillo, en cuya escuela aprendió y se perfeccionó en el dibujo.

Veinte y cuatro años contaba Bartolomé cuando determinó hacer un viaje á Londres con el único objeto de estudiar junto á Van-Dick, y lo hubiera puesto en ejecución á no haber tenido noticia del fallecimiento de aquel profesor.

Frustrados sus proyectos y deseoso de adelantar, pintó muchos lienzos con cuyo producto pasó á Madrid. El gran Velazquez le favoreció como paisano, y le facilitó copiar por espacio de dos años las mejores obras del Ticiano, Rubens, Van-Dick, Ribera, y aun las suyas propias, haciendo en tan corto espacio de tiempo progresos tan admirables como sorprendentes.

Vuelto á su patria en 1645, pintó varios cuadros, en especial los del claustro chico del convento de San Francisco, que fueron la admiración de los sevillanos y de todos los inteligentes. Estas obras le dieron mucha reputación, le facilitaron otras, y le sacaron de la indigencia en que hasta entonces había vivido.

descubrir su lienzo ¿quién de vosotros quedó aquí ayer el último?

—¿Estás durmiendo todavía? contestaron á la vez Marquez y Gonzalez, ¿no te acuerdas que salimos todos juntos?

—Vaya que es linda gracia continuó enojado el primero, ayer dejé mi paleta limpia como el oro, y ahora me la encuentro sucia como si el diablo hubiese estado pintando toda la noche....

—Calla, calla, gritó Marquez, mirad que figurilla hay pintada en una esquina de mi cuadro, y á fe mía que está bien plantada! Hemos de averiguar quien es el que se entretiene en pintar esos borroncillos que encontramos todas las mañanas en nuestros lienzos, y aun en las paredes.

—No es otro que Isturiz, dijo Fernandez, su misma paleta le acusa.

En 1648 casó con doña Beatriz de Cabrera Sotomayor, natural de la villa de Filas, de cuyo matrimonio tuvo dos hijos, don Gaspar, que fué canónigo de la catedral de Sevilla, y don José que hubiera llegado á ser tambien excelente pintor á no haber muerto muy joven en un viaje que hizo á América.

Llamado Murillo á Cádiz para pintar el gran cuadro del altar mayor de los capuchinos de aquella ciudad, recibió un golpe contra uno de los andamios resultándole tan grave dolencia que le obligó á regresar á Sevilla, y de sus results murió á los sesenta y cuatro años de edad, en 3 de abril de 1682, y está sepultado en una capilla de la parroquia de Santa Cruz de dicha ciudad.

Las obras que legó á la posteridad este eminente artista son muchas, y en todas ellas se admira un dibujo correcto, colorido brillante y encantador, perfecta imitación de la naturaleza, meditadora composición, y profundo conocimiento del corazón humano, de perspectiva y anatomía.

En el Real Palacio, en el Museo de Pinturas del Prado, en la Academia real de San Fernando, y en especial, en su patria Sevilla, existen cuadros suyos que son el encanto de los inteligentes, la admiración de todos, y la envidia de los extranjeros.

Creó el estilo sevillano y de su escuela salieron discípulos aventajadimos en el arte entre otros Marquez, Gutierrez y Gomez.



—Os juro que no, compañeros, contestó aquel.

—Bahl no jures, Isturiz, te creemos bajo tu palabra, porque no eres tu capaz de pintar con tanta franqueza y maestría.

—Pero cuando menos no tan mal como tu, que parece que lo haces de intento...

—Mis pinceles están llenos de color, exclamó interrumpiéndoles Gonzalez, por Santiago apóstol juraría que pasan cosas extraordinarias en este taller durante la noche.

—¿A que vés á creer, como el viejo Gomez, que es el Zombo que se aparece? dijo Isturiz.

—Síes él, contestó Gutierrez aproximándose á su obra, valiérale mas ocuparse en delinear la cabeza de mi Virgen del descendimiento, que apesar de mis esfuerzos el pincel se niega á expresar sus divinas facciones tan dulces y aflijidas como las concibe mi idea. Diciendo esto quita el paño que cubria el no concluido cuadro, dá un grito de sorpresa, y queda mudo inmóvil con los brazos cruzados, y con la vista fija en el lienzo.

A esta exclamacion suspenden su tarea todos los jóvenes y acuden á la novedad, quedan pasmados contemplando una bellisima cabeza apenas bosquejada; pero tan llena de gloria y magestad con tintas y contornos tan delicados que hacian singular contraste con las restantes de la composicion.

—¿Qué es eso? preguntó una voz grave y dura que hizo volver de su sorpresa á los espectadores é inclinarse respetuosamente ante la presencia del que la dirigia.

—Vedlo vos mismo, señor Murillo, contestaron todos á la vez, señalando con el dedo el lienzo de Gutierrez.

—¿Quién ha pintado esto? ¿quién ha ideado esta cabeza? dijo Murillo, decídmelo: el que la ha bosquejado podrá algun dia ser maestro de todos nosotros: no me contestais, pues bien, os aseguro que yo mismo desearia haberla pintado: por el ánima de mi padre... ¡qué toques! ¡qué empastado! ¡qué suave degradacion de tintas!.. Gutierrez,

mi discípulo predilecto, habla, la has pintado tú?

—No señor, contestó el jóven ruborizado.

—Segun eso has sido tu, Isturiz, ó vosotros Marquez ó Gonzalez.

—Ninguno de nosotros, señor maestro, contestaron estos.

—Pues lo cierto es, repuso Murillo impacientado, que ella nose ha pintado sola.

—Yo lo creo, dijo Gutierrez el mas jóven de sus discípulos que estaba atemorizado con las figurillas que aparecian pintadas diariamente por todas partes, no es esta la primer cosa sobrenatural que pasa en vuestro estudio; hay algun duende, señor, no lo dudéis!

—Y que desaparece con la luz del dia; ¿no es así? observó Murillo sonriéndose.

—Aunque no soy tan crédulo como Gutierrez, añadió Fernandez, no puedo menos de deciros que de algun tiempo á esta parte suceden aqui cosas al parecer increíbles.

—¿Qué cosas son esas? preguntó Murillo sin cesar de admirar la hermosa cabeza pintada por el pincel desconocido.

—Segun vuestras órdenes, continuó Fernandez, nunca salimos de vuestro estudio sin dejar cada cosa en su sitio, limpias las paletas, lavados los pinceles, y arrimado el caballete á la pared, y sin embargo cuando volvemos por la mañana todo está revuelto, llenas de tinta nuestras paletas, los pinceles empapados en color, y lo mas sorprendente es que encontramos mil borroncillos, y á la verdad bien ejecutados..... vos mismo lo estais viendo señor maestro, y si el que trabaja mejor por la noche que á la luz del dia si no sois vos, es preciso creer, como dice Gonzalez, que es el diablo mismo el autor.

—Yo me alegrara serlo, amigos míos dijo Murillo, y ciertamente no lo negaría.... hay alguna pequeña descorreccion en el dibujo, ¡pero en recompensa que gracia! ¡que espresion! ¡que claro-oscuro!... Sebastian, Sebastian gritó interrumpiéndose, pronto sabremos la verdad: Sebastian, añadió dirigiéndose á un muchacho mulato á lo mas de ca-



torce años que había acudido á su voz, ¿no te he mandado que durmieses aquí todas las noches?

—Si, mi amo, contestó el muchacho temblando de pies á cabeza.

—Siendo así, dime pícaro, quién ha entrado aquí esta noche pasada ó esta mañana antes que viniesen estos señores, confíesalo ó verás á que saben mis manos; ¿no respondes? continuó encolerizado Murillo, y tirándole de las orejas.

—¡Nadie, nadie, amo mio!

—Mientes bribonzuelo.

—Ninguno mas que yo, os lo juro, añadió Sebastian sollozando, hincándose de rodillas y estendiendo los brazos hacia su amo en ademán de súplica.

—Pues oye bien lo que te digo, añadió Murillo, quiero saber á toda costa quién ha pintado esa cabeza y las figurillas que aparecen pintadas todas las mañanas; esta noche velarás, y si no descubres al autor, mañana mismo llevarás veinte y cinco latigazos: ¿estás enterado? pues cuenta con ello: ahora marcha á moler colores, y vds. señores, á pintar. Diciendo esto salió del estudio con muestras de impaciencia.

Durante las horas de trabajo reinaba el mayor silencio cuando estaba presente el maestro, por que el sublime Murillo, no permitía que sus discípulos hablasen mas que lo absolutamente indispensable concerniente al arte, pero luego que volvía la espalda se recompensaban con usura, dando suficiente materia aquellos días para la conversacion, los bosquejitos, y en especial la cabeza de la Virgen: y sobre todo, si se descubría el autor de tales prodigios.

—Pobre de tí, Sebastian, dijo Isturiz, si no descubres esta noche al culpable!.. ahora, traeme un poco de ocre.

—Creo que no lo necesita vd. señor Isturiz, contestó el mulato, vuestro colorido amarillea demasiado.... en cuanto al culpable aseguro á vds. que sin duda es el Zombo....

—Son unos bestias estos negros que creen en su Zombo, dijo Gonzalez soltando la carcajada.

—Es como si dijéramos un duende, pero advertid señor Gonzalez, añadió Sebastian con cierto aire maligno, que

el Zombo ha alargado el brazo izquierdo de vuestro San Juan, tanto que si el derecho lo hace igual, podrá desatar las sandalias sin tener que doblar el cuerpo.

—¿Saben vds. dijo Isturiz echando una mirada al cuadro de Gonzalez, que este muchacho hace unas observaciones muy juiciosas? pero no será extraño que á fuerza de moler colores, haya aprendido á distinguir el verde del encarnado.

—A distinguirles es cierto, pero en cuanto á usarlos es muy diferente, repuso Sebastian con la libertad que le daba su continua permanencia en el taller, y la amistad que le dispensaban los discípulos; por que á la verdad, la inteligencia de este muchacho esclavo era tal, que muchas veces no se desdaban consultarle sobre el modo de hacer una tinta, ó tono de colorido, y su consejo era siempre exacto y verdadero, así es que todos le amaban, y la tarde de aquel día no hubo uno que al tiempo de despedirse, no le digese dándole un golpecito en el hombro: no te duermas Sebastian, atrapa al Zombo, si no.... pobres espaldas tuyas.

.....

Era media noche, y el taller de Murillo tan alegre y animado durante el día, estaba á aquella hora desierto y silencioso: una sola lámpara colocada sobre una rica mesa de mármol, iluminaba la estancia: un muchacho cuyo color se confundía con las sombras que le cercaban, estaba en pie, apoyado en un caballete no lejos de la mesa: inmóvil como una estatua, cualquier ojo observador hubiera juzgado era un maniquí, tan absorto estaba en profundas meditaciones, que debían ser muy graves, pues aun que la puerta del estudio se abrió con no mucha precaución, y que le llamó por dos veces el individuo que había entrado, no contestó ni mudó de postura: fué necesario que le cogiese del brazo el robusto negro que estaba junto á el.

—¿Qué queréis padre mio? preguntó Sebastian volviendo en si y con melancólico acento.

—Hacerte compañía hijo mio.



—Es inútil que os incomodeis, id á acostaros, querido padre, yo velaré solo.

—¿Y si viene el Zombo?

—No le temo, contestó el muchacho sonriéndose.

—Solo faltaria que te arrebatase para que el pobre negro Gomez quedase privado del único consuelo que le queda en su esclavitud...

—¡Oh! que terrible cosa es ser esclavo, exclamó amargamente Sebastian.

—¿Qué remedio tiene! ¡Dios lo ha querido así! dijo el negro con resignación.

—¡Dios! añadió el hijo elevando los ojos hácia la bóveda del taller cubierta de cristales al través de los cuales se veían brillar las estrellas en el firmamento; ¡Dios decís que lo ha querido! le ruego con tanto fervor, querido padre, que yo confío que algun día escuchará mis súplicas, y nos sacará de esclavitud... pero ahora marchad á descansar... yo voy á hacer otro tanto... es tan tarde... ea, buenas noches querido padre, hasta mañana.

—Pero antes, Sebastian dime la verdad, ¿no temes al Zombo?

—¡El Zombo! es una superstición de nuestro país; Fr. Eugenio nos lo ha dicho mil veces, y que Dios no permite en la naturaleza esos seres fantásticos y sobrenaturales.

—Pues si es así, ¿porqué cuando te preguntan los discípulos de nuestro amo, que quien ha pintado las figurillas que aparecen pintadas en las paredes, les respondes que hasido el Zombo?

—Para divertirme y hacer que se rían... ea, ea, es muy tarde, padre á descansar.

—Buenas noches, dijo Gomez abrazando tiernamente á su hijo, y se retiró en seguida.

Apenas se vió solo Sebastian dió un brinco de alegría: ahora que estoy solo manos á la obra dijo entre sí, y ya se avalanzaba á tomar la paleta, cuando una triste idea acibaró su regocijo.... veinte y cinco latigazos sino digo mañana quien es el pintor, y cincuenta tal vez si me descubro.... ¡Dios mio, inspiradme....! y cayó de rodillas sobre la estera que le servia de lecho. Mas bien pronto un sueño bienhechor se

apoderó de sus sentidos y encontrando su cansado cuerpo un punto de apoyo en la tapizada pared, se quedó profundamente dormido.

Un débil crepúsculo iluminaba apenas la estancia, cuando despertó Sebastian despavorido: otro muchacho de su edad tal vez se hubiera vuelto á dormir, pero el diligente mulato que sabe que tiene tres únicas horas á su disposición, tres horas libres, se pone en pie, estrega los ojos medio abiertos, estira los miembros, y exclama: fuera pereza: tres horas son mías, las restantes de mi amo; por de pronto debo borrar estos rasguños; y diciendo y haciendo, toma aceite con un pincel y los hace desaparecer. En seguida dirigiéndose al cuadro de Gutierrez descubre la principiada cabeza de la Virgen que iluminada con la incierta luz del día aparecía mas bella, mas pura.—¡Borrarla! exclamó, ¡hacerla desaparecer...! ¡nunca! prefiero que me castiguen.... ¡la muerte! borrarla por mi mano cuando ellos mismos la han respetado! no se han atrevido.... ¿tendré yo mas valor que ellos? ¡Oh, no! esta cabeza tiene vida, respira... Dios mio, si la borrara me parecería que iba á correr su sangre, que la mataba.... no, no cometeré tal sacrilegio... muera yo, pero al menos que quede concluida. Y la paleta está en la mano del jóven entusiasta, los colores se mezclan, y bajo el diestro pincel resaltan las tintas mas diáfanas y bellas.

Iba creciendo el día, y estasiado Sebastian no lo echa de ver.... un toque todavia, aquí una tinta mas azulada, decia, mas carmin en los labios.... Dios mio! parece que se enreabren, que me sonrien: esos ojos me miran.... ¡oh Virgen mia...!

Y el muchacho olvida la hora, la esclavitud, los latigazos prometidos; no vé mas que la cabeza de su Virgen que le habla.

Así es que pensó morir de espanto, cuando al apartarse para ver el efecto de la pintura vió tras de sí á los discípulos con el maestro á su frente, que contemplaban en silencio aquel primor del arte. Tan aturrido quedó que ni aun le ocurrió justificarse: con la paleta en una mano y los pinceles y tiento



en la otra, inclinó la cabeza aguardando con resignación el castigo que creía haber merecido.

Hubo unos momentos de profundo silencio, porque si Sebastian estaba como petrificado, por hallarse cogido in fraganti, no estaban menos sorprendidos y mudos, Murillo y sus discípulos por lo que estaban viendo. Por fin lo rompió el maestro, y ocultando su viva emoción, bajo un aire frío y severo le dijo:

—¿Quién es tu maestro? Sebastian,

—Vos... contestó éste con voz apenas perceptible.

—Tu maestro de pintura, quiero decir, muchacho.

—Vos, amo mio, repitió el esclavo temblando como un azogado.

—Sin embargo, jamás te he dado yo lección alguna, repuso Murillo cada vez mas maravillado.

—Es cierto, señor, pero las dabais á vuestros discípulos, y yo las escuchaba, replicó el jóven algo alentado, al ver que su amo le hablaba con dulzura.

—Y aun hacias mas que escuchar; por mi santo patron que te has aprovechado de ellas... Señores, dijo dirigiéndose á sus discípulos; este jóven merece castigo ó premio?

—Premio, señor, una recompensa, exclamaron todos á la vez.

—Estoy conforme, ¿mas qué recompensa os parece...?

—Diez ducados cuando, menos dijo Isturiz.

—Es poco, añadió Fernandez, deben ser veinte.

—Yo opino que nada de dinero, repuso Gutierrez. Un vestido nuevo para el dia de vuestro santo.

—Oigamos al interesado, dijo Murillo mirando al esclavo; habla Sebastian. ¿Son de tu gusto esos premios? Dilo francamente; estoy tan contento de ti, de esa cabeza y colorido que ha creado tu pincel, que estoy dispuesto á concederte cuanto me pidas; todo: habla, manifiesta tus deseos, nada temas Sebastian, pues te juro por el alma de mi padre, que te acordaré cuanto solicites, si está en mi mano.

—¡Oh amo mio! Si me atreviese...

Y cayó de rodillas, plegó sus manos y sus labios entre abiertos, sus centellantes ojos y todas sus facciones, revelaban una idea devoradora, que su timidez impedía espresar.

Todos los jóvenes presentes, amaban á Sebastian, y para animarlo le decían al oído: pídele mucho dinero... alhajas... que te admita por discípulo... Un rayo de alegría brilló en el rostro del mulato al oír esta proposición, pero en seguida meneó tristemente la cabeza.

—Animo Sebastian, decía Murillo sonriéndose al ver la indecisión en que creía verle fluctuar, decidete, habla.

—Está hoy tan contento nuestro maestro, además están bondadosos... dijo Gutierrez á media voz, que debes arriesgarte á pedir tu libertad.

Sebastian exhaló un gemido sordo de ansiedad. De repente alza la vista hacia su amo, y con voz sofocada por las lágrimas esclama:

—Oh querido amo mio, la libertad de mi padre, os pido la libertad de mi pobre padre.

—Y la tuya también, excelente jóven, dijo Murillo vertiendo lágrimas de ternura, y sin poder ocultar su emoción le echó los brazos al cuello, y estrechándolo contra su pecho le dice: tu pincel ha descubierto en tí un genio, y tu súplica revela un corazón sensible: ¡eres un completo artista! desde hoy eres mi discípulo, y mi hijo adoptivo: ¡feliz Bartolomé! he hecho algo mas que pintar cuadros..... ¡he creado un pintor!

Murillo fué fiel á su promesa, y Sebastian Gomez, conocido bajo el nombre de *el Mulato de Murillo*, llegó á ser, gracias á las instrucciones de su maestro, uno de los mas célebres pintores de la escuela sevillana: en las iglesias de aquella capital se admiran todavía una Nuestra Señora con el niño en los brazos, una admirable Santa Ana, un hermosísimo San José, y sobre todo su obra maestra el excelente cuadro de Jesucristo atado á la columna, con San Pedro postrado á sus pies, los desposorios de Nuestra Señora y otros varios de sobresaliente mérito.

JAVIER DE ASÉD.



## REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.

### DE LOS TEMBLORES DE TIERRA.

Dos son, amigos míos, las especies de terremotos que conocemos; el uno le originan los fuegos subterráneos, y la explosión de los volcanes, de suerte que las materias que forman el fuego que existe debajo de la tierra, luego que se inflaman, hace esfuerzos hacia todas partes, y no hallando salida, levantan la tierra y se abren paso lanzándose fuera con la mayor violencia; pero la otra especie de terremoto es muy distinta, si tenemos presente sus efectos. Estos son los que conmueven una gran parte de terreno, y los que se sienten á grandes distancias, sin que se perciba algun nuevo volcan ó erupción. Sabemos por esperiencia y por lo que han dejado escrito nuestros antepasados que ha habido terremotos que á un mismo tiempo se han sentido en Inglaterra, Francia, Alemania y Hungría, habiendo observado que mas bien se han estendido á lo largo que á lo ancho.

Con el objeto de indagar cuales pueden ser las principales causas de estos terremotos haremos las siguientes observaciones. Todas las materias que se inflaman y que pueden causaresplon, producen del mismo modo que la pólvora gran cantidad de aire por medio de la inflamacion, y este aire cuya causa es el fuego, se dilata de tal manera, que debe dar por resultado efectos muy violentos, si es que ha permanecido mucho tiempo encerrado dentro de la tierra.

Imposible es explicar lo funesto que son estos terremotos, porque no hay catástrofe mayor; ni donde mas inútiles sean los esfuerzos humanos, que al sentir las fatales consecuencias de un terremoto. Es verdad que la peste puede

con su siniestro influjo reducir á un corto número los habitantes de la ciudad mas populosa, pero al fin pone un término á sus victimas. No así la horrosa calamidad de que hablamos, puesto que sepulta pueblos, ciudades, y hasta reinos enteros sin dejar el menor vestigio de lo que antes era el lugar que convirtió en la nada su mano destructora.

Los antiguos nos hablan de muchos temblores de tierra ocasionados en distintas partes del globo. Posidonio dice que hubo una ciudad en Fenicia, que fué enteramente sepultada por un temblor de tierra, el cual no cesó de agitar la isla de Eubea ya en un lugar, ya en otro, hasta que por último se abrió la tierra en el campo de Lepanto y arrojó una gran cantidad de tierra y de cuerpos inflamados.

La célebre ciudad de Antioquia ha sido destruida en diferentes ocasiones á influjos de espantosos terremotos, y se sabe que en tiempos de Trajano fué reducida á escombros casi en su totalidad y que pereció la mayor parte de sus numerosos habitantes. En la época del emperador Justiniano, á consecuencia de otro temblor de tierra, quedaron sepultados entre ruinas cerca de cuarenta mil personas, y setenta años después fueron mas de sesenta mil los que perecieron. La Pulla y la Calabria son dos paises que mas han participado de esta terrible calamidad, y seguramente si el monte Vesubio se llegase á cerrar, no es extraño que estas poblaciones desapareciesen de nuestro globo.

He aquí como se espresa un autor aleman con referencia á los viages de Mandelslo.

«El temblor de tierra que esperimentó la isla de San Miguel el 26 de julio de 1591 duró 19 dias. La Tercera y Fayal, fueron agitadas al siguién-



te día, con tanta violencia, que parecían daban vueltas; pero estos horribles vaivenes solo se repitieron allí cuatro veces, mientras que en San Miguel no cesaron un momento en mas de quince días. Una ciudad entera, llamada Villafranca fué asolada hasta los cimientos, y la mayor parte de su vecindario quedó sepultado bajo las ruinas: en muchos parajes, las vegas se transformaron en colinas, y en otros las montañas se allanaron y mudaron de situación; salió de la tierra un manantial de agua viva que corrió por espacio de cuatro días y despues se secó repentinamente. El aire y el mar, todavía mas agitados, formaban un estruendo semejante al bramido de una multitud de animales feroces, y bastantes personas murieron de espanto.»

Mucho tendríamos que escribir si nos detuviésemos á analizar una por una las diferentes poblaciones que en épocas distintas han sufrido este género de es-

tragos. Marruecos, Lisboa, Cádiz, Granada, Orihuela, Murcia y otros puntos, han sido victimas de estas conmociones de tierra no hace muchos años.

¿Quién será, hijos míos, el que pueda subsistir en presencia de un ser tan poderoso como Dios, cuando manifieste al mundo el leve impulso de su potente brazo? La tierra tiembla, se trastornan y estremecen los cimientos de los montes cuando su cólera se enciende. Reconoce y adorad su magestad soberana. Sus juicios son incomprensibles; pero á la vez es bueno y misericordioso en todas sus disposiciones. No imaginéis que el Altísimo trate de emplear los elementos con el solo objeto de convertirte en polvo: reconoce que hay en ello un fin mucho mas alto, y que los terremotos mismos sirven al plan del Criador para la conservación del todo. Bendicele, hijo mío, y deposita en él tu mayor confianza.

I. A. BERMEJO.

## CUENTOS PARA LOS NIÑOS



### EL CASTIGO POR IGUAL.

#### FABULA.

Pedro, Gil y Trinidad, un tesoro se encontraron, y los tres se disputaron del mismo la propiedad; pero observando despues que sin razon arguyeron, unánimes convinieron repartirle entre los tres. Encargado Trinidad de comprar vino y sustento, marchó para el mismo intento pensativo á la ciudad; y á la vez que caminaba, la ambicion malvada, impia un medio le sugería... veremos lo que pensaba.

«Con arsénico, rocío  
«el manjar que comerán:  
«Gil y Pedro morirán  
«y el tesoro será mío.  
Mas Pedro y Gil que querian del tesoro la mitad, dijeron que á Trinidad los dos asesinarían. Trinidad con el sustento de la ciudad ha llegado, y con la muerte ha pagado su malvado pensamiento. Del emponzoñado plato despues los otros comieron, y el castigo recibieron del infame asesinato. Un pensamiento infernal tres hombres han concebido; mas al fin han recibido el castigo por igual.

I. A. BERMEJO.



## LA HERRADURA.

LEYENDA POR GOETTE.

Cierto día caminaba Jesús con su comitiva en dirección á una aldea, y habiendo visto en el camino una cosa que brillaba, se acercó mas y conoció que era una herradura; entonces volvió la cara y dijo á San Pedro:

—Cógela.

Pero San Pedro no la recogió, porque venia meditando en el imperio del mundo que era su pensamiento favorito; el hallazgo era muy inferior, y hubiera sido necesario que fuese un cetro ó una corona. ¿Deberia doblar su espalda para coger un pedazo de herradura? Siguió su camino, é hizo como que no habia escuchado.

Jesús, siempre bueno y paciente, recogió él mismo la herradura. A la entrada del pueblo, se detuvo á la puerta de un herrero, y vendió la herradura en tres dineros. Continuaron su camino, y á dierta distancia vió Jesús á una muger que vendia cerezas, y compró tantas como se pueden comprar por

tres dineros; despues, segun su costumbre las puso tranquilamente en su manga.

Salieron del pueblo: el camino que atravesaban era una estensa pradera sin casas, y por consiguiente no habia un lugar sombrío; el calor era grande, de suerte que se hubiera dado mucho dinero por un poco de agua. El Señor que marchaba siempre delante de sus discípulos dejó caer una cereza, como por casualidad, y San Pedro que le seguia, se agachó para recogerla con tanto apresuramiento como si hubiese sido una manzana de oro. La cereza humedeció agradablemente su paladar. Un momento despues, Jesús dejó caer otra cereza, y Pedro la cogió al instante y se la metió en la boca. El Señor continuó por espacio de algun tiempo haciendo doblar la espalda de Pedro para recoger las cerezas, y en seguida le dijo con calma y amabilidad:

—Pedro, si te hubieses agachado cuando era menester, hubieras comido tus cerezas con mas comodidad; aquel que desprecia las cosas pequeñas, se espone á emplear mas trabajo para lograr cosas aun menos importantes.

## HISTORIA NATURAL.

### EL MANGLE Y LA GRULLA DE INDIAS.

El mangle (rhízo-phoromaégle-Lin) de la familia de las lauranteas, es sin disputa uno de los árboles mas estranos que produce la naturaleza: crece en las comarcas cálidas de la América meridional, y regularmente alcanza poca elevacion. Crece particularmente á orillas de las aguas, cerca de las lagunas y á la desembocadura de los rios: tiene así las hojas como las ramas topuestas, á trechos salen de su tronco unos retoños á manera de ramas sin hojas, que toman en su origen una dirección horizontal, y luego, inclinándose hácia

abajo verticalmente se hunden en el suelo y echan nuevas raices; de manera que en las tempestades que con harta frecuencia ocurren en aquellos climas el mangle se encuentra adherido al suelo con la multitud de sus vástagos que lo sostienen á modo de cables. Cada vástago echa otros retoños en su parte inferior, y ramage con hojas en la superior, convirtiéndose con el tiempo en un árbol completo: de ahí resulta que al cabo de algunos años, un solo mangle puede cubrir un vasto terreno formando él solo un gran bosque; pero esto no sucede mas que en los lugares en que no sube muy alta la marea y no llega á cubrir los notables apo-



yos de este árbol. En aquellos sitios en que diariamente las aguas cubren los retoños de que hablamos, no pueden estos desarrollar su ramaje. A veces las aguas acarrear un sin número de ostras y conchas que se pegan y cubren á veces todo el tronco del árbol.

El modo como el mangle se reproduce mediante la semilla, es tambien muy particular. Cuando el fruto está maduro, la semilla no espera para germinar á estar desprendida del árbol, sino que la almendra empieza á entreabrir sus envoltorios, y á echar hácia el exterior una raicilla (ó rudimento de la futura raiz) de diez ó doce pulgadas de largo, en forma de maza, suspendida del punto mas delgado: el extremo grueso que mira al suelo, termina de repente en punta cuando se desenvuelve la plúmula (primeras hojas de la tierna planta) entonces y no antes, se desprende del fruto el embrión, y cae al suelo: arrástrala el peso del extremo mas grueso y la mantiene en una posicion vertical, quedando por el impulso de la caída implantada en el fangoso terreno: así al nacer el árbol se halla ya tan bien plantado cual si lo hubiese sido por la mano de un hábil jardinero. Húndese en la tierra desde cuatro hasta ocho pulgadas, segun la mayor ó menor blandura del suelo; siendo así su arraigo en proporcion á la blandura ó dureza de la tierra, cosa á que no saben atender los jardineros.

Al lado de uno de los árboles mas estraños, el autor de la lámina ha colocado un ave no menos original, tal es la grulla de Indias (ardea antigon Edw.) aunque solo por la libertad que se concede á los pintores, supuesto que dicha grulla vive esclusivamente en las Indias Orientales. La altura de esta ave es de cinco pies, su color blanco ceniciento, tiene las alas negras y muy grandes; el pico grueso y muy largo; la cabeza con un pincelito de pelos largos á cada lado, desnuda y carunculada lo mismo que el cuello, en cuya parte inferior se vé un espesor de crines, y en fin tiene las piernas muy largas y delgadas.

Esta ave tiene una actitud pesada y nada graciosa, y los movimientos pausados y poco flexibles, lo que le comu-

ca un aire notable de gravedad. Se reune á bandadas numerosas en las playas y arenales que dejan las aguas del mar durante la baja marea, y como van siguiendo las olas al paso que se van retirando, guardan estas aves en su marcha una formación regular. Es muy curioso contemplar á ese batallón de aves como vá desfilaro lentamente segun la direccion de la última oleada, mientras algunas de ellas se quedan detrás de la estensa fila caminando tiesas y pausadas, como si contasen sus pasos. Sin duda á esto se debe el que llamaban los ingleses á esta ave ayudante y sargento, como la llaman los franceses que viven en las Indias. Por lo demas, esta ave es muy útil en las comarcas en donde vive, porque limpia las orillas del mar de los animales muertos y otras inmundicias que depositan las aguas y mareas, así como tambien en otros lugares húmedos limpian el suelo de las serpientes venenosas y otros reptiles que harian peligrosos tales sitios. Es muy raro que se aparte de las riberas. Durante la alta marea se sitúa en la rama de algun árbol, y allí permanece por espacio de muchas horas en una absoluta inmovilidad. Cuando bajan las aguas parece que se despierta, vá á las orillas y se ocupa en perseguir las pequeñas tortugas, ranas, lagartos y otras sabandijas de que se satisfacen á falta de pescado. En las orillas de los rios y lagos, muchas veces avanza hasta tener agua á la mitad de las piernas, y allí aguarda pacientemente horas enteras en completa inmovilidad á que pase algun pececillo á su alcance. Entonces dobla el cuello hácia la espalda de modo que su cabeza se arrima al pecho, y al divisar su presa, lo estiende con un movimiento tan súbito como un relámpago, y con su formidable pico coge el pez como con unas tenazas y lo retiene, no obstante lo resbaladizo de las escamas y los movimientos que hace el pez para librarse. Cuando está satisfecho su apetito, se vuelve al árbol que le sirve de habitacion y se queda dormida.

A pesar del desagradable continente y movimientos ridiculos de esta ave, los brahmanes le profesan suma veneracion, no en razon de su utilidad, sino



por creer que despues de muertos van sus almas á alojarse en el cuerpo de una grulla: de ahí resulta que mirando en aquellos países como un crimen imperdonable la caza de las grullas, se han multiplicado estas prodigiosamente. Como el hombre no las inquieta, tam-

poco le temen, por lo que pueden observarse todas sus operaciones desde muy corta distancia. La hembra hace el nido en los pantanos y profesa mucho amor á la prole, la que defiende enfurecida así del hombre como de los perros.



EL MANGLE Y LA GRULLA DE INDIAS.